ALBERTO CALIANI

EL CABALLERO DEL VIENTO

Y OTROS RELATOS

UNA SELECCIÓN DE TAPAS
LITERARIAS PARA TODOS
LOS GUSTOS

ÍNDICE

- El taxista del infierno
- La peor cena de mi vida
- El caballero del viento
- La tiza de Samuel Zimmermann
- Recordando al héroe
- Una mala idea
- Vicky de Victoria
- Morir cada día
- El síndrome de Ana Rosa
- La resurrección del último suspiro
- Jugada maestra del destino
- El beso más largo que jamás di
- Mi abuelo
- El cirujano
- Pánico en el cajero
- El único espectador
- La dama del Estrecho
- Proyecto: Limpieza Divina
- El precio de la cobardía
- ¡A contrarreloj!
- Demasiado viejo para esto
- La última navidad de Todd Banning

NOTA DEL AUTOR

Querido lector:

Puede que me conozcas por haber leído alguna de mis novelas, y hayas decidido hacerte con esta degustación de tapas literarias porque te has divertido con ellas.

Si es así: gracias por tu lealtad.

También es posible que esta sea la primera obra de un servidor que cae en tus manos. Tal vez haya sido por casualidad, o quizá por recomendación de algún conocido.

En ese caso: te doy mi más cordial bienvenida.

A pesar de que me dedico principalmente a la novela, no creo que exista un autor que no haya tocado alguna vez el relato corto o cuento, como muchos prefieren llamarlo. Sin duda, es un ejercicio inmejorable para los que solemos pasar de cuarenta y cinco mil palabras —yo tengo el vicio de superarlas de largo— para contar historias. El relato te da la oportunidad de condensar narraciones, de experimentar con nuevos recursos y probar géneros que, en novela, puede que no llegues a tocar jamás.

«El caballero del viento», el cuento que da título a este libro, fue lo primero que escribí que alguien, ajeno a mis más allegados, reconoció como interesante. De hecho, se alzó con el primer premio en el Certamen de Relato Corto patrocinado por la librería África Tótem de Ceuta, allá por 2008. Cinco años más tarde, en 2013, se publicó mi primera novela, «El secreto de Boca Verde». Las dos siguientes fueron publicadas por editoriales independientes, hasta que un día, como por arte de magia, recibí una llamada que me cambiaría la vida.

Alguien leyó algo mío y consideró que debía formar parte de su equipo de autores.

Y así, como quien no quiere la cosa, terminé siendo guionista y escritor profesional, publicando en una multinacional y trabajando en diversos proyectos para plataformas de *streaming*.

En este menú degustación encontrarás una selección de relatos escritos entre 2008 y 2017. Hay microrrelatos de algo más de cien palabras y cuentos largos, que casi rozan la novela corta. Algunos tienen un tinte duro —como el que vas a encontrar justo a continuación—; hay otros que espero te lleguen al corazón —por ejemplo, «El caballero del viento» o «Mi abuelo»—, y también otros, como «El síndrome de Ana Rosa» o «Una mala idea», que confío te arranquen una sonrisa. Si consigo una carcajada, mejor.

No me enrollo más. Espero que disfrutes de estas historias.

Con todo mi cariño,

Alberto Caliani, agosto de 2024.

EL TAXISTA DEL INFIERNO

Hoy, después de darle muchas vueltas al tema, me he decidido a marcar el número del taxista del infierno. Conjuro todo mi aplomo para que la voz no me tiemble al aparato. Como respuesta obtengo un escueto y brusco «¿diga?». Cuando le explico lo que quiero suelta un silbido y me pregunta quién me ha facilitado su número de teléfono móvil. Le respondo que me lo ha dado Colín. Él guarda unos segundos de silencio, no sé si de respeto —porque sabe que Colín ha muerto hace cuatro días— o porque sopesa el riesgo de atender a un desconocido referido por un fiambre. Puede que sea supersticioso y decida que eso es gafe. «¿Cuánto vas a querer?», me pregunta, yendo al grano. Cuando le respondo que necesito cincuenta gramos vuelve a hacerse el silencio. «¿Tanto?». Le respondo que es para una fiesta importante y él me interrumpe. No necesita saber nada más. «¿Dónde te recojo?». Le doy la dirección del bar desde donde le llamo.

«Quince minutos, taxi número 323».

Es curioso. Cuando esperas a alguien en una esquina para hacer algo normal, parece que nadie te mira. Esperas a tu novia, a tu esposa, a tu amigo con el que te irás de cañas o a tus hijos que acaban de salir del colegio y lo haces tan tranquilo. Sin embargo, cuando te propones comprar droga y aguardas la llegada del camello, todo parece distorsionarse a tu alrededor. Te obsesionas con que todo el mundo te mira de reojo, como si se preguntara qué coño haces ahí, plantado sin hacer nada, esperando el santo advenimiento. Cuando ves a un policía local bendiciendo con sus multas a los aparcados en doble fila te pones a sudar, como si el solo hecho de estar en la calle fuera un delito. Llevo tres mil euros en el bolsillo destinados a comprar cocaína. Cocaína, farlopa, farla, perico, manteca, merca, nieve... tiene tantos sinónimos como el pene o el cerdo.

Casi ninguno viene en el diccionario de la Real Academia Española.

El taxista del infierno es puntual. Taxi 323, confirmo. Me acomodo en el asiento trasero y el tipo me lanza una mirada extraña a través del retrovisor. «¿Tú eres el que me ha llamado?». Cuando le digo que sí se echa a reír y suelta, como quien quiere hacer una gracia, que le ha sorprendido que fuera alguien tan *pureta*. Le río la ocurrencia sin hacerme el ofendido. Le queda una hora o dos de vida, así que le permito el chascarrillo. Lo siguiente que hace es formular una pregunta estúpida. «¿Eres policía?». Le mando a la mierda de buen rollo y le enseño los tres mil euros que llevo sujetos con una goma.

Sus ojos brillan al ver el fajo de billetes de cincuenta sujeto por una goma elástica: está claro que no está acostumbrado a operaciones tan gordas.

El taxista del infierno no es más que un cuarentón seboso y desaliñado que se saca un sobresueldo vendiendo hachís y cocaína a un grupo de clientes reducido que se pasan su teléfono con secretismo de logia masónica; uno de esos mierdecillas que usan la estética heavy para disimular que son feos de cojones. Se dejan greñas enmarañadas para ocultar una alopecia galopante y de paso cubrir dos orejas del tamaño de gavias de goleta, unas barbas vikingas con caspa suficiente para recrear un cuento de navidad de una rascada y una nariz rota por las peleas que, a pesar de su aspecto fiero, suelen perder porque no tienen ni media hostia. Hasta la cazadora de cuero que lleva apesta a rancio y está cuarteada y mugrosa como el pellejo de un elefante muerto.

Me dice lo que suponía que iba a decir: que no lleva tanto encima y que tiene que ir a buscarla. Me sugiere que le espere en el punto de recogida, pero le digo que prefiero acompañarlo, que llevo un buen rato dando el cante en la esquina. Baja la bandera —no perdona la carrera ni por tres mil euros, el hijo de puta— y enfila la calle. Desde atrás, solo veo su mata de pelo y sus ojos espiándome a través del retrovisor, del que cuelga un muñeco de Eddie, la mascota de Iron Maiden. Conozco a ese personaje por un poster que mi hijo puso en su cuarto hace unos años. Me sorprende recordar el nombre. Debe de ser por la cara de cabrón que tiene esa especie de zombi momificado, que se te graba en la memoria y es difícil de olvidar.

El taxista del infierno se mete por una calle que parece puesta por el ayuntamiento solo para él. He nacido en esta ciudad, y es la primera vez que circulo por esta callejuela, por la segunda que toma y por las siguientes que vienen detrás. Cuando viajas por los territorios del taxista del infierno, entras en otra dimensión. Descubres una urbe que no podías ni imaginar: peregrinos espectrales en busca de una dosis, que caminan como muertos vivientes; otros fuman en grupo algo que no es tabaco, agazapados detrás de un contenedor de basura; dos putas se pelean a gritos y, por la voz de barítono de una de ellas, juraría que no son del mismo sexo. El taxista del infierno me ha llevado al infierno, era de esperar. Le pregunto si vive allí y se echa a reír, medio ofendido: «Tengo un garito aquí que me sirve de almacén —explica—. ¿Cómo voy a vivir en este hervidero de yonquis?». Yonqui: del inglés, *junkie*. Basurilla. Es verdad, lo son. Me digo que es una buena definición, mientras el muñeco de Eddie baila a causa de los baches, sin dejar de dedicarme su sonrisa de juicio final.

Por fin, llegamos a una parodia de calle donde el taxista del infierno para el coche. Cuando hago amago de acompañarle me dice

que no. Su almacén es un lugar secreto. El Área 51 de la droga, pienso. Me tranquiliza asegurándome que mientras permanezca dentro del taxi, ninguno de los zombis que nos rodean osará molestarme. Me alegra saber que piso suelo sagrado, aunque tampoco me preocupa demasiado. Llevo en el bolsillo un treinta y ocho especial, y ese maremágnum de descampados y callejuelas debe de ser como el espacio de Ridley Scott, donde nadie puede oír tus gritos. Si salgo y me lío a tiros con los basurillas fuma-platas, seguro que a nadie le importa.

Como había imaginado, el taxista del infierno tarda más de lo que se tarda en recoger cincuenta gramos de coca ya lista para la venta. Sé lo que hace en este momento: cortarla a toda prisa. En cuanto me dijo que me cobraría a cincuenta el gramo, cuando él suele ponerlo a sesenta, supe que la cortaría aún más de lo que ya la corta. Porque él siempre lo hace, y no con polvos de talco, con aspirinas o con Maizena: según la autopsia de Colín, la coca que lo mató estaba cortada con estricnina. En pequeñas cantidades tiene efecto alucinógeno, pero el taxista del infierno es demasiado ambicioso y debe de ser de letras, porque no calcula bien las dosis. Hay que ser muy idiota para cargarte a tu propia clientela.

Por fin aparece y se mete en el coche. Nadie me ha molestado durante su ausencia, aunque sí que es verdad que mientras he estado dentro del taxi he disfrutado de la película en 3D más sórdida de todos los tiempos. Ese sumidero de calles y desgracia es, realmente, el infierno. Un infierno mucho peor que el que me describían los curas en el colegio. Aquí también ardes eternamente: ardes en deseos de meterte otra dosis, ardes porque tienes que jugártela cada día para conseguirla, ardes bajo los efectos del mono y a veces hasta ardes porque otro compañero de viaje, con más mala leche que tú, le pega fuego a los cartones con los que te proteges del frío de la noche.

Estoy deseando largarme de allí.

Le pido ir a un sitio más tranquilo con la excusa de que ese barrio me da mal rollo. Quiero probar la coca. Me dice que sin problemas, siempre y cuando le pague la carrera, que ya va por cuarenta y dos euros. Arranca el taxi y salimos de la cloaca donde he pasado los últimos treinta minutos de esa tarde y él los treinta últimos minutos de su vida. Llegamos a una explanada alta y solitaria desde donde se domina toda la ciudad. A esa hora crepuscular, casi de noche, las luces de las casas y el alumbrado público la transforman en una verbena. Él me pasa una bolsa con cincuenta bolsitas de un gramo cada una. Están hechas con trocitos de bolsa del Mercadona y sonrío al pensar que es nieve de marca blanca, valga la redundancia. Me pide el dinero y le paso el sobre. Lo cuenta con gesto de personaje de Dickens. Satisfecho, se vuelve hacia mí y la sorpresa se refleja en su cara cuando le ofrezco

una de las bolsitas cerradas. Se echa a reír y me guiña un ojo.
—¿Quieres que te ponga yo la raya, eh, colega? Ya me olía que no estabas muy ducho en esto. Trae y te enseño como hacerlas....
—No quiero que me pongas nada. Quiero que te la comas.
Por cómo me mira, piensa que es una broma. Pero algo debe de leer en mis ojos, a la luz tenue del interior del coche, cuando la expresión de su cara se ensombrece y sus labios tiemblan como si acabara de tragarse un vibrador.
—¡Tío, déjate de gilipolleces y ten mucho cuidadito...!
La amenaza se interrumpe en cuanto descubre el cañón de mi treinta y ocho apuntándole a la frente.
—Que te la comas —le ordeno por segunda vez, sin siquiera alzar la voz.
Se echa a llorar. Sabía que era un mierda. Le golpeo con fuerza el ojo derecho con el cañón. Le he tenido que dar fuerte, porque le he dejado el párpado medio colgando. No sabía que podía brotar tanta sangre de algo tan pequeño. «Que te la comas», repito.

Ahora ya sabe que voy en serio.

Se traga la bolsita del tirón, como si fuera una pastilla, con el ojo cerrado por la hemorragia y la nariz llena de mocos. Le tiendo la segunda y me ruega que no lo obligue a hacerlo.

No tengo piedad.

A punta de revólver se come cuatro, cinco, diez bolsitas de un cóctel letal de cocaína con estricnina. Doce, quince. Cuando va a tragarse la número veintidós, ya sabe que morirá en cuanto los jugos gástricos hagan su trabajo. Sin dejar de llorar, formula la última pregunta de su vida. En realidad, fueron dos.
—¿Por qué me haces esto? ¿Quién eres?
—Soy el padre de Colín.

Le tiendo la bolsita número veintitrés.
He respondido a sus dos preguntas con una sola respuesta. El taxista del infierno acepta una bolsa tras otra, sin dejar de llorar y de pedir perdón. De repente, los ojos se le ponen en blanco y comienza a echar espuma por la boca. Quedan nueve bolsitas. Se ha tragado cuarenta y una como un campeón. Unas convulsiones y todo acaba. Subo la bandera del taxímetro, quito el contacto del coche y se hace la oscuridad. Al final, no ha cobrado su última carrera. Recojo mis tres mil euros y me los guardo en el bolsillo.

Es la primera vez en mi vida que dejo algo sin pagar.

Siempre he sido un ciudadano ejemplar.

Decido volver a la ciudad campo a través. Un paseo nocturno no me vendrá mal. Mientras camino a la luz de la luna, limpio muy bien el revólver y lo entierro lo más profundo que me permiten mis manos desnudas. Me da igual que algún día lo encuentren. Si lo hacen

y la pista los lleva hasta mí, me la suda.

He hecho lo que tenía que hacer.

Nunca recuperaré a mi hijo, pero a partir de hoy dormiré tranquilo.

He mandado al taxista del infierno donde debe de estar.

LA PEOR CENA DE MI VIDA

(Basado en hechos reales)

Nunca viví una cena tan terrible como la de aquella tarde de julio de 1981, en Inglaterra.

Tenía diecisiete años y me alojaba en una modesta casita de dos plantas de un barrio humilde, no muy alejado de Londres, en el condado de Surrey, propiedad de los Kellington, una joven familia que, a pesar de gozar de tan sonoro apellido, hospedaba a estudiantes extranjeros por pura y dura necesidad.

Ralph Kellington era un gigantón treintañero con aspecto de leñador que se deslomaba de lunes a viernes en alguna empresa de Wimbledon hasta las seis de la tarde, hora en la que se cenaba en casa por muy antinatural y herético que aquel horario me pareciera, acostumbrado a degustar por la tarde un Cola Cao calentito y un bocadillo como Dios manda. Nada más llegar, Ralph pedía su cena y administraba justicia a ritmo de bofetada entre sus dos hijos varones de los que hablaré más adelante, concediendo una amnistía ilimitada a su niña pequeña, de apenas dos años, que al menos ese verano gozaba de patente de corso con su padre. Su esposa, Susan, pertenecía a esa clase de mujeres que te hacen replantearte tu orientación sexual a simple vista: huesuda como un espectro coronado por una melena lacia, rubia, pobre y sucia; un eterno cigarrillo en la comisura de unos labios casi inexistentes y pintados con pulso *parkingsoniano*; la misma voz estridente de la madre de Brian en la película de los Monty Python y dos pellejos en lugar de pechos que, libres de un más que necesario sujetador, apuntaban hacia el suelo como si señalaran la bajada a los infiernos.

El matrimonio tenía tres hijos que en 1981 contaban con nueve, siete y dos años. El mayor, Jack, era el que mejor me caía de toda la familia: un chaval simpático y educado, de brillantes ojos azules y un porte que recordaba a Peter O'Toole antes de que éste decidiera que beber agua era una pérdida de tiempo. Ahora que lo pienso, después de la famosa película de Tim Burton, el pobre Jack habrá tenido que soportar más de una broma por llamarse Jack Kellington. Una pesadilla antes, durante y después de la Navidad.

A Jack le seguía un imbécil de siete años, pelo rizado y nariz de payaso llamado Greg, que para colmo de males nació medio sordo, por lo cual hablaba medio raro, lo que le hacía parecer medio tonto, y como medio tonto que era, era consciente de que lo parecía, lo que le infundía una mala leche fuera de lo común. Sólo oírlo hablar

provocaba un irrefrenable deseo de estrangularlo. Si Greg hubiera pertenecido a una de esas etnias que sacrifican anualmente a un niño para aplacar las iras de los dioses, tened por seguro que la tribu habría nominado a ese pequeño cabrón por unanimidad.

Por último, estaba la pequeña y linda Rachel, una sonriente cría de dos años, poseedora de esa melenita rubia y lacia que hace que millones de niñas anglosajonas parezcan clones. El único defecto que tenía aquella criaturita era que, al igual que el caracol carga con su casa allá donde quiera que vaya, Rachel arrastraba eternamente consigo ese célebre orinal de plástico cuyo mascarón de proa representa a un pato con ictericia. Debido a aquel nimio detalle yo, que por suerte o por desgracia poseo el olfato de un pointer, sabía exactamente dónde se encontraba Rachel en cada momento, solo por el olor.

La casa, a pesar de tener dos plantas y dos jardines, era humilde, estaba mal amueblada y exudaba pobreza por los cuatro costados. Obviamente, el presupuesto para el rancho era también limitado, a pesar de que la única comida realmente cocinada era la cena. Por fortuna el lunch, embalado en una bolsa de papel que yo abría como si se tratase de la mismísima caja de Pandora, se componía de cosas más o menos comestibles: un huevo duro sin sal que solía acabar en la cabeza de alguno de mis compañeros del colegio al que asistía por las mañanas, una manzana del tamaño de una ciruela y un sándwich que deglutía como si fuera ciego, ya que nunca fui capaz de identificar la mezcla tan rara de alimentos que mantenía adheridas las dos rebanadas de pan de molde. De todas formas, a pesar de que Susan no me obsequiara con delicatessen, el lunch era pasable.

La cena era otro cantar: si sumamos la mala sombra de la gastronomía británica con el poco presupuesto doméstico, y añadimos a ello la poca habilidad de Susan en el arte culinario, obtenemos una bazofia digna de presidio medieval de tercera.

Mi primer cara a cara con el menú de Susan tuvo lugar a los cinco minutos de llegar de España, siete de la tarde hora local, equipaje en mano y muerto de hambre y sed. La cocina de los Kellington era diferente a todo lo que yo había visto hasta ahora: no sé si usaban gas butano o queroseno puro como combustible de fogones, porque las llamaradas que surgían de la encimera eran propias de *El coloso en llamas*; un pequeño horno de sobremesa era usado día tras día para carbonizar literalmente unas lonchas de beicon que se retorcían de dolor, entonando un crepitante y desgarrador grito mientras su grasa caía en la base del aparato, que jamás se limpiaba; un segundo horno, éste más grande y con pinta de crematorio, permanecía cerrado a cal y canto, reservado quizá para tiempos mejores que yo nunca —gracias a Dios— disfruté.

Susan me preguntó si tenía sed, y cuando le respondí que sí, me señaló una garrafa llena de cinco litros de un líquido naranja neón que confundí con zumo de naranja. Me serví un vaso y lo bebí como si fuera agua. Cuando lo dejé vacío encima de la encimera, pensé que iba a desmayarme. Susan, en cambio, soltaba estridentes carcajadas coreadas por las de sus dos hijos mayores, que brincaban a mi alrededor en una suerte de danza de la muerte.

Lo que acababa de meterme entre pecho y espalda, de un trago, era un concentrado de naranja que había que disolver en agua en una proporción de diez a uno.

Ahí estaba yo, al borde del síncope, tras ingerir una sobredosis de vitamina C que habría bastado para erradicar el escorbuto de la tripulación de La Hispaniola. Mientras luchaba por mi vida y creía perder la batalla, mi mirada se tropezó con un cuenco con trozos no identificados de algo que no supe si era carne desmenuzada o recuerdos de Hiroshima. Lo primero que pensé fue: *¡Dios, menuda mierda le dan de comer al gato!* Cuando Susan me lo puso por delante, supuse que se trataba de otra broma.

Qué ingenuo, ¿verdad?

Aunque aquella tarde me zafé del cuenco de la muerte mediante una excusa peregrina, día tras día tuve que lidiar con las cenas de Susan, que, para colmo, se perpetraban en familia. Ralph presidía la mesa, yo me sentaba a su izquierda y a mi lado la pequeña Rachel sobre su omnipresente orinal de pato, que también le hacía de elevador de asiento. Jack solía ocupar la silla frente a mí. A su derecha, Greg el Sacrificable, quejándose eternamente por todo y, en la presidencia opuesta a la de Ralph, Susan, que una vez servida la bazofia del día la contemplaba como si fuera la obra maestra definitiva de la *nouvelle cuisine*, sin cesar de interrogarme con la mayor de las insistencias si la cena era de mi agrado.

Nunca mentí tanto.

Susan era una pésima cocinera pero no tenía un pelo de tonta, así que, a pesar de mis mentiras piadosas, sospechaba que yo no era precisamente el presidente de su club de fans. Recuerdo aquella tarde en la que me retrasé a causa de una actividad escolar y Susan tuvo a bien condenarme a una sopa de letras. Mientras formaba en mi plato todas las palabrotas del español a excepción de una, imposible de escribir al no encontrar una mísera eñe, Susan se sentó a mi lado y me preguntó algo que me llenó de emoción.

—¿Cuál es tu plato favorito?

No os miento si os aseguro que en ese preciso instante vi gravitar sobre la cabeza de aquella mujer, a modo de corona de santo, una dorada, jugosa y resplandeciente tortilla de patatas. Cuando silabeé "tortilla de patatas", ella se quedó con cara de haba, sin tener ni idea a

qué demonios me refería. Al final, tirando de diccionario, ambos descubrimos que tortilla española se dice en inglés *spanish omelette*. Pues vale. Susan me prometió que le pediría un libro de recetas españolas a una amiga de Carshalton, y que en tres o cuatro días, tendría mi tortilla.

Yo no terminaba de creérmelo.

Una tortilla de patatas. Por fín.

A partir del día siguiente comenzó una cuenta atrás que fue seguida con entusiasmo por toda la familia: cuatro días para la *toertisha*, como ellos la llamaban. Tres días, dos días, un día… y llegó el Día T de la *toertisha*.

Esa mañana ni probé el lunch: quería estar hambriento para honrar la maravillosa tortilla de patatas que me había prometido Susan, a la que ahora veía con otros ojos. ¡Qué simpática era, la delgaducha! ¿Y Ralph? ¿Que zumbaba a los niños por cualquier cosa? ¡Anda ya! ¿Cómo podemos llamar maltrato a administrar leves y necesarios correctivos físicos? ¡Y qué graciosa la niña, cagándose como un adorable mirlo rubio por toda la casa! ¡Y Jack, qué encanto de chaval! ¿Y Greg? ¿Qué me decís de Greg? A Greg ahora le deseaba una muerte rápida en lugar de una lenta agonía. Definitivamente, mi visión de los Kellington y de su acogedora mansión había dado un giro de ciento ochenta grados, cual cabeza de Regan McNeill.

Llegué a casa puntual, a las seis menos cinco de la tarde. Encontré a la familia sentada a la mesa, todo muy solemne. Tanto Ralph como los niños esperaban a que Susan, que había cerrado la cocina a cal y canto para crear un clima de misterio y expectación, hiciera su entrada en el salón portando la exquisitez.

Todos reclamaban un adelanto sobre lo que se iban a encontrar, y yo, con mi limitado vocabulario de inglés, no encontraba palabras para explicar el portento gastronómico que íbamos a disfrutar. Por fin, la puerta de la cocina se abrió, dando paso a una exultante Susan que sostenía una bandeja cargada de platos que contenían algo que, a bote pronto, confundí con centollos puestos boca abajo.

Cual tahúr repartiendo cartas, Susan plantó delante de cada uno de nosotros —a excepción de Rachel, que esperaba su papilla montada en su trono de pato— una de aquellas *cosas*. La cara de Ralph adoptó una expresión similar a la de un moái de la Isla de Pascua cuando su esposa, con una orgullosa sonrisa rematada por uno de sus perennes cigarrillos, anunció sin anestesia que aquellos fibromas extrauterinos eran las *toertishas*.

Aquello no era una tortilla de patatas.

Lo que había frente a mí era una especie de disco ameboide de unos veinte centímetros de diámetro por tres de ancho, cubierto de

una pelambrera que recordaba el vello púbico de una sueca electrocutada en la bañera, de un color tan indescriptible como el vino que vende Asunción, que habría sido idóneo para acompañar dicho plato.

Ralph me dedicó una mirada de: *colega, tú tienes la culpa de esto.*

Con pulso tembloroso, efectué una incisión en la masa peluda y tuve la sensación de estar realizándole la autopsia a un ahogado. Frente a mí, un nuevo drama cobraba vida: Greg comenzaba a hacer pucheros después de meterse un pedazo de aquella plasta en la boca.

—*Stop that noise!* —le amenazó Ralph, más encabronado por lo que le aguardaba en su plato que por los —esta vez comprensibles— sollozos de su retoño.

—*But… but… I don't like Spanish food!*

Puede que en ese momento de tensión, Ralph considerara la frase de su hijo como un insulto de relevancia internacional, así que, apoyándose en la mesa, propinó una sonora bofetada a Greg que tuvo un efecto más grave que de costumbre: el niño, formando con sus labios un cuadrado tan perfecto que habría podido albergar sin problemas un cubo de Rubik, adoptó un espeluznante color morado que, en el futuro, inspiraría a los directores de cine japoneses para sus películas de fantasmas. La escena debió parecerle extremadamente divertida a Jack, que estalló en carcajadas mientras que Ralph y Susan intentaban por todos los medios que Greg gritara, respirara, parpadeara o tuviera alguna reacción distinta a morirse.

Arrastrada por lo que iba a acabar siendo una crisis nerviosa en toda regla, Susan abofeteó por segunda vez a su cianótico hijo, obteniendo esta vez un resultado sin precedentes.

El niño se licuó.

De los ojos brotó un mar de lágrimas; de la boca cascadas de babas; de los poros olas de sudor; una creciente mancha en el pantalón reveló que se estaba meando, y dos pompas de mocos similares a globos de chicle se hincharon en sus fosas nasales, lo que empeoró el ataque de risa de Jack. Estas carcajadas terminaron por sacar de quicio a su padre, que decidió trocarlas en llanto para armonizar la cacofonía desencadenada por el ahora aullante Greg.

Jack, con la marca de la mano de su padre en la mejilla, rompió también a berrear, desconsolado. Rachel, solidaria, se unió a la llorera de sus hermanos, y Ralph, con rostro alarmantemente desencajado, nos instó a todos a seguir comiendo la tortilla de la discordia.

Absolutamente acongojado —y acojonado, porque pensé que hasta yo iba a cobrar—, procedí a deglutir un trozo en apnea.

De lo abominable, el sabor era indescriptible.

La textura, escalofriante.

Pelos de huevo rebozado se mezclaban con superficies de arenoso pellejo y trozos de algo parecido a patata se aplastaban a cada mordisco, liberando un icor viscoso. Aquella cena se transformó en una liturgia de silencio, en un sollozante ritual en el que nos comimos mi ilusión encarnada en vil comistrajo. Cuando por fin me quedé a solas con Susan en el comedor, una vez que cada mochuelo voló a su olivo —la mayoría calentitos—, ella se excusó por la escenita y me pidió mi opinión acerca de su tortilla.

No sólo me faltó valor para ser sincero con ella, sino que deshonré a mi madre afirmando que la tortilla que acababa de comer era mejor que la suya. Ella volvió a disculparse en nombre de su familia, alegando que el paladar inglés es diferente al español, y que no me ofendiera si tanto ella como los suyos pensaban que la tortilla de patatas era una mierda.

Tampoco tuve fuerzas para rebatirle aquello.

Fue entonces cuando me detalló cómo había cocinado la tortilla.

Susan, que casi sufrió un infarto al ver el precio del aceite de oliva en el supermercado, decidió realizar unos cambios de su cosecha en la receta: en lugar de freír las patatas, las hirvió —con piel, como suele hacerse en Inglaterra—, cortándolas posteriormente en trozos y rebozándolas en mantequilla y huevo (de ahí surgió la pelambrera que cubría la masa). Por supuesto, nada de sal. Tras facilitarme detalles adicionales sobre la elaboración de la tortilla, inventé una excusa, me fui a dar una vuelta por el barrio y me metí los dedos hasta la campanilla debajo de un puente ferroviario cercano.

Siempre consideré aquel acto como un exorcismo gastronómico.

Aquella fue, definitivamente, la peor cena de mi vida, tanto por el menú como por la tensión que lo rodeó.

Mes y medio después, cuando regresé a casa, mi madre me preguntó qué me apetecía cenar. Sin poder evitarlo, me acordé del engendro de Susan y sentí miedo. Mucho miedo. Pero de pequeño me enseñaron que el miedo hay que vencerlo, así que, por segunda vez ese verano, pedí una tortilla de patatas.

Aquella noche degusté la tortilla de patatas de mi madre con bocados lentos.

Una deliciosa tortilla de dos huevos, poco hecha, con las patatas y la cebolla en su punto… y desde esa noche decidí que los traumas no existen.

Al menos, para mí.

EL CABALLERO DEL VIENTO

(Relato ganador del Certamen Librería Tótem, Ceuta, 2008)

Conocí a Fred a principios de junio de 1964, pocos días después de que mi familia y yo nos mudáramos al rancho que mi padre compró al sudeste de Milwaukee, en Wisconsin. Estaba a punto de cumplir dieciséis años, y la perspectiva de una vida en el campo, con el pueblo más cercano a seis millas de casa, me infundía una sensación de eterno disgusto. Al contrario que Maude, mi hermana de ocho años, que estaba encantada con la bucólica vida a la que mi padre nos había abocado, convirtiéndose en el arma perfecta de mi madre para reprochar mi actitud. *Fíjate en Maude, Peter, ella nos lo pone fácil. ¿Por qué no te esfuerzas un poco más?* Cómo si para un adolescente fuera tan fácil adaptarse a un cambio tan drástico. Mi padre se tomó mi enfurruñamiento como un problema temporal. *Déjalo ya, Marsha. Pronto irá a la universidad y se convertirá en el típico chico que se avergüenza de su casa, de su familia. Las cosas son así.*

Mi padre terminaba a menudo sus frases con esa coletilla.

Las cosas son así.

Aquellos primeros días en el rancho los pasé holgazaneando, jugando con los perros o explorando los alrededores, hasta que una mañana me sobresaltó el rugido de un motor que profanaba el silencio del campo. Detrás de mí, volando casi a ras del suelo, apareció un biplano que parecía sacado de un documental en celuloide rancio de la Primera Guerra Mundial. El piloto me vio, porque distinguí una mano enguantada saludándome al pasar por encima de mi cabeza. Fui lo bastante valiente como para no agacharme al paso de la ensordecedora máquina y mantener la cabeza alta hasta comprobar cómo el aparato desaparecía detrás de una loma. Recuperado del susto inicial, perseguí al biplano a la carrera hasta llegar a la cima del cerro. Fue así como descubrí los dominios de Fred.

Alrededor de una pista de aterrizaje que recorría como una cicatriz el campo de norte a sur, había un enorme hangar con sus puertas abiertas; al lado de este edificio principal distinguí un pequeño surtidor de gasolina cubierto con una marquesina de chapa oxidada y, algo alejada de todo aquello, una pequeña casa de dos pisos con un porche adornado con macetas cargadas de flores. Haciendo caso omiso a la voz en off de mi padre recordándome que la curiosidad mató al gato, bajé la ladera hasta llegar al aeródromo. Al fin y al cabo, no había vallas ni alambradas que delimitaran la propiedad. Mientras me acercaba con pasos vacilantes hasta la pista

de aterrizaje, una voz con acento extranjero me dio la bienvenida desde detrás del avión.
—Hola, chico. Acércate, no tengas miedo.
La verdad es que no sentía miedo alguno, pero sí curiosidad por ver de cerca el viejo avión y su piloto. Aquello me pareció una estampa inusual en el campo de Wisconsin.
—¡Acércate! —insistió, mientras guardaba los guantes en uno de los bolsillos de su cazadora de cuero. Era un hombre alto, de cabello escaso y cano, con unos penetrantes ojos azules y una sonrisa franca y decidida. Su edad era difícil de calcular por su porte y actitud, pero las arrugas de su rostro revelaban que tenía más de setenta años. En cierto modo me sorprendió ver que era un anciano.
—¿No tiene calor con esa cazadora? —fue lo primero que se me ocurrió preguntarle.
—Ahí arriba no hace tanto calor como aquí abajo. Y como ves, las carlingas de este avión son abiertas.
En efecto, el biplano tenía dos huecos en tándem para albergar a un piloto y a un copiloto. Con delicadeza, pasé la mano por el fuselaje. Su tacto me sorprendió. Estaba recubierto de tela.
—¿Conoces este avión? —me preguntó el viejo; negué con la cabeza—. Es un Bücker BU-131 Jungmann, un auténtico acróbata del viento. ¿Has volado alguna vez? —Repetí mi gesto anterior—. Es una experiencia maravillosa —suspiró—. ¿Vives por aquí?
—Acabamos de mudarnos al rancho que está al sur de aquí.
—El rancho del viejo Loewenthal. El pobre murió el año pasado. Era muy mayor.
—¿Loewenthal? ¿Era alemán?
—Alemán, como yo —respondió el piloto con una sonrisa—. No sé de qué te extrañas: en Milwaukee hay más alemanes que cabezas de ganado. ¿Cómo dijiste que te llamabas?
—No se lo dije. Me llamo Peter. Peter Renfield.
Me tendió una mano que no dudé en estrechar.
—Encantado, Peter Renfield. Puedes llamarme Fred. Si tu padre te deja, podrías venir a volar conmigo algún día. —Palmeó la zona del fuselaje, justo debajo de uno de los habitáculos—. En este cacharro hay sitio para dos.
Mi conversación con Fred se prolongó durante unos minutos más, y luego emprendí el camino de regreso a casa. No estaba seguro si la invitación del viejo había sido pura cortesía o si en realidad estaba dispuesto a llevarme con él en el biplano. La idea de volar en aquel avión me resultaba muy seductora, pero temía que mi padre me lo prohibiera. ¡Qué demonios, en pocos días cumpliría dieciséis, ya no era un niño! En ese momento decidí que no iba a dejar que mi padre arruinara lo único que quizá podría ser divertido en mitad de aquel

edén para vacas.
Dos días después, me atreví a volver al aeródromo, donde encontré a Fred en el hangar, inmerso en las tripas de su Bücker. El viejo se puso muy contento al verme. Era evidente que se sentía tan solo como yo. Mientras trasteaba con el motor del avión, me contó que había llegado a América en 1919 y que se había casado con una preciosa chica de Iowa llamada Emma, que por desgracia no le había dado hijos antes de su prematura muerte, en el cuarenta y cinco. Durante la mayor parte de esos años, Fred había trabajado como instructor de vuelo en Milwaukee, hasta que en 1955 adquirió el terreno para construir su propio aeródromo.
—Me habría gustado fundar una escuela de pilotos aquí —suspiró, con un deje de tristeza en la voz—. Por desgracia, la administración opina que ya soy demasiado viejo y me negó la licencia de apertura. —Fred me dedicó una sonrisa melancólica—. Al menos me permiten utilizar el aeródromo para uso particular, algo es algo.
—¿Me enseñarías a pilotar? —Las palabras brotaron de mi boca a toda velocidad, como si un mecanismo ajeno a mi voluntad las hubiera disparado de forma automática—. No tengo dinero, pero podría ayudarte trabajando en el aeródromo… ¡Me encantaría aprender!
—¿Qué opina tu padre al respecto?
No sé por qué, pero me di cuenta en ese preciso instante de que aquellos ojos azules funcionaban como una especie de detector de mentiras. Algo en mi interior me dijo que, si le mentía, mi naciente amistad con Fred podría irse al garete.
—No lo sé, no pienso preguntárselo. Lo único que sé es que me muero de ganas de volar —aseguré, clavando mis ojos en los suyos—. Lo que opine mi padre me importa un pepino.
Fred se acarició el mentón y de repente, con un enérgico movimiento, extendió su mano derecha.
—Acabas de hacerme cómplice de un acto deleznable —dijo, mientras nuestras manos se estrechaban—. De todas formas, sólo se enterará si nos estrellamos, y si eso sucediera, te aseguro que el menor de nuestros problemas será que tu padre nos dé una paliza.
Ambos sellamos nuestro secreto con una risa, y esa misma mañana ocupé la carlinga trasera del Bücker. En cuanto despegamos y el viento azotó mi cara, me di cuenta de que había encontrado, por primera vez en mi vida, algo que me llenaba mente, corazón y alma. A cientos de pies de altura, Fred me dedicó una sonrisa desde su carlinga que me hizo adivinar cómo había sido aquel hombre tan especial cuando no tenía más de veintitantos.

Aquel fue el primero de muchos, muchísimos vuelos. Y mi padre estuvo meses —años—, sin sospechar que el «maldito bastardo que asustaba al ganado» no era otro que su hijo.

Una semana después de nuestro primer vuelo, y tras muchas horas de teoría que Fred hacía tan amena como un buen relato de aventuras, me atreví a tomar los mandos del Bücker. La sensación de nervios en el estómago fue indescriptible, por mucho que Fred me garantizara que él se haría cargo de la situación desde su puesto si algo no iba bien. Ese día, sentí el sonido del motor como si fueran mis manos y pies quienes lo emitieran. El despegue fue como un triunfo sobre todas las leyes naturales, una patada en la boca a Newton. ¡Allá vamos!

Ese primer paseo aéreo fue tranquilo, exceptuando el pellizco en el estómago a la hora del aterrizaje, que Fred definió como casi perfecto.

—¡Chico, has nacido para esto! —exclamó, propinándome una palmada en el hombro que me hizo dar un traspiés—. ¡Mañana mismo te enseñaré a hacer algo muy divertido!

Fred cumplió su promesa.

Al día siguiente, comenzaron las clases de acrobacia aérea.

Loopings, dobles tijeras, rizos, picados en barrena... También me enseñó a navegar, tanto mediante brújula y mapa como guiándome por el sol y las estrellas. Con él aprendí a amar el vuelo y a respetarme a mí mismo. Fred se convirtió en mi mejor amigo, y eso que hice algunos muy buenos en el instituto. Pero si tenía que elegir entre ir con ellos al cine o volar con Fred, escogía la segunda opción sin pensármelo dos veces.

A pesar de la confianza que nos unía, Fred era bastante parco referente a ciertos detalles de su pasado. Había etapas de su vida de las que simplemente no hablaba. En un recóndito lugar de mi corazón yo sospechaba que Fred había sido un agente doble —o algo por el estilo— durante la Primera Guerra Mundial, ya que, si bien hablaba de su infancia en Alemania y de su época como instructor en Milwaukee, jamás hablaba de su juventud en Europa. Siempre que intentaba sacarle el tema, Fred se salía por la tangente o me decía que, incluso entre amigos, no era necesario contarlo todo.

Luego me dedicaba una de sus encantadoras sonrisas.

Maldito viejo, cómo le quería.

El misterio más intrigante que albergaba el aeródromo de Fred se encontraba dentro del hangar. El ala oeste estaba dividida por un tabique que formaba un enorme espacio, permanentemente cerrado a cal y canto por una gigantesca puerta abatible que se accionaba mediante una cerradura en la pared, la cual activaba un poderoso motor eléctrico encargado de hacerla rotar sobre su eje. Huelga decir que nunca vi esa puerta abierta ni supe, hasta años más tarde, lo que se ocultaba tras ella. La primera vez que le pregunté a Fred acerca de ello, me respondió con una de sus frases enigmáticas.

—A su tiempo, querido Peter. Lo sabrás a su tiempo.

Insistir era inútil. Cuando Fred no quería soltar prenda, no lo hacía aunque le clavaran astillas de bambú bajo las uñas. Quizá eso formara parte de su entrenamiento como espía, quién sabe…

Dos años después de nuestro primer encuentro, el día en que cumplí dieciocho años, Fred me preparó una pequeña fiesta en su casa. Me había encargado una tarta de chocolate en forma de avión, con una única vela en la carlinga. Cuando la apagué de un soplido, me entregó una caja envuelta en papel de regalo con un gran lazo rojo que desbaraté a toda prisa, impaciente por averiguar qué contenía.

Eran los libros de la escuela oficial de pilotos Gran-Aire, en el aeropuerto Timmerman de Milwaukee. Junto a éstos, había un juego de impresos de inscripción completamente rellenos con mis datos, a falta solo de mi firma.

—Pero… pero no tengo dinero para pagar esto —tartamudeé—, y no creo que mi padre…

El viejo me mandó callar. El regalo incluía la matrícula y el pago del curso. Creí morir de la alegría. Gracias a Fred, obtuve mis alas y una mención especial por mi habilidad para el pilotaje. Tanto él como mis padres —que por fin se enteraron de que era yo quien espantaba el ganado—, se sintieron muy orgullosos de mí. Hasta Maude, mi hermana pequeña, le contaba a todo el mundo que su hermano era piloto. Fueron momentos muy felices.

Poco después, en 1969, Fred se llevó un terrible disgusto cuando le informé que me había alistado como piloto para ir a Vietnam.

Fue como si envejeciera diez años en diez segundos.

—¡Guerra, guerra… no te enseñé a volar para matar gente en el aire! —me reprochó con amargura—. Además, el combate aéreo de hoy en día no es lo mismo que el de antaño. Aquello era un duelo entre caballeros, ahora es una carrera tecnológica, misiles guiados contra señuelos térmicos… ¡Basura!

¿Qué podría saber aquel viejo instructor de vuelo de la guerra? Él volaba por placer, por cabalgar en el viento y desafiar a la ley de la gravedad con sus acrobacias. Pero ahora mi país me necesitaba. Chicos de mi edad morían día tras día lejos de sus hogares, y yo me sentía obligado a hacer todo lo posible para que regresaran sanos y salvos a casa.

Durante la poca guerra que me tocó vivir —llegué a Vietnam muy poco antes de que terminara— piloté un bombardero Phantom. Nunca protagonicé heroicidad alguna: me limitaba a arrasar los objetivos con napalm sin encontrar defensa antiaérea ni presencia de interceptores enemigos. Sólo Dios sabe cuántos inocentes murieron en aquellas incursiones. Os juro que me sentía como un as de pacotilla, a pesar de que mis compañeros de las Fuerzas Aéreas me consideraran

un piloto formidable y me tuvieran en un pedestal.

Quien te enseñó a volar, lo hizo muy bien, decían mis superiores.

Y eso era completamente cierto.

Después de la guerra, pasé año y medio preparando pilotos en la base de las Fuerzas Aéreas de Colorado Springs. Con el dinero que gané me matriculé en la universidad de ingeniería aeronáutica en Minnesota.

Ya no me conformaba con pilotar aviones.

Ahora quería construirlos.

Una llamada de mi padre, en 1973, me comunicó la peor noticia de mi vida.

Fred había muerto.

Una semana después, recibí una citación procedente de un bufete de abogados de Milwaukee referente al testamento de Fred Richtmann. Con un nudo en la garganta, tomé el primer vuelo a la mañana siguiente. Fue un picapleitos que parecía tener mucha prisa quien me notificó que el viejo Fred me había nombrado heredero universal de todos sus bienes, legándome el terreno que albergaba el aeródromo y todo lo que este contenía, incluyendo su casa y la Bücker. Además de las escrituras de la propiedad, el abogado me entregó un sobre que contenía decenas de llaveros etiquetados con la pulcra caligrafía de Fred y una cuenta corriente con un saldo que ascendía a más de tres millones de dólares después de pagar impuestos.

Por suerte, todo aquello me pilló estando sentado.

—¿Tanto dinero? —logré balbucear.

—Pensé que sabía que el señor Richtmann recibió, en tiempos, una copiosa herencia de su familia en Europa que supo invertir bien —rezó el abogado en tono monocorde—. Ahora, si es tan amable, firme aquí.

Por supuesto que firmé.

De allí conduje directo hasta el aeródromo. Por supuesto, lo primero que haría en cuanto llegara sería abrir la misteriosa puerta cerrada del hangar.

Una vez allí, rebusqué entre los llaveros del sobre acolchado hasta encontrar uno cuya etiqueta rezaba: “ZONA PROHIBIDA”.

Sonreí.

La enorme puerta eléctrica obedeció al giro de la llave, descubriendo la impresionante estructura de un formidable triplano que hizo que el corazón se me encogiera en el pecho. Junto a éste, sobre una mesa de madera, distinguí un montón de páginas mecanografiadas y, encima de ellas, una carta escrita a mano por Fred.

Querido Peter, no te hagas ilusiones: este Fokker DR.I pintado de rojo no es el auténtico. El original quedó hecho trizas en Somme, donde se dijo que

morí, en abril de 1918. Lo cierto es que todo fue muy diferente de cómo se contó. La verdad te pertenece, y está recogida en las páginas mecanografiadas que encontrarás junto a esta carta. Haz con ellas lo que quieras: consérvalas, publícalas o quémalas, eso queda a tu elección. Lo único que me importa de veras es que pruebes tu nuevo avión. Lo puse a punto antes de irme, así que debe de estar listo para despegar y, esta vez, su belleza no se verá enturbiada por el rugido de las ametralladoras. Disfruta de mi legado, Peter, y sé un caballero del viento. Ahora, antes de que te enfrasques en las páginas que tienes sobre la mesa, creo que es mi obligación revelarte mi auténtico nombre, que es Manfred Friher von Richtofen, también conocido como el Barón Rojo.

Aunque si he de serte sincero, el nombre que más me gustó de todos siempre fue Fred.

LA TIZA DE SAMUEL ZIMMERMANN

Samuel Zimmermann aún no se había convertido en un espectro, como le había sucedido al resto de sus compañeros de barracón.
La luz no había desaparecido todavía de sus ojos.

Ni el hambre, ni el maltrato, ni el uniforme a rayas ni la estrella de David cosida en el pecho habían conseguido doblegarlo del todo. Su cuerpo era un armazón de huesos sin fuerzas. Su alma, en cambio, aún conservaba las ganas de vivir.
Un día, Samuel se coló en una de las cocinas del campo. Buscaba un cuchillo, una cuchara o cualquier otro objeto que sirviera para intentar una fuga o cavar un túnel. Fue inútil. Cualquier cosa que pudiera servir como arma estaba bien custodiada por los soldados. Pero entonces descubrió algo en el suelo.
Era un pequeño trozo de tiza de un blanco casi fosforescente, que resaltaba en el gris neutro del campo de exterminio como una mosca en una vichyssoise. Cuando pesaba treinta y dos kilos más y su sonrisa no le hacía parecer una calavera, Samuel se había ganado la vida como pintor en Berlín. Y qué mejor regalo para un artista que una tiza en unas circunstancias como aquellas.

Y había algo todavía más sorprendente.

La tiza olía a magia.

Samuel la ocultó durante semanas como si fuera un tesoro, hasta que llegó el día del que hablaban todos los rumores: un oficial les ordenó formar fuera para una ducha inesperada. Samuel ocultó la tiza entre sus dedos raquíticos. El batallón de muertos vivientes desfiló con paso arrastrado hasta el barracón asignado. Algunos murmuraban, agoreros; otros, simplemente, caminaban sin hablar.
Les ordenaron desnudarse a todos, hombres y mujeres por igual. Samuel pudo escamotear la tiza mágica y entró en la ducha con los demás. Allí dentro descubrieron el olor a exterminio. Una mujer joven fue la primera en romper a llorar, como un animal que presiente la muerte. La puerta se cerró y ellos se quedaron solos, contemplando el techo lleno de falsos respiraderos. Entonces, Samuel les habló.
—¡Oídme, dejad de llorar! —exclamó—. ¡Tengo algo con lo que podremos escapar! Mirad...
Todos le observaron como si estuviera loco. Samuel dibujó una puerta en la pared más cercana. Los trazos blancos pronto adquirieron una fuerza impresionante. Hubo una exclamación de asombro cuando Samuel, como un mago en mitad del espectáculo, abrió la puerta, para

descubrir que esta daba a un extenso prado verde que olía a hierba y a brisa fresca.

—Y ahora, miraos —exclamó Samuel—. ¡Miraos!

Ya no eran una horda de fantasmas. De repente, habían recuperado el peso que tenían antes de cruzar las puertas del campo de exterminio. Las mujeres lucían peinados hermosos, sombreros elegantes y vestidos de gala. Los hombres, cabellos y mostachos cuidados, trajes bien planchados y zapatos lustrosos. Samuel fue el primero en atravesar la puerta mágica. Los demás le siguieron, corriendo y riendo. Era increíble. Después de todo lo que habían pasado, eran libres. Sin dejar de correr, dejaron el barracón atrás y se perdieron por las colinas. Nunca fueron tan felices como ese día.

Cuando los soldados entraron en la cámara de gas, descubrieron que todos los muertos, hombres y mujeres, tenían una sonrisa en los labios. Uno de ellos, junto a la pared, había pintado un rectángulo blanco con tiza.

Su sonrisa no era exactamente de alegría.

Era de libertad.

RECORDANDO AL HÉROE

En cuanto crucé su verja, comprobé que la Residencia Santa Hermenegilda difería bastante de la imagen gótica que mi mente había tejido basándose, únicamente, en el membrete del fax que llegó a mi oficina el día anterior. Un fax que me había impulsado a embarcarme en un viaje de más de seiscientos kilómetros en mitad de una semana plagada de trabajo. El edificio, de líneas rectas y paredes blancas, contemplaba desde sus tres pisos repletos de ventanas los cuidados jardines y la explanada del aparcamiento que se extendían bajo su sombra. Afuera, una decena de hombres y mujeres navegaban sin rumbo fijo inmersos en su propio mundo, en un plano muy distinto del que yo acababa de invadir a bordo de mi BMW. Antes de alcanzar la doble puerta de aluminio y cristal que daba acceso a la residencia, fui interceptado por un empleado de bata blanca, mentón cuadrado y ojos centelleantes que, a pesar de tener su cabeza pincelada de canas, no debía llegar a los treinta y cinco. Su radiante sonrisa me dio la bienvenida, y su mano la rubricó con un apretón capaz de aplastar el caparazón de una tortuga.

—Usted debe de ser don Luis Ribalta —adivinó.

—Y usted debe de ser el Increíble Hulk. —La mano me latía como si le acabaran de implantar el corazón de un gorila adulto; el hombre de la bata blanca se encogió de hombros, me regaló su sonrisa más inocente y me liberó de su presa.

—Lo siento, señor Ribalta, a veces no controlo la fuerza. Soy Jesús Gómez, celador jefe del centro. El doctor Fernán me pidió que le disculpara: le surgió un compromiso de última hora y me rogó que le recibiera en su nombre. Espero que no le importe…

—Me parece perfecto —concedí, devolviéndole la sonrisa.

—Sígame, por favor —me pidió, para a continuación pastorearme a través de vestíbulos y corredores donde nos cruzamos con varios pacientes que a veces nos ignoraban y a veces nos observaban con sonriente descaro—. A todo esto, no le he dado el pésame por lo de Tonio. Lo siento muchísimo.

—Gracias.

—¿Era familia suya?

Negué con la cabeza justo en el preciso momento en que el celador se paró en seco.

—Hemos llegado —anunció, a la vez que abría una puerta—. Adelante, por favor.

Pasamos a un despacho de paredes adornadas con cuadros

abstractos del todo a cien, estanterías sin barnizar preñadas de tomos añejos que, a pesar de acumular polvo de años, estaban por estrenar, y una mesa con un sillón de polipiel y dos sillas dignas de cuarto de interrogatorio. Sobre la mesa, además de un batiburrillo de papeles, carpetas y material de oficina, había una caja de latón ilustrada con temas victorianos que parecía tener cien años. Una caja que originalmente, en otra era, había zarpado de un puerto inglés cargada de galletas.

—Este es el despacho del doctor Fernán —explicó Jesús a la vez que recogía la caja de galletas—. Él fue quien le envió el fax. Tenga, esto es lo que dejó Tonio para usted. —El celador me tendió la caja—. No tengo ni idea de lo que contiene. Si desea abrirla en privado, puedo dejarle a solas…

—De ningún modo. Quédese aquí, por favor.

Abrí la caja, que en un principio me pareció vacía de lo poco que pesaba. Dentro encontré una gorra azul marino con las siglas NY bordadas en hilo de oro. La reconocí de inmediato. Además de estar raída por los años, tenía signos de haber recibido la caricia del fuego. Bajo la gorra, un sobado ejemplar de El Principito de Saint-Exupéry ocultaba una foto erosionada por los vientos del tiempo, donde se podía ver a un Tonio sonriente abrazando a un niño de unos diez años. Ambos mostraban al objetivo sus dedos formando una V de victoria.

Jesús me preguntó si podía ver la foto. Se la pasé.

—Nunca la había visto —confesó—. ¿Conoce a ese chico?

Asentí.

—Soy yo.

El celador paseó su vista de la foto a mi rostro, cotejando el parecido de mis treinta y ocho años con los once del niño que posaba junto a un Tonio que exhibía feliz su sonrisa abierta, mostrando con orgullo unos dientes grandes, irregulares y divergentes capaces de desafiar a un escuadrón de dentistas. Sus orejas, paquidérmicas, se extendían en toda su envergadura debajo de la gorra que ahora sostenía yo. Sólo sus ojos azules, unos ojos con luz propia, de mirada algo ida y soñadora, eran lo bastante hermosos para eclipsar las facciones hechas a golpes de Tonio.

Fue entonces cuando di la vuelta a la foto y me encontré con su mensaje póstumo, escrito con su temblorosa caligrafía, a veces ilegible y siempre repleta de faltas de ortografía.

Gracia luis siempre fuite mi hamigo.

Las lágrimas brotaron por primera vez desde que recibí el fax que me comunicó la muerte de Tonio. Fui incapaz de contenerme, a pesar de que no soy propenso al llanto, mucho menos delante de celadores rompemanos. Jesús me dedicó una mirada acostumbrada a bregar con

sufrimiento.
—Hace veintiocho años de esta foto —expliqué, recuperando el control a base de tragar bocanadas de lágrimas—. Nos la hicimos poco después de que Tonio entrara a trabajar de portero en el edificio donde me crié.
—¿Hacía mucho que no veía a Tonio?
—La última vez que le vi yo tendría alrededor de veinte años —confesé.
El celador dibujó una sonrisa comprensiva y volvió a contemplar la foto.
—La verdad es que Tonio cambió muy poco físicamente —observó—. ¿Sabe que fue él mismo quien vino a esta residencia cuando se jubiló? —negué con la cabeza—. Nos ofreció la totalidad de su humilde pensión y ayudarnos en lo que pudiera si le dejábamos quedarse aquí. Esta residencia no es barata, pero lo pusimos a prueba y él demostró ser una gran inversión para el centro. Para entendernos, era un currante nato. Dio el callo hasta el último día.
—Siempre lo recuerdo armado de escoba, cubo y fregona, puliendo la solería como si quisiera convertirla en un espejo —rememoré—. ¿Dónde está?
—En la capilla. Los de la funeraria llegarán de un momento a otro.
—¿Vamos?
La capilla de la residencia tenía un aforo para unas cuarenta personas. Unas velas apagadas ocupaban una esquina del recinto, y unos bancos de orar que parecían de quinta mano formaban frente al altar. Delante de este, un ataúd barnizado y rematado con un crucifijo dorado contenía los huesos de mi amigo de la infancia. Aquel que tantos disgustos me había costado con mis padres, con mis amigos, con la gente de la calle. Aquel que, sin meterse jamás con nadie, atraía el rechazo sólo por ser diferente al resto.

Tonio el Retrasado, era el título que el vecindario le había otorgado a modo de sambenito.

Para mí, sin embargo, fue Tonio el Héroe.

La universidad, el trabajo, mi esposa, mis dos hijas, mi nueva casa de ciento setenta metros cuadrados… Todas esas cosas, que no habrían existido si no llega a ser por Tonio, lo habían relegado a un enésimo plano que ahora reconocía, no sin pesar, como olvido. Sin embargo, él me tuvo muy presente hasta el final de su vida. Su corazón, blindado contra el desgaste del tiempo, había demostrado ser más fuerte y puro que el mío.
No pude contener el nuevo reguero de lágrimas que se deslizó mejillas abajo. Jesús me condujo fuera de la capilla, al pasillo desierto, lejos de aquel ataúd al que casi ni me atrevía a mirar sin sentirme decepcionado conmigo mismo.

—No se culpe —dijo Jesús, que parecía leer mi pensamiento—. Apuesto a que él no se sintió defraudado por usted; la gente como Tonio se conforma con muy poco, y lo que a nosotros nos parece escaso a ellos les parece un mundo. —Jesús sacó El Principito de la caja de galletas abierta que yo sostenía como si fuera el cuarto rey mago a punto de hacer la ofrenda—. Así que fue usted quien le enseñó a leer. A veces Tonio hablaba de eso, pero nunca mencionó su nombre. Se refería a usted sencillamente como "*mi amigo el chico*".
—¿Nunca le contó lo que sucedió hace veintiocho años?
—No, pero me gustaría oírlo.
—Fue alrededor de 1980. Yo vivía con mis padres y mi hermana en uno de los edificios más modernos de la ciudad. Fuimos los primeros habitantes del piso. Aún recuerdo el olor a nuevo de las habitaciones, olor a obra, cemento y pintura. Al principio, la comunidad tuvo un portero viejo y cascarrabias —Tobías, aún recuerdo su nombre— que murió de cáncer a los pocos meses de estar allí. Tonio le sustituyó.
—El presidente de la comunidad fue un pionero en contratar a un discapacitado mental en aquellos años —apuntó Jesús—. En aquella época no era nada frecuente.
—No sé si fue por bondad o porque salía mucho más barato que cualquier otro trabajador —apuntillé—. De todas formas, Tonio traía buenas referencias. Había sido portero de otro edificio que el ayuntamiento decidió demoler, y se había quedado en la calle. Fueron las monjitas que lo acogieron después de aquello quienes lo recomendaron a la comunidad.
»En cuanto Tonio ocupó la portería, comenzó a ser el blanco de las burlas de los hijos de los vecinos. No es que le hicieran canalladas horrendas, pero sí que le gastaban bromas que él encajaba con sonrisas estoicas: le pisaban lo fregado, le daban recados para vecinos que no existían, le metían perros callejeros en el portal… ya sabe, cosas de niños.
—Yo también fui un prenda de pequeño —confesó el celador, mirándome de soslayo—. A veces pienso que trabajo en esto para redimirme de mi carrera criminal.
—Pero aquello no fue lo peor —continué—. La mayor de las injusticias comenzó a brotar de la población adulta del edificio, capitaneada por mi propio padre. Lo único que hacía Tonio era limpiar catorce horas al día, bajar la basura por las noches y dedicar saludos amables a todos los inquilinos del bloque. Pero ellos comenzaron a invocar fantasmas que no existían. Que si los retrasados eran peligrosos, que si a todos les daba por lo mismo… Sabe de qué le hablo, ¿verdad?
—Por supuesto. El tópico de siempre. Aún luchamos contra él.
—A mí Tonio me caía muy bien. Es cierto que tenía un retraso más

que evidente, pero… ¿Cuál podría ser su edad mental? ¿Doce o trece años? ¿Y cuál era la mía? ¿Diez, once? Para mí Tonio era un adulto que funcionaba como yo, un compañero de juegos falto de cariño que se dejaba impresionar por la mínima muestra de afecto. Cuando me enteré de que no sabía ni leer ni escribir, me propuse enseñarle. Y mire usted por donde, lo logré.

»A mi padre le sacaba de quicio verme en la portería, sentado junto a Tonio en la mesa camilla con mis libros antiguos, enseñándole lo poco que yo sabía. Tonio era duro de mollera, pero increíblemente tenaz, por lo que al cabo de los meses acabó leyendo y escribiendo. Bueno, su caligrafía y su ortografía jamás fueron su fuerte —reconocí, a modo de mea culpa.

Jesús me sonrió y elevó la ceja.

—Hay chavales hoy día que escriben peor que él. Dios maldiga a los teléfonos móviles y a los mensajitos del demonio…

Le di la razón con un gesto y continué con mi relato.

—Un día, al llegar a casa, mi padre me sorprendió con un tercer grado en toda regla, un tercer grado que sólo entendí años después. Me preguntó si Tonio me tocaba, si me enseñaba revistas de mujeres… cosas así, ya sabe. Mi padre se preguntaba a gritos qué demonios hacía yo pasando tantas horas con un subnormal. Así lo definía él. Por mucho que le juré que Tonio jamás me había hecho nada malo, mi padre decidió que yo no iría más a la portería. *Porque lo digo yo*.

—Conozco ese incunable: el lema de la sinrazón.

—Pero mi padre no se limitó a eso —proseguí, y me di cuenta de que el tono de mi voz se revestía con espinas del rencor—. Mi querido progenitor se proclamó caudillo de una cruzada contra el pobre Tonio que lo hizo ir puerta a puerta, piso a piso, advirtiendo al vecindario del riesgo que corrían sus hijos con aquel depredador suelto. De eso me enteré mucho tiempo después, cuando ya era adulto. Ya sabe cómo funcionan esas cosas: comienza el runrún por los rellanos y la alarma prende con el combustible del miedo. A los pocos días, el presidente de la comunidad tuvo sobre su mesa una queja, denunciando hipotéticos peligros que solo existían en las mentes histéricas de una caterva de adultos que presumía de una formación inmejorable, de deslumbrantes títulos universitarios, de envidiables puestos de responsabilidad o de empresas que funcionaban como relojes suizos. Y en la parte contraria Tonio, ajeno a lo que sucedía, incapaz de interpretar las miradas recelosas que lo ametrallaban en el portal y que le hacían preguntarse qué había hecho mal para que yo dejara de ir a la portería a charlar y a jugar con él. Porque Tonio, en el fondo, no era más que un niño como yo.

»El día de su cumpleaños reuní mis ahorros y le compré este libro. —Le tendí a Jesús el ejemplar de El Principito; el celador lo abrió en un

acto reflejo y se dio de narices con una dedicatoria escrita con letra de palo, la letra inconfundible de un niño—. La escribí yo.
—*Tonio, eres el mejor* —leyó Jesús en voz alta—. No va firmada.
—No hacía falta —dije, encogiéndome de hombros.
—¿Echaron a Tonio del trabajo?
—No le echaron, pero su penitencia fue aún mayor: le condenaron al ostracismo. A los pocos que lo queríamos se nos prohibió hablar con él, pero nadie movió un dedo por reprimir a los desalmados que le amargaban la vida. *Así se cansará y se irá voluntariamente*, decían por los descansillos. Ese comentario piadoso venía a menudo de señoras de misa diaria, de esas que miden la religión en minutos pasados dentro de una iglesia.
»Y un día ocurrió la catástrofe. Uno de los miembros femeninos del sanedrín contra Tonio, una viuda de rosario en mano, peluquería dos veces por semana y aroma a perfume rancio, tuvo un descuido con un brasero y originó un incendio que devoró con ansia las cortinas de su piso. Las llamas se propagaron con tal voracidad que el edificio entero tuvo que ser evacuado. Aquello sucedió a media mañana. Los hombres se encontraban trabajando, los niños en el colegio, y yo en cama amodorrado, con anginas y unas décimas de fiebre. Mi madre, que me había dejado solo el tiempo justo para ir a comprar el pan, se topó a su regreso con una multitud que contemplaba el incendio desde la calle. Desesperada, intentó entrar en el edificio, gritando sin parar que yo seguía allí dentro, pero los vecinos se lo impidieron, alegando que los bomberos estaban a punto de llegar. Pero hubo alguien que, ignorando todas las advertencias, se lanzó dentro de aquel horno sin pensárselo dos veces.
—Tonio —adivinó Jesús.
—Tonio. Subió por las escaleras hasta el tercero, donde vivíamos, armado con una copia de la llave que guardaba en la portería. Ignorando el humo y el fuego, irrumpió en casa llamándome a gritos. El salón ya era un infierno, y la atmósfera sofocante. Aún recuerdo las toses y el escozor de los ojos. Tonio me cogió en brazos, protegiéndome con su cuerpo todo lo que pudo, y atravesó la hoguera de San Juan en la que se había convertido el salón. Cuando salió a la calle llevándome en brazos, los bomberos, que acababan de llegar, no daban crédito a la hazaña. Lo siguiente que recuerdo fue que se llevaron a Tonio al hospital en una ambulancia. ¿Ve usted esta vieja gorra? Tonio la llevaba puesta ese día. Después del incendio, no se la quitó ni para dormir. Quizá lo considerara una especie de amuleto, quien sabe…
—Así que las quemaduras que Tonio tenía en la oreja y en los brazos fueron debidas a aquel incendio —dedujo Jesús—. Nunca nos contó cómo se las hizo.

En aquel momento, los empleados de la funeraria aparecieron por el pasillo, interrumpiendo nuestra conversación. La hora de llevar a Tonio a su lugar de descanso eterno había llegado. Jesús y yo acompañamos al féretro en procesión por el pasillo, que había sido convenientemente despejado por el personal del centro para ahorrar a los pacientes el lúgubre paso del ataúd.

—¿Piensa ir al entierro? —preguntó Jesús, ya en la salida de la Residencia.

—Es lo menos que puedo hacer. Muchas gracias por escucharme, Jesús.

El celador se despidió de mí con una palmada amistosa en el hombro y se quedó fuera hasta que entré en el BMW. Cuando me disponía a arrancar para seguir al coche fúnebre hasta el cementerio, oí que Jesús me llamaba.

—¡Espere! ¿Y cómo acabó aquella historia para Tonio?

Sonreí a Jesús a través de la ventanilla.

—Su historia acabó bien: rodeado de gente buena, como usted. Pero no olvidemos que aún quedan muchos Tonios ahí fuera que sufren lo mismo que él sufrió.

—Seguiremos luchando para arreglar eso —prometió Jesús que, tras dedicarme una última sonrisa y un gesto de despedida con la mano, desapareció en el interior de la residencia.

Mientras seguía al coche fúnebre por la carretera que llevaba al cementerio, comprobé que en el asiento trasero reposaba la corona de flores que había encargado esa misma mañana. Desviando un segundo la mirada al cielo, recordé lo que ponía la cinta que la engalanaba.

A Tonio, todo un héroe.

UNA MALA IDEA

(Basado en un hecho real)

Mi amigo Goyo no es guapo, pero el cabrón es atractivo.

Medirá alrededor de uno ochenta, tiene un pelo ondulado y fuerte, de esos que brotan a tres dedos de las cejas y son recios como para protegerle de una pedrada; luce una sonrisa cautivadora y presume de un pico de platino, capaz de venderle cestas de Navidad con jamones y vino de la Rioja a la cúpula de Al Qaeda. Para colmo, tiene gracia hablando.

Entrar en un bar de copas y captar la atención de las féminas es automático, como si llevara un radiofaro metido en la bragueta. Era un macho-man, todo un playboy, un follador empedernido que nos ponía los dientes largos narrando con todo detalle sus conquistas, sus acosos y derribos, que eran muchos y variados.

Lo peor venía cuando te describía sus encuentros sexuales: eran tan detallados que te dejaban con dolor de huevos.

Pero todo eso fue antes de que se echara novia formal, porque a todo cerdo le llega su San Martín, y el de mi amigo Goyo se llamaba Bárbara, una de esas mujeres cuyo nombre, más que nombre, parece denominación de origen: melena rojiza y espesa, por encima de los hombros, cuerpo espigado, estilo impecable y curvas peligrosas. La noche que la conoció, iba vestida con una camisola de seda estampada, rematada con un cinturón ancho, que la hacía parecer una desertora del Olimpo.

Una tía guapa, con clase y —atención— con pasta.

No es que fuera millonaria, pero superaba con creces los mil doscientos pavos que se agenciaba Goyo currando en una distribuidora de material para papelería.

A nuestro don Juan de Marco particular le costó tres paseos fallidos y dos amagos de saludo reunir el coraje necesario para acercarse a Bárbara en la barra del pub. Ella nos contó después que le hizo mucha gracia verle tan acojonado, con toda la reputación de canalla que le precedía. Pero Goyo tiene muchas horas de entrenamiento a sus espaldas, así que acabó reuniendo valor para entrarle a aquella diosa. Una vez roto el hielo, estuvieron horas charlando y riéndose en la barra. Lo pasaron muy bien y, como se dice ahora, hubo *feeling*. Como siempre, los cubatas le hicieron creer a Goyo que tenía súper poderes y quiso llevársela a la cama, como al resto. Esa noche, nuestro hasta ahora invicto galán recibió el *no* de Bárbara como un tartazo en plena cara. Su teléfono fue el premio de consolación, sin contar la paja que

se hizo a su costa al llegar a casa.

La llamó dos días después, quedaron a comer un viernes y desde entonces empezaron a salir juntos. Bárbara era abogada, socia de uno de los mejores bufetes de Madrid, de esos que llevan pleitos gordos y ocupan dos plantas del tamaño de estadios de fútbol en un edificio de oficinas. Según nos contó Goyo, ella procedía de una familia de clase media de lo más normal, pero una buenísima trayectoria universitaria, una inteligencia brillante y una presencia imponente, la habían ayudado a entrar hacía seis años en el bufete y escalar puestos hasta que el propietario le propuso hacerse socia.

Sus ingresos se dispararon, e hizo lo que hacen muchas nuevas ricas: ponerse tetas, trasplantarse el culo de una carioca e hipotecarse en una casa en las afueras. A pesar de que todo lo anterior pueda sonar frívolo, Bárbara iba en serio con Goyo, y no se abrió de patas a la primera, ni a la segunda, ni a la tercera. Prefirió ir despacio, y eso, señoras y señores, encandiló a nuestro protagonista, que cada noche, al llegar a casa, se aliviaba a base de trabajos manuales que creía relegados a su época adolescente.

Al mes y medio de empezar a salir juntos, y coincidiendo con las vacaciones de verano, Bárbara le propuso a Goyo hacer un viaje por Andalucía. El motivo principal era estrenar su flamante BMW 320 Efficient Dynamics metalizado, un coche que provocaba tortícolis a su paso. El secundario, abrir la frontera de sus piernas al que ya consideraba su novio oficial. Ojo, no solo ella lo consideraba así: él también se refería a ella como *su novia*, cosa que jamás había hecho antes con ninguna. Nos alegramos por él. Ya iba camino de los treinta y cinco y algún día tendría que sentar la cabeza. Y si lo hacía con una mujer como Bárbara, mejor que mejor.

La primera noche de su viaje por el sur fue muy especial.

Se detuvieron a pernoctar en el Parador de Bailén. A Goyo le entró taquicardia al oír cómo Bárbara solicitaba una habitación con cama de matrimonio. A pesar de todo su recorrido por los mundos del follasquerío, ahora se sentía acojonado ante una novia inmaculada.

Mientras ella se preparaba en el baño, Goyo recibió la visita de los tres fantasmas de la fornicación: el fantasma del gatillazo, el fantasma de la eyaculación precoz y el fantasma de la picha corta. Quería quedar como el Rey del Porno, pero la presión que él mismo se metía amenazaba con manifestarse de forma no deseada.

Y en aquella época, no se estilaban las viagras.

Por fortuna, todo fue como una seda. Ella apareció con un conjunto de lencería capaz de hacer que Stephen Hawking se pusiera de pie, se empalmara, y aplaudiera. Para sorpresa de Goyo, no fue nada tímida: de hecho, llevó la iniciativa desde el principio, con una pericia que él ni siquiera había imaginado en sus mejores fantasías masturbatorias.

Goyo se dejó llevar, y ambos pasaron una noche inolvidable, que solo fue el preludio de las siguientes que vinieron.
A partir de ese día, la pareja disfrutó de sus vacaciones como si fueran las primeras y las últimas. Eso sí, Bárbara profesaba por su BMW una adoración que competía de forma inquietante con el cariño que mostraba hacia Goyo. Cada doscientos kilómetros, se detenía en una gasolinera para limpiarle el parabrisas y la calandria de mosquitos, restregarle toallitas húmedas en las llantas de aluminio y eliminar, con ayuda de un pañuelo de hilo, cualquier mota que pudiera mancillar el metalizado.
—A quién quieres más, Bárbara, ¿al coche o a mí? —preguntaba Goyo cada vez que ella dedicaba uno de sus zafarranchos al BMW.
—Qué idiota eres —fue la única respuesta que obtuvo.
Lo cierto es que el coche era para quererlo: se portó de maravilla, con su aire acondicionado, su equipo de alta fidelidad, su cambio de marchas automático... Una delicia. Al cuarto día de viaje, y por iniciativa propia, Bárbara hizo un acto de entrega aún más grande que cuando se puso a cuatro patas, se untó lubricante en el culito y le pidió a Goyo, con voz de gatita en celo, que fuera cariñoso con ella.
Lo dejó conducir el BMW.
A partir de entonces, los dos se alternaban al volante, y cuando él conducía, ella se recostaba en su hombro hasta llegar a algún pueblo blanco que les invitaba a recorrer sus cuestas estrechas plagadas de tabernas adorables. Un sueño para cualquier pareja de enamorados. Y después de recorrer sus callejuelas, buscaban una gasolinera con autolavado para lustrar el coche, que reflejaba el sol como un espejo de los que hundían barcos en tiempos de Arquímedes.
Pero no hay viaje romántico sin que uno de los dos cometa un error. A veces, estas cagadas quedan en una mera anécdota que se recuerda hasta con cariño. Otras, cuando la fase de enamoramiento pasa y los sentimientos desbocados vuelven a su cauce, quedan como una eterna arma arrojadiza siempre a punto para ser lanzada en las discusiones de pareja. Y en algunas ocasiones, ese error hace volar en pedazos la relación, como supositorios de kilo y medio de C4.

Esa mañana de jueves, Goyo tomó una decisión de lo más estúpida: cambiar la autovía por una carretera comarcal, coger una ruta alternativa y querer darle a su novia una sorpresa que a él le pareció de lo más romántico.
Bárbara creyó morirse cuando Goyo tomó una pista de tierra que habría hecho volcar a un BMR de la Legión. La polvareda se fue instalando en la pintura metalizada como si cada mota de polvo llevara puesto un paracaídas y un orden de combate establecido. Misión: invadir el coche y mantener la posición. Las piedrecitas —los chinos, que los llaman en Andalucía—repiqueteaban contra los bajos

con un martilleo que sonaba a un millón de posibles piquetes.
—Joder, Goyo —se quejó ella, que ya no se recostaba en su hombro, sino que se erguía en el asiento del copiloto, tan tiesa que si el techo corredizo hubiese estado abierto, habría sacado la cabeza a través de él como un periscopio humano—. ¿Cómo se te ocurre meter el coche por un sitio como este? ¿Se puede saber adónde cojones vamos?
—Es una sorpresa, ¡te va a encantar! —el muy idiota lucía su mejor sonrisa, no así Bárbara, que trataba de desintegrarle con la vista al más puro estilo del Cíclope, de los X-Men.
—Vas a pagar el lavado —lo condenó, pasando de abogada a jueza.
Goyo aceptó la pena con deportividad y giró el volante. A lo lejos, aparecieron unas puertas gigantescas parecidas a las de *Parque Jurásico*, pero en versión cutre y desconchada; escrito con letras que pretendían ser primitivas (cosa asaz absurda, porque hasta donde yo sé, los hombres primitivos no conocían el alfabeto), un cartel coronaba las puertas: «Auto Safari Simba - Costa del Sol». El color abandonó el rostro de Bárbara de inmediato.
—No me jodas, ¿qué coño es esto, Goyo, por Dios?
—Es un auto safari. Sé que te encantan los animales, cariño, y aquí podrás fotografiarlos, como si estuvieras en África. Es *flipante*, ya verás.
Bárbara se puso más nerviosa de lo que ya estaba.
—Goyo... animales sueltos —recalcó esta última palabra—. ¿No has pensado en el coche?
—¡Que no pasa nada, mujer, no seas tonta! ¿Cómo van a tener esto abierto si hubiera peligro? Todo está bajo control.
Todo está bajo control.

Siempre que oigáis estas cuatro palabras, preparaos para una catástrofe.

Cada vez que alguien las pronuncia, el Universo conspira para demostrar que es un perfecto idiota.
Un empleado achicharrado por el sol y amargado por el aburrimiento se les acercó con un talonario de tiques de lo más *vintage*: un taco de papel fino, de color celeste desvaído con aspecto de haber sido impreso al menos dos décadas antes. Incluso el empleado, de cara abotargada y barba de lija, parecía una reliquia del pasado. Apoyó sus brazos húmedos en la ventanilla de Goyo, y Bárbara visualizó los componentes ácidos del sudor cateto corroyendo la carrocería alemana con la voracidad humeante del ácido sulfúrico.

El portero inspeccionó el interior del coche y soltó, con voz cavernosa y cerrado acento andaluz:
—Dó adurto, dose leuro...
Goyo los pagó a gusto, desoyendo las protestas de Bárbara, que seguía manteniendo que aquello no era una buena idea. El empleado abrió

las puertas del *Parque Jurásico* del todo a cien, mostrando la prolongación de la pista en la que ya estaban. Para desgracia de Bárbara, no mejoraba lo más mínimo. De hecho, se veía menos transitada que la que habían recorrido, prueba fehaciente de que la mayor parte de la gente que llegaba a esa entrada de cartón piedra era más sensata que Goyo y daba media vuelta, espantada.
—Paentro —ordenó el garrulo en Dolby Surround.
La polvareda se reactivó en cuanto Goyo pisó un poco el acelerador. La carrocería del BMW 320 Efficient Dynamics comenzaba a tomar tintes de París-Dakar. Un cartel descolorido enumeraba las instrucciones a seguir durante el recorrido. Eran sencillas: ir siempre hacia adelante, no circular a más de veinte kilómetros hora, no tocar el claxon a no ser por una emergencia y llevar las ventanas siempre cerradas.
—¿Las ventanas *siempre cerradas* por qué? —preguntó Bárbara, medio atragantada.
—Por seguridad, cariño. Tranquila, no va a pasar nada.
—Da la vuelta inmediatamente, Goyo.
—No puedo, cielo, ya leíste el cartel: hay que salir por la otra puerta...
Bárbara se repantigó en el asiento con cara de tarasca, oteando el paisaje en busca de los primeros animales. Había un detalle que le inquietaba: ni una cerca a la vista, ni una mala alambrada, nada. Cuando se vino a dar cuenta, vio a lo lejos una manada de ñus con pinta de haber seguido la dieta Dukan durante los últimos quince años.
—Esos bichos están sueltos, Goyo —murmuró.
—Joder, Bárbara, ¡qué pesada! Fíjate que no se acercan. —Y como Goyo ya no tenía otra tontería más gorda en la recámara, soltó lo que sigue—. Están domesticados.
—Un rasguño al coche, un solo rasguño, y tú pagaras hasta el último céntimo de la reparación en un taller oficial.
Goyo soltó una risita condescendiente.
—Vamos a disfrutar de la visita. Saca la cámara y haz fotos.
Mi colega no quiso dar mayor importancia al cabreo de su novia. Mujeres. Seguro que en el futuro, cuando recordaran esa mañana, lo harían con cariño y hasta se reirían. A Bárbara le apetecía hacer fotos como hacerse un legrado. De hecho, deseaba salir de allí como fuera. Dejaron a los ñus famélicos a la derecha y divisaron un elefante a la izquierda. El animal, que tenía una costra de mierda en el culo como el caparazón de Gamera, soltó un barrito que a Bárbara le sonó a trompeta de juicio final. Lo primero que se le vino a la cabeza es que estaba preparándose para embestir. Goyo se burló de ella y prosiguieron la ruta.

Para alivio de Bárbara, el paquidermo siguió en la charca, a lo

suyo. Esta, viendo que era verdad que los bichos no se acercaban al coche, decidió darle una oportunidad a Goyo y pensar en positivo. Así que sacó la cámara y empezó a tirar fotos a los animales que iban viendo: impalas, jirafas, cebras, búfalos, un bisonte solitario con una cara de mala hostia que tiraba para atrás... Incluso vieron una pareja de leones separada del resto del parque por un foso infranqueable.

—¿Ves? Las especies peligrosas están controladas, para que no haya peligro. —Goyo se atrevió a darle un pellizquito en la mejilla, con cariño—. ¡Pobrecita ella, que se pensaba que la traía a un safari de verdad!

Y de repente, delante de ellos, a unos cincuenta metros, vieron una manada enorme de simios en mitad de la carretera. No eran monillos de esos que miden treinta centímetros de alto, ni chimpancés con sonrisas bonachonas.

No.

Era alrededor de una veintena de papiones entre adultos, jóvenes y crías, de esos hocicudos, que cuando abren la boca exhiben colmillos de tiranosaurio rex y unos culos que recuerdan al Vesubio en erupción, con los ojos fijos en el BMW.

—Nos miran, Goyo. Nos miran *mal*.

—Ya verás cómo se apartan. Una buena pitada y saldrán corriendo.

El BMW rodó a muy poca velocidad hacia la horda simiesca, que no solo no se apartó, sino que avanzó en formación de medialuna hacia ellos. Parecían funcionar como un ejército organizado, y cuando Goyo se vino a dar cuenta, ya habían rodeado el coche. Bárbara llevaba treinta segundos sin respirar, y deseaba con todas sus fuerzas teletransportarse a un lugar muy lejano.

Goyo tocó el claxon dos veces.

Dos pitadas largas y potentes.

La respuesta de los monos fue diferente a la que él esperaba.

Los papiones se abalanzaron sobre el BMW y comenzaron a golpearlo como golpean los monos cuando están cabreados: como bateristas de heavy metal. Bárbara gritaba a la vez que se tapaba los oídos con las manos, una versión tía buena del grito de Munch. Goyo conducía muy despacio, por miedo a atropellar a los simios, que saltaban frente al coche, por los lados, por el techo...

Bárbara empezó a darle puñetazos en el brazo.

—¡Acelera! ¡Coño, acelera!

—¡Joder, ¿y si me cargo a uno?

—¡O aceleras o te mato yo!

Y aunque parezca mentira, la cosa fue a peor.

Uno de los papiones se subió al capó y se plantó delante del parabrisas con las patas abiertas, abrió una boca terrorífica, mostró unos dientes canibalescos y empezó a meneársela como lo que era: un mono.

Bárbara no podía apartar vista de la paja simiesca, sin dar crédito a lo que veía. Para colmo, los ojos del papión estaban centrados en sus tetas.
—¡Goyo, que el mono se está haciendo una paja a mi costa!
—¿Y qué quieres que haga? Claro, vas con una camiseta sin nada debajo…
—¿Ahora tengo yo la culpa de que un mono se esté pajeando encima de mi coche? ¡Es lo más puto machista que he oído en mi vida! ¡Haz algo, joder! —Mientras tanto, el resto de la manada seguía aporreando el coche sin parar. En ese momento, a Bárbara se le ocurrió una idea genial—. ¡Échale agua con el limpiaparabrisas, a ver si se asusta!
Goyo le dio a la palanca, y los dos chorros de agua acertaron al papión justo en el momento en que se corría en el cristal delantero. La mala fortuna quiso que la escobilla atrapara al mono por las pelotas al describir su arco. El simio, aullando de dolor, no tuvo más remedio que acompañar al limpiaparabrisas a izquierda y derecha, so pena de dejarse el escroto en el cristal, hasta que paró. Al ver chillar a su compañero, los demás monos intensificaron el ataque contra el coche. La luna delantera estaba emborronada por una mezcla horrible de leche de mono y agua. Bárbara empezó a dar arcadas.
—Acelera de una puta vez —ordenó, tratando de no potar en el salpicadero.
Goyo aceleró, pero de verdad. Los monos saltaron del coche y lo persiguieron, pero el papión onanista seguía enganchado en la escobilla, chillando como un poseso.
—¡Vamos a tener que pagar el mono! —se lamentó Goyo.
—¡Dale otra vez al limpiaparabrisas, a ver si se desengancha!
Goyo lo puso a máxima velocidad y el mono volvió a restregarse de un lado a otro, lanzando alaridos de dolor. Los dientes chocaban contra el cristal, y del hocico le salían mocos espumosos. Por fin, en uno de los vaivenes, el escroto del simio se liberó de la escobilla. Antes de saltar del capó, retorció el limpiaparabrisas con toda la mala leche del mundo, les mostró los dientes por última vez y huyó en busca de la manada. Goyo condujo unos metros más y frenó el coche. Bárbara lloraba con desconsuelo.
—Perdona, cielo, yo...
—Sácame de aquí —sollozó—. Sácame de aquí, ya.
Por fin llegaron a la salida, donde otro cateto muy parecido al de la entrada les abrió la puerta. Esta era más modesta, y no emulaba a la de *Parque Jurásico*. Ya no era necesario disimular lo cutre que era el parque, la entrada había sido pagada y no se admitían devoluciones. Un cartel enorme recordaba que la empresa no se hacía responsable de los daños sufridos por los vehículos dentro del recinto. Goyo y Bárbara aún no habían visto el BMW por fuera. Poco antes de llegar a

la carretera general, ella lo instó a bajar del coche. Lo hicieron a la vez, y ambos pudieron contemplar la carrocería del BMW 320 Efficient Dynamics.

El coche lucía una mezcla horrible de polvo y rayaduras. Uno de los monos se había dedicado a mordisquear la antena de aleta de tiburón hasta convertirla en un bulto informe; los arañazos, las meadas y los zurullos malolientes eran incontables. Bárbara pulsó un botón a través de la ventana y se dirigió al maletero. Sin mediar palabra, sacó la maleta de Goyo y la arrojó a la cuneta.

—Bárbara... no puedes hacerme esto.

Sí que pudo, con dos ovarios. Goyo se comió la polvareda del BMW de la que hasta ese momento había sido su novia y se quedó tirado a unos doscientos metros de la carretera general.

Fue la última vez que la vio.

Tuvo que hacer autostop como un hippy para llegar a Torremolinos, que era el pueblo más cercano. De allí tomó un avión a Madrid. Nunca más volvió a ver a Bárbara. Ella dio instrucciones al vigilante de seguridad del bufete para que no lo dejara entrar, y jamás le cogió el teléfono. Al cabo de tres semanas, él acabó dándose por vencido.

Aquel episodio cambió a Goyo para siempre. Se ha vuelto un misógino despreciable: reniega de las mujeres mientras se traga temporadas completas de series por Internet; se ha comprado una X-Box y no para de darle al mando, y ya solo bebe copas en su casa cuando vamos a visitarlo. No pisa un pub ni aunque se lo mande el médico. *Las putas tías: intentas darles una sorpresa con toda la ilusión del mundo y acaban dándole la vuelta para joderte vivo*. Eso es lo que suele decir cuando va cocido de copas. Hoy, nuestro amigo más fornicario ha pillado unos cuantos kilos, va del curro a casa y de casa al curro, y no quiere saber nada de mujeres.

Fijo que, por las noches, se la menea como un puto papión.

VICKY DE VICTORIA

Tres escuadrones aguardaban la orden de despegue en sus respectivos frascos de suero. El Azul, formado en su totalidad por *microcazas*, debilitaría las defensas del Monstruo para permitir que el escuadrón Rojo dejara caer sobre él toda su carga explosiva. La misión del tercer escuadrón, el Amarillo, no era menos importante: desplegar tropas de asalto equipadas con armas de última tecnología para apoyar a la Defensa Local, formando entre las dos unidades una fuerza de infantería que demolería desde dentro a la criatura que se había instalado, sin ser invitada, en el organismo de Vicky.

Iba a ser una guerra larga y dura.

Pero la iban a ganar.

Por Vicky.

El Jefe Azul, comandante de la operación, aguardaba a bordo de su *microcaza* a que abrieran las compuertas de su frasco desde el Macromundo, donde un par de enfermeras acababan de conectar el tubo al reservorio de la paciente. Veterano forjado en mil batallas, lideraría el ataque desde primera línea de fuego.

—Jefe Azul a Defensa Local. ¿Cómo va la cosa por ahí abajo?

Una voz distorsionada por las interferencias respondió a su mensaje.

—Aquí Jefe de la Defensa Local. Nuestros batallones de glóbulos blancos están intentando contener a las células invasoras, pero no aguantaremos mucho tiempo sin ayuda.

—Resistid un poco más —lo animó el comandante de la flota, que distinguió con el rabillo del ojo los dedos gigantescos de la enfermera abriendo la válvula del suero—. ¡Jefe Azul a toda la fuerza de asalto! Compuertas abriéndose en el Macromundo; conductos despejados… ¡A por el Monstruo, chicos!

Jefe Azul descendió a toda velocidad por el tubo transparente que conectaba su frasco de suero al torrente sanguíneo de Vicky. En el exterior, el mundo se distorsionó en líneas vertiginosas. Detrás de él, miles de microscópicas naves de combate aceleraron, a la vez que preparaban sus cañones para disparar contra las defensas del Monstruo a máxima potencia. La entrada al sistema circulatorio fue celebrada con vítores por los glóbulos blancos, enzarzados en la lucha contra las células oscuras que el invasor enviaba para conquistar, milímetro a milímetro, el organismo de la pequeña Vicky.

—¡Jefe Azul a Defensa Local! ¡Aguantad un poco más! ¡El escuadrón Amarillo está en camino!

—¡Aguantaremos! ¡Por Vicky!

Un grito unánime resonó en todos los intercomunicadores.
¡Por Vicky!
—Invasor localizado —informó Jefe Azul en cuanto divisó a lo lejos la latente masa informe rodeada de tentáculos—. ¡Sin piedad!
El Monstruo azotó el aire con sus apéndices espinosos, abatiendo a un par de *microcazas* que estallaron en pedazos. Poco más pudo hacer: la marea de atacantes era abrumadora. Los cañones rugieron, y la criatura empezó a recibir impactos que poco a poco destruían la gruesa corteza que le servía de armadura.
—¡Otra pasada más! —ordenó Jefe Azul, tirando de la palanca de control hasta encarar de nuevo al objetivo; todo el escuadrón lo imitó, en una espectacular coreografía de vuelo—. ¡Fuego!
El segundo ataque fue aún más devastador que el primero, consiguiendo que varios tentáculos del Monstruo se desprendieran de la masa principal. Seguían moviéndose a ciegas, como serpientes furiosas. Los glóbulos blancos de la Defensa Local no se amilanaron ante aquella visión terrorífica: se lanzaron contra ellos y comenzaron a desintegrarlos con sus armas.
—¡Jefe Rojo! —ordenó el líder al escuadrón de bombarderos—. ¡Todo vuestro!
—Será un placer, Jefe Azul. ¡Escuadrón rojo, seguidme!
Las naves sobrevolaron al invasor, dejando caer sobre él su carga mortífera de explosivos químicos. Las células oscuras, enfurecidas, cargaban contra los glóbulos blancos, que repartían sus esfuerzos entre destruir los tentáculos desprendidos y acabar con la infantería invasora. Durante un momento, pensaron que iban a perder la batalla, hasta que un esperanzador mensaje se propagó por sus intercomunicadores.
—Jefe Amarillo a Defensa Local: dejad algo para nosotros.
Los glóbulos blancos gritaron en una mezcla de alivio y júbilo. Las naves de transporte del escuadrón Amarillo abrieron sus compuertas, desplegando cientos, miles de tropas de asalto que desintegraban con sus armas a las células invasoras. Los glóbulos blancos, envalentonados por la llegada de refuerzos, lucharon aún con más valentía.
Una hora después, la masa principal del monstruo humeaba. En el Macromundo, Vicky sentía náuseas y mareos, pero entendía que tenía que ser así. Ser el escenario de una batalla tan feroz como aquella era agotador.
Pero ella era especialmente valiente. Siempre lo fue.
—Aquí Jefe Azul, hemos terminado por hoy. Preparados para el teletransporte.
—¿Cuántos ataques harán falta hasta destruir definitivamente al Monstruo? —preguntó el Jefe de la Defensa Local.

—Tres o cuatro más, a lo sumo —afirmó Jefe Azul—. Ese bicho está acabado.
—Lo mantendremos bajo control en vuestra ausencia —prometió el Jefe de la Defensa Local.
Una tras otra, todas las *micronaves* desaparecieron para regresar de vuelta a sus bases de origen, donde se prepararían para luchar otro día más. Aquella no fue la última batalla dentro del cuerpo de la pequeña Vicky, hubo varias más. La niña vivió momentos muy duros, pero nunca perdió la esperanza. Sabía que saldría victoriosa de aquello. Por eso solía sonreír, triunfante, formando dos uves con los dedos de su mano: una por su nombre, Vicky, y la otra una uve de victoria…

—¡Anda, abuela, eso es una chorrada! ¿Cómo quieres que me trague ese cuento?
Los ojos cansados de la anciana se encontraron con los de su nieto Luis. Había cumplido ocho años, esa edad donde la magia empieza a perder fuerza.
—Pues así se luchaba contra la enfermedad en mi época, antes de que se descubriera la vacuna para que el Monstruo no volviera a invadir el cuerpo de ningún otro niño.
—¿Y cómo va a haber *micronaves* de combate que entren por las venas de las personas y peleen dentro de ellas? Menuda trola, abuela.
La anciana se echó a reír.
—A los niños de vuestra generación cada vez os cuesta más creer, y nunca deberíais dejar de hacerlo. Y menos en estas fechas mágicas en las que estamos.
Luis miró el árbol de navidad instalado en el salón. Era la impresión 3D de un abeto que parecía real. Unos hologramas de colores rodeaban las bombillas LED que lo alumbraban, representando elfos bailando, imágenes de Papá Noel dando vueltas alrededor de las ramas y bolas que cambiaban de color a cada rato. En la cocina, sus padres, tíos y primos —todos mayores que Luis— se disponían a sentarse a la mesa.
—Hoy a medianoche vendrá Papá Noel —le recordó la abuela—. Si no crees en él, no te dejará ningún regalo en el árbol. Lo sabes, ¿verdad?
—Esta noche me esconderé, a ver si lo pillo —la desafió Luis.
—No te dejará nada si te descubre. Tú decides…
Tras dudar un par de segundos, Luis cambió de tema.
—No terminaste el cuento, abuela Victoria. ¿El monstruo murió al final?
La abuela se señaló así misma con un gesto, como si se presentara al público sobre un escenario imaginario.
—Si no hubiera muerto, yo no estaría aquí ahora mismo.
Luis frunció el ceño, desconfiado.
—No entiendo… ¿Por qué?

—Porque yo soy Vicky.
—¿Qué dices! ¡Si tú te llamas abuela Victoria!
La anciana se encogió de hombros.
—Bueno, de pequeña me llamaban Vicky.
Luis la miró de reojo, como si no llegara a entender del todo la situación. El vocerío alegre de la familia se trasladó de la cocina al salón. La madre de Luis apareció con una bandeja repleta de comida, encabezando un convoy formado por el resto de la familia. Todos portaban manjares para la cena de Nochebuena. La abuela Victoria se acomodó cerca de su hija, que rechazó su oferta de servir la cena con amabilidad.
—Siéntate a cenar tranquila, mamá. ¿Le estabas contando un cuento a Luis?
—No era exactamente un cuento. Más bien era una historia.
La familia disfrutó de la cena y de un delicioso surtido navideño. Al llegar la medianoche, Luis se acercó a su abuela, que estaba sentada en un sillón.
—He estado pensando en lo que me dijiste antes, abuela Victoria.
—¿Y?
—Por si acaso, me voy a la cama. No quiero que Papá Noel me pille espiando.
Victoria le guiñó.
—Haces bien.
—Entonces… ¿la magia existe, abuela?
—Pues claro que existe. Anda, vete a dormir, que Papá Noel tiene que estar al llegar.
Luis le dio un beso a su abuela y se fue corriendo a la cama. Sus tíos y primos se marcharon poco después de que él se acostara, y sus padres se retiraron en cuanto despejaron la mesa del salón. Al día siguiente, todos regresarían a repartir los regalos y a celebrar la comida de Navidad. La abuela Victoria se quedó junto a la ventana, iluminada tan solo por las luces de la calle y por el árbol de navidad y sus hologramas. De repente, un destello cegador iluminó el cielo. Victoria descubrió un trineo enorme conducido por un señor de barba blanca, tirado por seis renos y escoltado por lo que al principio confundió con un enjambre de luciérnagas. La abuela creyó adivinar el rostro sonriente de Jefe Azul, dedicándole un saludo militar desde la carlinga de su *microcaza*, mientras Papá Noel repartía sueños por todas las casas de la ciudad.
Victoria se vio reflejada en el cristal de la ventana, pero no vio el rostro de una anciana.
A quien vio fue a Vicky, con sus dedos alzados en sendas uves.
Una uve por su nombre, y otra uve de victoria.

MORIR CADA DÍA

Mi padre dejó de herencia un piso de ciento cincuenta metros cuadrados en la calle Mercados, un chalé adosado en la Manga del Mar Menor, una abultada cuenta corriente de seis cifras en el banco y una esposa cuya mente había dejado de funcionar como debiera seis años atrás. Siendo hija única, muchos habían simultaneado el pésame con un guiño de complicidad. Seguro que fuera del tanatorio, en esos corrillos formados por fumadores y reporteros de muertes ajenas, más de uno comentó que me había tocado la lotería.

Sí, la lotería.

Desde que mi madre enfermó y comenzó a dejarse encendido el fuego de la cocina, a echarse desodorante en el pelo en vez de laca, y a comprar el pan tres veces al día, mi padre centró su vida en ella. Nunca aceptó del todo su enfermedad. *Mamá está un poco despistada... es la edad*. Jamás la dejó sola ni un momento. Vivió por y para ella. Cada mañana la ayudaba a asearse, la vestía con sus mejores galas, la tomaba del brazo y se la llevaba a desayunar a la mejor cafetería de la ciudad. Se sentaban siempre en la mesa del fondo: mi padre odiaba que los conocidos se acercaran a saludarlos y detectaran que la cabeza de mi madre había empezado a fallar. A veces, yo los acompañaba en esos desayunos, y era enternecedor ver las atenciones de mi padre hacia ella. Décadas de unión averiadas por un cortocircuito cerebral.

¿He dicho enternecedor?

Sería más justo decir: *desgarrador*.

Dos años antes de que mi padre nos dejara, la entidad bancaria en la que yo trabajaba se fusionó con otra mayor. Me hicieron una oferta de prejubilación tan generosa que estuve a punto de bailar *Stayin' Alive* en el despacho de mi jefe. Cincuenta y cinco años, divorciada y sin hijos, eso sí que fue una lotería. Recuerdo que ese mismo día compré un globo terráqueo. Cerré los ojos, lo hice girar a toda velocidad y lo paré al azar con el dedo. Elegí el segundo destino que me tocó, porque el primero me llevaría a algún punto perdido del Océano Atlántico sin tierra donde poner los pies. Rusia. No era mi destino favorito, pero hice la maleta y saqué un billete a Moscú sin dudarlo. Y así fue como visité catorce países en veintidós meses. Fueron los dos mejores años de mi vida, a espaldas de una madre cuya razón se iba por el desagüe del tiempo y un padre que no podía hacer nada para evitarlo.

Una buena hija debe de estar para las duras y las maduras. Cuando a mi padre se lo llevó un piadoso infarto a los ochenta años, decidí guardar mi egoísmo en la maleta y mudarme con mi madre. Después

del entierro, me la encontré en compañía de Maruchi, la señora que se encargaba de las tareas del hogar desde hacía tres años y que también cuidaba de mi madre cuando mi padre tenía que salir. También fue quien lo encontró muerto en la cama, y quien impidió que mi madre viera cómo los empleados de la funeraria se llevaban el cuerpo sin vida de su marido.

Maruchi fue un ángel protector; un pilar fundamental en esos últimos años.

Nadie le dijo nada a mi madre sobre la muerte de su marido. En su estado, no sabíamos si era conveniente decírselo o no. Maruchi se sentaba junto a ella en la salita, con rostro circunspecto, a ver la televisión. Mi madre miraba la pantalla, pero solo Dios sabe qué veía en ella. Su cabeza parecía perdida en algún lugar del interior del tubo de imagen. De repente, giró la cabeza hacia mí y me sonrió.

—¡Hola, Chiqui! —Siempre me llamaba así—. Ven, dame un beso.

La abracé fuerte. En aquella época, todavía, me reconocía, aunque fuera a ratos. Ella me obsequió con una de esas ráfagas de besos que te ponen a un tris de necesitar audífono para el resto de tu vida. Cuando me liberé de sus brazos, me preguntó por mi padre. Le respondí que había tenido que salir de viaje para atender unos asuntos. Maruchi me recompensó con una mirada de complicidad. Mi madre se entristeció.

—Este hombre... ¿Cómo se le ocurre dejarme sola? ¿Cuándo vuelve?

—En dos o tres días, mamá. Yo me quedaré contigo mientras tanto, ¿vale? Esta noche veremos la tele y nos lo pasaremos bomba, como cuando yo vivía aquí, ¿te acuerdas?

Ella perdió de nuevo la vista en el resplandor del televisor. Cinco minutos después me repitió la pregunta. ¿*Dónde está papá*? Maruchi decidió que era hora de irse a casa. *Mañana a las nueve estaré aquí como un clavo*, aseguró.

Esa noche, mi madre me preguntó al menos cien veces dónde estaba mi padre. Yo le respondía lo mismo una y otra vez, tratando de aguantar el mal humor que comenzaba a hervir en mi estómago. En silencio, le reproché a mi padre su marcha. Esa noche lloré como si quisiera derramar todo mi ser sobre la colcha.

No lloré por la muerte de mi padre, ni por la desgracia de mi madre.

Lloré por mí.

Al día siguiente, en cuanto llegó Maruchi, salí de casa anhelando el refugio a cielo abierto de la calle. Sin cita previa, me planté en la consulta de mi amiga Sandra Berlanga. Hacía al menos dos años que no la llamaba, pero la necesidad superó al apuro. Era psicóloga, y yo necesitaba ayuda para afrontar mi nueva situación. Por primera vez en mi vida, no me sentía preparada para algo.

Sandra me atendió con cariño y sin rencor. Una amistad verdadera

resiste intermedios de años. Habló conmigo durante más de dos horas. Me explicó que la enfermedad de mi madre afectaba más a los que la rodeaban que a ella misma. Referente a la muerte de mi padre, me dijo que lo mejor sería decírselo. Iba a ser duro, pero, poco a poco, a base de repeticiones, acabaría asumiéndolo. *Los viejos son más fuertes que nosotros en lo que respecta a la muerte* —me aseguró—. *A esa edad, la consideran un alivio*.

Se negó a cobrarme la consulta, y yo no pude hacer menos que invitarla a comer. Aún estábamos con el primer plato cuando me preguntó si no me había planteado la posibilidad de meter a mi madre en una residencia. Le respondí con un rotundo no. Si lo hiciera, el fantasma de mi padre me atormentaría hasta el día del juicio final.

Sandra me recomendó paciencia, mucha paciencia.

Paciencia infinita.

En cuanto llegué a casa, mi madre me preguntó de nuevo por mi padre. Maruchi me confirmó lo que ya sabía, que llevaba así toda la mañana. Tomé aire y me senté junto a ella en el sillón de orejas que siempre había sido el trono de mi progenitor. Era gemelo del de mi madre, y ambos gozaban de vistas privilegiadas al JVC de veintiocho pulgadas. Darle la noticia de su muerte fue mucho más difícil de lo que yo esperaba. Las palabras se atascaron en mi garganta, hinchadas por el gas tóxico de la tristeza. Intenté ser delicada, todo lo delicada que se puede ser en un momento así.

Mi madre rompió a llorar como si le hubieran estallado todos los órganos a la vez. Jamás la había visto así, pero también es verdad que nunca antes había recibido una noticia tan dura. Lloró con la desproporción de la locura, y a Maruchi y a mí se nos hizo trizas el corazón. Era la viva estampa del dolor extremo, del quiebro cataclísmico de la cordura y de la más devastadora desolación. Tras la crisis de llanto, vino un estado de agotamiento catatónico que hizo que Maruchi se negara a irse a su casa, preocupada por la situación.

—¿Era *necesario* decírselo? —me preguntó, una vez que acostamos a mi madre en la cama de matrimonio, que sin mi padre se antojaba inmensa—. Nunca la había visto así de mal.

Algo en su voz me transmitió reproche. Puede que también rencor. Me sentí herida. Sufría el peso de la culpabilidad como si llevara a cuestas un cargamento de piedras, y lo único que yo había hecho era seguir a rajatabla las instrucciones de mi amiga Sandra.

—La psicóloga dice que sí —respondí, sin entrar en demasiados detalles—. Es duro, lo sé, pero acabará aceptándolo y será lo mejor para ella.

Mi madre pasó la tarde y el principio de la noche en la cama, con la mirada perdida en el techo. Había enmudecido. Al menos, ya no preguntaba por mi padre. El impacto de la noticia parecía haber

quedado grabado en los añicos de su memoria. Maruchi se marchó alrededor de las ocho, a pesar de que su hora habitual de salida eran las cinco. Lo hizo a regañadientes, y solo bajo la promesa de que la llamaría por teléfono si la cosa empeoraba. Me advirtió que al día siguiente vendría a las ocho, en vez de a las nueve. Se lo agradecí.

Mi madre apenas probó la cena, tan solo lo justo para acompañar la medicación, que incluía una pastilla milagrosa que la ayudaba a dormir. Cuando cerró los ojos, me fui a la salita y me dejé caer en el sillón de mi padre. Enterré la cabeza entre las manos y me eché a llorar. Los protagonistas de la serie que daban por la tele fueron los únicos testigos de mi hundimiento. Un hundimiento que tendría que reflotar por la mañana, porque mi madre no se merecía más tristeza de la que ya tenía que soportar.

Al día siguiente, poco después de que el sol coloreara de naranja los edificios, mi madre se levantó. Se presentó en la cocina despeinada, con las zapatillas al revés y el camisón arrugado. En ese preciso momento, fui consciente de todos y cada uno de sus setenta y ocho años. Olía a cansancio y a derrota. Más muerta que viva, a pesar de que sus analíticas eran de libro y no tenía otra enfermedad que la de su mente. Forcé una sonrisa que ella no me devolvió. En lugar de eso, me preguntó:

—Chiqui, ¿dónde está papá?

Aunque en cierto modo temía y me esperaba la pregunta, no me sentí preparada para responderla. Así que, a pesar de lo intempestivo de la hora, llamé a Sandra, tomándome al pie de la letra su ofrecimiento de que la llamara cuando fuera. Con voz entrecortada, le narré lo sucedido ayer, y ella me escuchó con paciencia profesional. Una vez terminé mi catarsis, ella insistió en que volviera a decirle la verdad.

—Si cree que tu padre sigue vivo, se desorientará aún más al no verlo en casa. La sensación de abandono será mayor que si encaja la idea de que se ha ido para siempre.

Una vez más, me senté con mi madre en la salita. Armándome de valor, le volví a comunicar, con toda la dulzura que pude reunir en ese momento, que su marido había muerto. Y como un horripilante *déjà vu*, el llanto regresó con la misma fuerza de ayer. Mi madre había borrado de su cabeza el infierno del día anterior y recreaba uno recién salido del horno a primera hora de la mañana. Maruchi llegó en mitad del espectáculo y volvió a preguntarme si aquello era necesario. Discutimos durante media hora, con los hipidos de mi madre de fondo. Maruchi abogaba por la mentira piadosa y yo por el criterio clínico. La verdad es que no sabía con cuál de los dos quedarme.

En ese momento, me sentí a bordo de un bote sin remos en mitad de un temporal.

—Usted es su hija —sentenció al fin, volcando la responsabilidad

sobre mí a mala leche—. Usted sabrá lo que hace.
Y un día más, revivimos la muerte de mi padre.
No fue el último.
Todas las mañanas, después de una noche de sueño inducido por una dosis de tranquilizantes que su médico de cabecera tuvo a bien aumentar, mi madre me preguntaba por mi padre. Y un día tras otro, yo le comunicaba la noticia de su muerte, y encajaba con resignación y fortaleza las miradas acusadoras de Maruchi, que se concentraba en sus labores domésticas dejándome a mí la tarea de bregar con el dolor de mi madre. Lo peor es que aquello se convirtió en una rutina, y ese sufrimiento, renovado a cada amanecer como si no hubiera existido un ayer, acabó dejando de ser doloroso para mí. Le comunicaba la muerte de mi padre a diario, mi madre se deshacía en llanto y yo la dejaba llorar, exhausta por aquel velatorio eterno que me había tocado vivir un día tras otro.
Adelgacé diez kilos en dos meses, y la calle se convirtió en mi refugio ideal. Vagabundeaba por las avenidas mirando escaparates de ropa que nunca compraría. ¿Para qué? Como un carcelero medieval, tenía que cumplir la misma condena que el reo al que custodiaba, aunque yo estuviera al otro lado de las rejas. A veces regresaba a mi propia casa, que había cerrado al morir mi padre, y llenaba mis pulmones con su olor a abandono. Me tumbaba en mi cama y me echaba a morir. Mi padre había sido un héroe. Ahora que me había tocado vivir su vida, lo admiraba más que nunca.
Han pasado dos años y mi madre, gracias a Dios, ha empeorado. Maruchi se despidió a los cuatro meses de mudarme y la sustituí por Estrella, una ecuatoriana joven de corazón enorme que al menos no me juzga. Con el tiempo, mi madre se quedó sin fuerzas para llorar. Hoy ya no me reconoce y se empeña en jugar con mis viejas muñecas. Tampoco se acuerda de mi padre, pero a veces me pregunta por el suyo. Le digo que está trabajando y que pronto volverá. Sonríe y, tras peinarle el pelo a la muñeca durante unos minutos, me repite la pregunta de nuevo. He aprendido a responderle sin desesperarme. La veo feliz, ya no llora. Su involución es positiva, a mi modo de ver.
Quiero a mi madre. La quiero más que a nada en este mundo. Pero hay días en los que me asomo a la ventana, veo que el mundo sigue su curso como si nada, y deseo estar ahí fuera, respirando algo distinto a este viaje eterno a un pasado que no viví.
Ahora solo me queda esperar.
Esperar a que la muerte de mi madre me devuelva la vida.

EL SÍNDROME DE ANA ROSA

(Basado en hechos reales)

Ana Rosa Quintana hizo mucho daño al mundo con su embarazo tardío. Haciendo añicos las leyes naturales, engendró una criatura camino de los cincuenta, abriendo un universo de esperanza a señoras de úteros moribundos que sentían la llamada de la maternidad como si de la de la jungla se tratase. Lo peor es que dichas señoras la toman como ejemplo y adalid de su cruzada, y desafían a la Madre Naturaleza con un argumento granítico: *Si ella puede, YO también*. Y entonces comienza un largo y duro proceso para la pareja que conlleva innumerables visitas al médico, insufribles pruebas, costosos tratamientos, ansiedad, sexo por obligación (a deshora y sin ganas), y todo para jugar a una ruleta rusa que puede acabar disparando trillizos dignos de una película de mutantes.

Y eso fue lo que le pasó a mi amigo Genaro. Acababa de cumplir cuarenta y cinco cuando su pareja, una atractiva madurita de cuarenta y cuatro —morena, con buen cuerpo y cabeza bien amueblada hasta ese preciso instante— con la que llevaba compartiendo piso y vida desde hacía tres años y que respondía al nombre de Sonia, le soltó, de sopetón y sin anestesia, que sentía la *imperiosa* necesidad de ser madre. Al principio pensó que era broma, pero la resolución que se dibujaba en la cara de Sonia borró cualquier atisbo de esperanza. De repente, se vio en un carricoche de montaña rusa, justo en ese punto sin retorno que te precipita a una pesadilla de pendientes, curvas y giros imposibles de detener.

—¿Tú te lo has pensado bien? Ya no eres una niña, y a tu edad existen riesgos...

Sonia no le dejó terminar la frase.

—Todavía tengo regla, así que *puedo* tener hijos. —El tono de su voz podía traducirse también en ¿*me estás llamando vieja, hijo de la gran puta*?—. Además, la medicina ha avanzado mucho —y entonces soltó la consigna que mencionamos antes—. ¡Mira Ana Rosa Quintana! Si ella puede, YO también.

Y justo en ese momento, el carricoche de la montaña rusa empezó su descenso infernal.

Lo primero que tuvo que sufrir Genaro fueron las violaciones. Él, que era de polvo tranquilito en fin de semana, y despacito para que no le diera el infarto como a su amigo Pablo, era emboscado a cada momento, y en cada rincón de la casa, por una Sonia medio en pelotas que no tenía piedad de él. Lo pillaba en el sofá (justo cuando estaba

viendo la F1), en la silla del PC (cuando estaba a punto de cargarse a ese yanqui mamón que le tiraba granadas desde la azotea en su partida online de *Call of Duty*), en el garaje al intentar evitar la columna que ya había bendecido con cuatro arañazos a su querido Peugeot 206 (en fin... otra raya más para el tigre), en la cocina, en el ascensor, en el pasillo y hasta meando. Lo peor fue un día en el postre, cuando Sonia se puso una fresa en la rajilla del toto y le pidió que se la comiera. Aquella escena le pareció a Genaro el parto de un gnomo con sombrero y todo. Ese día, el pene se le engurruñó hasta el borde de la desintegración.

A todo esto, hay que aclarar que a mi amigo Genaro le encantan los niños... asados a fuego lento y con un espetón metido por el culo. Soporta a los hijos de sus amigos con una sonrisa glacial en el rostro, pero todos sabemos que les dispararía con una magnum en la frente si pudiera quedar impune del crimen. Pero con el tema de Sonia, él estaba tranquilo: algo en su interior le decía que su fertilidad era cosa del pasado. Como me comentó una vez por teléfono, estaba seguro de que *tenía los bichos muertos*.

Pronto empezaron las visitas a la consulta del médico. Por ahora, todo le tocaba a ella. Entre las aperturas de piernas en casa y las aperturas de piernas en el ginecólogo, Sonia estaba adquiriendo una elasticidad olímpica. Genaro se regocijaba en silencio de los martirios a los que el especialista la sometía. *Tienes ganas de niño, ¿no? Pues jódete...*. Y lo más divertido es que todo iba a ser en vano. Cuando al ginecólogo se le agotó su catálogo de torturas, los mandó a una clínica de fertilidad que estaba en la ciudad, a veintitantos kilómetros del pueblo donde Genaro y Sonia vivían. Él se inventó un compromiso laboral para no acompañarla a la primera cita en la clínica. Ni se molestó en pedir permiso en el trabajo. ¿Para qué iba a ir, si a la que tenían que ver era a Sonia? Joder, estaba harto de aquella pantomima. Últimamente, pasaba sus tardes en salas de espera, hojeando revistas del corazón atrasadas. Un coñazo.

El muy iluso se creía que se iba a librar...

Esa tarde, mientras Genaro leía el *Quo* repantigado en el sofá del salón, Sonia lo sorprendió al llegar a casa poniendo sobre la mesa, justo delante de él, algo que sonó como un cubilete de dados en mitad de una partida especialmente agresiva. ¡Cloc! Lo que fuera que hizo ese ruido estaba dentro de una bolsita de plástico blanca con una serpiente enroscada a una copa. *La víbora y el cáliz*, dramatizó Genaro para sus adentros; hasta ahora, no había caído en lo siniestro que es el símbolo de la farmacia. Desplazando la vista de la bolsita a Sonia y sin soltar la revista, Genaro le preguntó:

—¿Eso para qué es?

—Para ti. Mañana a las cuatro tienes que llevar una muestra de

esperma a la clínica.
Genaro no asimiló la información recibida a la primera y sacó lo que había en la bolsa de la farmacia. Era un botecito de plástico envuelto en el mismo celofán rugoso que usan en el supermercado para precintar el pan. Vaya tela...
—¿Esto no es para mear dentro?
—También, pero mañana lo que tienes que hacer es *correrte* dentro.
—¿Tengo que hacerme una...? —Ni se atrevió a terminar la frase.
—Sí, tienes que hacerte una paja como máximo treinta minutos antes de las cuatro, así que ya verás cómo te las arreglas, porque de aquí a la clínica tardas por lo menos cincuenta minutos, así que tendrás que hacértela en la ciudad.
Genial... una paja a contrarreloj y en un entorno hostil. Genaro sintió su miembro retraerse, reacio a ser ordeñado por prescripción facultativa. Sin decir palabra, cogió las llaves del coche y se dirigió a la puerta de la calle.
—¿Adónde vas?
—A la ciudad. Voy a buscar un servicio limpio y con pestillo donde pueda meneármela a gusto, para mañana ir a tiro hecho. —En ese momento, habría matado a Sonia sin dudarlo—. ¡Joder, esto no lo he hecho ni con quince años! ¡Hacerme un pajote en el váter de un bar, adónde me has hecho llegar!
Cuando Sonia se quedó a solas, no pudo evitar la risa.
Al volante de su Peugeot (escenario también de algún que otro asalto sexual de Sonia en su afán por quedarse preñada), Genaro enfiló la autovía sin dejar de controlar el reloj del salpicadero. *Tengo que salir de casa como muy tarde a las dos y media*, calculó, *y que no se me olvide pedir la tarde libre en el curro... a ver qué me invento, porque se enteran de esto y tengo cachondeo hasta que me jubile*. De casa al centro, con un tráfico normal, habría unos treinta minutos. Tenía margen suficiente, así que poco a poco se fue tranquilizando.
Llegó a la ciudad y recordó que la clínica de fertilidad estaba en mitad de una calle peatonal. Nada de jugársela buscando aparcamiento. Mejor caminar un poco más y garantizarse una plaza en el parking público. Le costaría el dinero, pero qué demonios... el *Día de la Paja* era un día importante. De repente, fue consciente de que no sólo tendría que meneársela como un adolescente en el servicio de una cafetería, sino que luego tendría que pasear un bote de semen por media ciudad y entregarlo en la clínica. Putos niños, puto instinto de maternidad y putas técnicas modernas. Dedicó también una maldición a Ana Rosa Quintana, que en su cabeza tenía la culpa de todo.
Divisó a lo lejos el parking público, con su cartel de LIBRE dibujado con bombillitas de color verde esperanza. Ya casi era de noche, buen momento para iniciar la búsqueda del váter perfecto para el

onanismo. Normalmente, cuando vas por la calle, no paras de ver bares, tascas y cafeterías... pero cuando los necesitas, sólo encuentras zapaterías, franquicias comerciales, tiendas de móviles y demás establecimientos que en ese momento no te interesan una mierda. Calculó que estaba a unos quinientos metros de la clínica. Si llegaba a las tres y media e invertía cinco minutos en la pajilla, no tendría que correr mucho. El primer bar que se cruzó se llamaba Romeo y Julieta. Enternecedor. Era el típico bar de baldosines blancos que parece un lazareto de campaña de la Segunda Guerra Mundial después de un bombardeo. Al fondo vio una puerta con un letrero que ponía SERVICIO. Saludó fugazmente al camarero y a los dos clientes taciturnos que había en el local, pasó de largo la barra y cuando fue a girar el pomo, se encontró con que la puerta estaba cerrada con llave.

—Er zervicio é zolo pá clientes —le informó el camarero, un andaluz cerrado con unas cejas tan pobladas que parecía un clon de Leónidas Brezhnev—. Pa uzarlo, hay que conzumí.

Aceptando las normas de la casa, Genaro pidió una cerveza sin alcohol y las llaves del servicio de tapa. Brezhnev le tendió un amasijo de cadenas y bolas de metal capaces de derribar a Ivanhoe ataviado de armadura completa y escudo.

—É pa que no la roben lo zihodeputa, ¿zabe? —le explicó el camarero, en tono más amable, ahora que Genaro formaba parte de su distinguida clientela.

Arrastró el llavero como si fuera un condenado a trabajos forzados y abrió la puerta de los servicios. Se encontró con un lavabo vetusto y con dos puertas que daban a sendos retretes, uno para hombres y otro para mujeres. El cable del secador de manos estaba arrancado, por lo que no funcionaba. Tampoco había jabón en el dispensador, ni toalla a la vista. Las puertas de los retretes no le convencieron: aparte de que tenían un hueco por abajo de unos veinte centímetros donde podías verle los zapatos y el pantalón bajado a quien estuviera evacuando, tenían los pestillos rotos. Además, el tema de tener que pedir la llave lo echaba para atrás. Seguro que, si tardaba más de la cuenta, Brezhnev aporrearía la puerta gritando a pleno pulmón: ¿*Qué paza hefe, que no le zale er mohón*?

Bar Romeo y Julieta, descartado.

Genaro dio dos sorbos sin ganas a la cerveza, la pagó y huyó de allí jurando no pasar ni por la puerta. Siguió caminando calle arriba hasta llegar a un establecimiento espléndido con un elegante cartel que rezaba, en letras de madera iluminadas por focos, Café Mónaco. Cruzó el umbral y se encontró con una clientela decente, formada sobre todo por matrimonios, tomando cervecitas y tapas de aspecto apetitoso servidas por camareros uniformados que, comparados con Brezhnev, parecían haber estudiado hostelería en Harvard.

—¿El servicio, por favor? —le preguntó a uno de ellos.

La respuesta fue un clásico.

—Al fondo a la derecha, señor.

Y allí estaba el servicio de sus sueños masturbatorios. Amplio, con un lavabo y dos cabinas cerradas con su inodoro, su rollo, su ambientador y su cerrojo en perfecto estado de funcionamiento. Genaro entró en uno de los retretes. Olía a chicle y estaba limpio como una patena. Y para colmo, quedaba a menos de diez minutos de la clínica, por lo que no tendría que salir temprano de casa. Allí se la menearía, echaría el polvo en el botecito, pasaría el mal trago de la entrega y listo.

Misión cumplida.

Tomó una cerveza con alcohol para celebrar el hallazgo, y maldijo tener que conducir porque le habría encantado meterse cuatro más, como Dios manda. Pagó muy contento, dejó propina y regresó a casa.

—¿Encontraste un buen sitio, cielo? —le preguntó Sonia en cuanto entró.

—Joder, una cafetería con un váter mejor que el nuestro. Va a ser coser y cantar.

Ahora venía la parte del estímulo visual externo. Como esta historia sucedió hace algunos años, cuando los iPhone y Smartphones eran meros embriones en la imaginación de los gurús de las telecomunicaciones, el sistema que conocía Genaro para bajarse porno en un Nokia de esos bivalvos era mandar un mensaje y pagar una pasta por quince segundos de video en baja resolución. Buscó una revista y localizó un anuncio en el que una tía con cara de pasarse por la piedra a todas las huestes de Mordor —olifantes incluidos— le invitaba a descargar su último video. Tuvo que mandar tres SMS hasta recibirlo. Fue una decepción: la que aparecía en el video no se parecía ni por asomo a la de la foto de la revista. Se trataba de una americana desgarbada practicando una felación a un negro con un vergajo mastodóntico que duraba unos quince segundos. Genaro tuvo que bajar el volumen del Nokia, ya que, sorprendentemente, la tía pegaba unos alaridos tremendos a pesar de que la polla del negro parecía a punto de desencajarle la mandíbula.

Milagros de postproducción.

Con toda la logística preparada y a punto, se fue a dormir. Como al día siguiente tenía que llenar el bote de bichos saludables, Sonia le perdonó la vida y no se lo zumbó. Tuvo un sueño inquieto, poblado de pesadillas en las que Brezhnev le servía una cazuela donde, en lugar de angulas, había gigantescos espermatozoides retorciéndose sin parar en el aceite hirviendo, entre la guindilla y los ajitos churruscados. Esa mañana, Genaro no se levantó con lo que él solía llamar la *trempera matutera*. Su pene estaba en huelga de miembro caído, como si intuyera lo que se le venía encima. *Estoy demasiado nervioso para ir a*

trabajar, decidió Genaro, por lo que llamó al curro y pidió día de asuntos propios.

Sonia se fue a la boutique donde trabajaba y Genaro se quedó solo en casa. De vez en cuando echaba un vistazo dentro del pantalón del pijama y se enfrentaba a su pene, que dormitaba al abrigo de la piel arrugada del prepucio. *Parece un sharpei, el hijoputa*, se dijo, algo triste. Se metió dos meneos y aquello no reaccionaba. *Muerte cerebral por sobredosis de sexo*, diagnosticó. A eso de la una se dio una ducha, se toqueteó a ver si se empalmaba y volvió a saborear las hieles del fracaso. *Luego, en el Mónaco, con el video y oliendo a chicle...* Entonces se acordó de la guiri atragantándose de morcilla de Burgos y se sintió al borde de la depresión.

Alrededor de las dos se preparó una ensalada de lechuga sin espárragos, no fuera que tuvieran el mismo efecto con el semen que con el pipí y la enfermera o el médico encargado de destapar el tarro de las esencias se desmayara del pestazo. Recordó haber leído en alguna parte que el semen cambia de sabor según la alimentación, así que se zampó dos yogures para que fuera lo más lácteo posible y no desvirtuara a los bichos. Entre cucharada y cucharada, no pudo evitar acordarse de la pesadilla de las angulas. Miró el reloj, las dos y media. Decidió salir a las tres, confiando en que a esa hora habría poco tráfico. Metió el bote en una bolsa de Spar (para disimular), y también metió un pliego de papel Albal para envolverlo cuando estuviera lleno.

Había que cuidar hasta el mínimo detalle.

A las tres y dos minutos salió del garaje y, nada más girar la esquina, se encontró con un camión entregando unas cajas al supermercado del barrio. Uno de los currelas juntó un poco el pulgar y el índice, con una sonrisa de oreja a oreja que venía a decir: *enseguida acabamos*. Mentira cochina. Pasaron cuatro minutos y caja va, caja viene... y para colmo, el encargado del súper, con una lista enorme en la mano, parecía discutir con el conductor del camión.

—¡Por favor, que tengo prisa! —se quejó Genaro a gritos, viendo que eran las tres y siete en el reloj digital del Peugeot—. Tengo cita en el médico a las cuatro, en la ciudad.

Esta vez fue el conductor quien le hizo una seña pidiendo paciencia, y dos minutos después la calle quedó despejada.

Tres y diez.

Genaro circuló más rápido de la cuenta por las calles del pueblo hasta llegar a la autovía, donde se pasó por las pelotas el límite de ciento veinte kilómetros por hora.

Tres y veintidós.

Aún yendo a todo trapo llegaría a las tres y media como pronto. Pisó más el acelerador y entró en ciudad como una

exhalación, rumbo al parking. Gracias a Dios, había plazas libres. Sacó el ticket y comenzó a buscar un hueco en el subterráneo. La primera planta estaba completa: una flecha luminosa le indicaba que bajara a la siguiente. Repitió la operación hasta la cuarta, donde encontró un sitio tan justo que tuvo que salir por el asiento del copiloto arrastrándose como un gusano, con la bolsa de Spar que contenía el botecito estéril en la mano.

No tuvo paciencia para buscar el ascensor, así que subió los cuatro pisos corriendo por la rampa de los coches, jugándose la vida sin pensárselo dos veces. Cuando iba por el segundo, ya sudaba como si hubiera estado haciendo flexiones en una sauna. Su reloj marcaba las cuatro menos veinticinco al salir a la superficie. Siguiente parada: el pajódromo del Mónaco. Caminó a grandes zancadas por la calle, que a aquella hora estaba prácticamente desierta. Dejó a su derecha el Romeo y Julieta —el bar de Brezhnev—, y no le dedicó un gesto obsceno por falta de tiempo. Y por fin, llegó al Mónaco…

Cerrado los martes por descanso del personal.

En ese momento, el mundo se desmoronó a su alrededor, como en esa película de Leonardo DiCaprio donde los edificios y las calles se pliegan para quedar reducidos a la nada. Gastó unos segundos de su escaso tiempo mirando incrédulo el cartel que colgaba de la puerta cerrada y luego contempló la bolsa de Spar como si fuera una granada de mano a la que se le acabara de caer la anilla. Lanzando una imprecación en voz alta, Genaro no tuvo más remedio que tomar una decisión extremadamente dura…

Correr al bar de Brezhnev.

Por fortuna, no había casi nadie dentro: tan solo estaba el propio Brezhnev, que secaba un vaso con algo que parecía un jirón de las vendas de Tutankamon, un vejestorio ludópata que introducía euro tras euro en la máquina cantarina caza-incautos y una limpiadora de aspecto árabe que removía el humus de debajo de la barra con una escoba despeluchada. Genaro intuyó que el camarero le había reconocido por un sutil movimiento ascendente-descendente de sus doscientos gramos de cejas

—¡Hola, hefe! ¿Qué va a tomá hoy?

—Un café con leche —improvisó Genaro—. ¿Me deja la llave del servicio, por favor?

—Ehtá abierto —le informó Brezhnev—. Ej que lo va a limpiá la muhé, pero uhté no ze preocupe que ella no le molehta pa ná…

«¡*Horror*!»

—¿Le pongo er café caliente o templao?

Genaro le respondió que le daba igual y se metió en el servicio con tal prisa que todos los presentes coincidieron en que se estaba cagando como un mirlo. Entró en el retrete y justo en ese momento se acordó

de que no había pestillo. Mierda. Respiró hondo —sólo para llenar sus pulmones con los desagradables efluvios de las cañerías— e intentó tranquilizarse. Si llegaba cinco minutos tarde a la clínica tampoco pasaba nada. Apoyó la espalda en la puerta para que nadie pudiera abrirla desde fuera. Tuvo que separar las piernas para esquivar el charquito que se extendía al borde del váter, fruto de clientes con poca puntería. Sacó el bote de la bolsa y lo desprecintó. Se preguntó, muy preocupado, si los gérmenes aéreos podrían contaminarlo ahora que estaba fuera del celofán. Desplegó sobre la cisterna el kit del pajillero ambulante, compuesto por la bolsa arrugada de Spar, el papel de aluminio, el bote abierto, su tapadera roja y el *pornonokia*. Se abrió la cremallera del pantalón y sacó un pellejo mustio difícil de reconocer. De pronto se le vino a la mente la imagen de una meretriz de la tercera edad, con gafas bifocales, a punto de practicarle una felación: *Perdona, cielo, pero voy a por las gafas de ver de cerca*. Abofeteó suavemente su miembro viril sin resultado.

No había más remedio que tirar de estímulos externos, así que con la mano izquierda buscó el video porno en el menú del Nokia.
Nunca hubiera imaginado que una cosa tan pequeña pudiera sonar tanto. Fue darle al botón y los gemidos y alaridos de placer de la feladora ventrílocua resonaron en el recinto cerrado como si el teléfono estuviera conectado a un sistema de megafonía. Cuando consiguió bajar el volumen, ya era demasiado tarde...
¡Toc, toc!
—¿Ehtá uhté bien, hefe?
—¡Sí, sí! —respondió Genaro, atropelladamente.
—No ze ehtará uhté endrogando en mi bá, ¿verdá?
Genaro lo negó, indignado, aunque aquello de drogarse le pareció más digno que lo de la paja y a punto estuvo de decirle a Brezhnev que sí, que se estaba poniendo hasta el culo de todo. El camarero abandonó el servicio emitiendo gruñidos ininteligibles y Genaro retomó el ordeñado seminal. El video lo ayudó poco. La gigantesca polla del negro ocupaba más de la mitad de la pantalla, y él acababa imaginándose que se la metían por el culo y la picha se le encogía aún más. Para colmo, como el video solo duraba unos segundos, tenía que estar pendiente y darle al botón a cada rato. Lo desechó y tiró de imaginación. Al final, tras mucho ejercicio de concentración, el pingajo comenzó a erguirse, no del todo, pero lo justo para que asomara tímidamente por la bragueta. Y justo en ese momento, una voz femenina con acento árabe le interrumpió.
—Tú tranquelo, sinior. No jase farta tú abre. Yo frega contigo dentro... soy mó profisional...
Y entre las piernas de Genaro, asomándose por el hueco de debajo de la puerta en un movimiento de vaivén vertiginoso, apareció la

fregona. A bote pronto, le pareció la cabeza canosa y greñuda de una bruja que se reía de su impotencia con ojos desencajados y risas desdentadas. Como una bestia de pesadilla, el ingenio de limpieza refregó el suelo del retrete extendiendo el charco de pipí hasta la última loseta del suelo. Genaro tuvo ganas de llorar.

—Ya istá sinior, yo termina... ¿Has vesto quí profisional?

Solos de nuevo, él y su polla medio muerta.

Genaro se la machacó como pudo, sin empalmarse siquiera. Tal fue su insistencia que al final comenzó a tener éxito. Se iba a correr... de milagro, pero se iba a correr. ¡Coño, el frasco, que se le olvidaba! Lo puso debajo del pene y obtuvo el fruto de su cosecha: dos gotas miserables que se deslizaron por el interior del bote.

Le echó la culpa a Sonia, por desecarlo seminalmente con tanto sexo a deshora. Ya no era un chaval, joder... y mientras se metía su cosita húmeda en la bragueta, ocurrió otra tragedia: el bote se le resbaló de la mano y cayó al suelo, de tal forma que rodó y salió por la puerta del retrete hasta donde estaba el lavabo, perdiéndose de vista.

Genaro se golpeó dos veces con la puerta al abrirla hacia adentro, y al salir descubrió al ludópata de la tragaperras, que se estaba lavando las manos, siguiendo con la mirada la trayectoria del frasquito. Genaro se agachó raudo y lo recuperó, sin siquiera darse cuenta de que tenía la bragueta abierta y una mancha redonda en el calzoncillo, allí donde el glande se había restregado con la tela. El vejete salió a toda prisa del servicio para contárselo a Brezhnev, o al menos eso sospechó Genaro. De todos modos, había que ser positivo: lo había logrado y a tiempo. Cerró el bote y dejó que las gotas se unificaran en el fondo. ¿Cuántos espermatozoides habría?

Genaro, que no tenía ni puta idea, calculó que por lo menos trescientos o cuatrocientos.

Usó el papel de aluminio para envolver el bote y lo metió en la bolsa de Spar. Cuando regresó al bar, se encontró con que solo estaba el camarero detrás de la barra. Lo más seguro era que el ludópata se hubiera ido, asustado.

—Se la queao er café helao, hefe. Como lleva uhté ahí endentro toa la tarde... —Brezhnev recalcó la palabra *toa* con énfasis de rapsoda.

La verdad es que el camarero se moría de ganas de saber qué había estado haciendo Genaro en el baño, aunque su mejor apuesta era que se había *endrogao*, como así lo contaría a todos sus clientes de esa tarde, facilitándoles una descripción de Genaro digna de fisonomista de casino. Si hubiera sabido dibujar, habría colgado un retrato robot al lado de la registradora.

—Da igual, se me ha hecho tarde —se excusó Genaro, que dejó tres euros encima de la barra—. Tenga, por las molestias.

Y corrió hacia la clínica a toda velocidad.

Las cuatro de la tarde pasadas.

Lo había conseguido.

Abrió la puerta de cristal esmerilado y descubrió una sala de espera abarrotada de hombres, mujeres, adolescentes y niños. Obviamente, no sólo era una clínica de fertilidad, sino de más cosas. Llegó tan sudoroso y jadeante que todos los ojos se centraron en él, en especial los de los críos, que lo miraban con inusitado descaro. La enfermera le dedicó una sonrisa de compromiso y él depositó la bolsa de Spar encima del mostrador.

—Aquí... está... —logró articular al borde de la muerte, como el mensajero de Maratón.

La enfermera miró una lista.

—Genaro Robles Peralta, ¿verdad?

—El mismo.

Y allí, delante de todos, la enfermera sacó el bote envuelto en papel de aluminio. Para desmayo de Genaro lo desenvolvió, lo elevó y lo miró al trasluz, delante de todo el respetable que ahora desviaba la atención de sus revistas para ver lo que aquel corredor jadeante había traído a la clínica. Genaro estuvo a punto de justificarse ante la escasez de producto entregado, pero decidió que sería más prudente quedarse callado. La enfermera le hizo una seña a un joven vestido con bata blanca a la vez que decía en un tono de voz perfectamente audible.

—José Luis, lleva esta muestra de esperma al doctor Vaquero, y le dices que es de don Genaro Robles Peralta.

Genaro pensó que en ese momento todo el mundo, incluidos los niños, lo señalarían y gritarían al unísono: *¡Qué guarro!*

Pero eso nunca pasó.

—No se puede usted imaginar el quinario por el que he pasado para obtener la muestra —se sinceró Genaro con la enfermera—. Vivo lejos, he tenido que buscarme la vida por los servicios de la zona, y el único café decente cerraba hoy por descanso del personal...

La enfermera frunció el ceño, extrañada.

—¿Y por qué no lo ha hecho *aquí*?

—¿Aquí?

—Claro. Tenemos unas salas habilitadas para ello, con revistas, videos y demás... ¿no se lo dijo su mujer?

Genaro se quedó mudo. En ese momento se imaginó a Sonia, con la fregona de la limpiadora árabe en la cabeza, lanzando risotadas mefistofélicas al viento.

Al carajo, le daba igual. Lo peor había pasado ya...

—¿Habrá suficiente con lo que he traído o tendré que repetir la prueba?

—No se preocupe —lo tranquilizó la enfermera, que de algún modo había logrado empatizar con él—. Ya le comunicaremos los resultados, ¿de acuerdo? Ahora váyase a casa y dese una ducha.
Una buena puntilla para una tarde de perros.

Ahora le sugerían que apestaba.

Genaro abandonó la clínica y dio un paseo hasta el parking. El regreso a casa fue muy tranquilo, y todas las maldades y venganzas que se le ocurrieron contra Sonia se diluyeron en el camino.
Qué demonios... quería demasiado a aquella cabrona.

—¿Y cómo acabó todo? —pregunté, mientras le hacía una seña al camarero del Mónaco para que rellenara los cubatas—. ¿Al final hubo suerte?
Genaro esbozó una sonrisa tan amplia que casi le abre dos boqueras en las comisuras de los labios.
—Para mí sí; para ella no. Al final, los análisis corroboraron lo que yo suponía: Sonia tiene el útero más seco que un filete empanado. En cambio, mi semen es como el Fairy: con una sola gota podría preñar a todas las tías de Villa Arriba y Villa Abajo. Según los análisis, en la gotilla de mierda que eché en el bote había miles de millones de espermatozoides. —Genaro sacó pecho y flexionó los bíceps, en una burda pose de forzudo—. ¡Soy poderoso, tío!
—¿Y Sonia no te ha planteado adoptar?
—¡Quita, quita! Al final le compré un perrito de esos comecoños y está como loca con él. No es que me haga mucha gracia, pero prefiero a alguien que salte y me haga fiestas cuando llego a casa antes que a un crío llorando, pidiendo y dando por culo hasta el día de tu muerte —Genaro me dio una palmada amistosa en el hombro y decidió dejar el tema del que habíamos estado hablando durante más de una hora—. ¡Qué alegría que hayas venido a visitarme, tío! Tenía muchísimas ganas de verte.
—Y yo también, joder —miré el reloj; eran poco más de las siete de la tarde—. Tenemos tiempo para unas copas más antes de ir a cenar... y luego, si te parece bien, más copas. ¿Apruebas el plan?
—Me parece cojonudo —Genaro se quedó pensativo—. Se me acaba de ocurrir una cosa... —apuró su copa de un trago y no me dejó pagar los pelotazos—. Vamos, voy a llevarte a un sitio que te va a encantar.
Tuvimos que caminar muy poco para llegar a nuestro destino. Aunque nunca había estado allí, reconocí el sitio nada más llegar. El local estaba vacío. El camarero se quedó mirando a Genaro como si le sonara su cara, pero no llegó a reconocerlo. Al fin y al cabo, había pasado mucho tiempo desde la última vez que Genaro estuvo allí. Pedimos dos whiskies con Coca-Cola y a los dos minutos no pude reprimir dirigirme al camarero.
Cosas del alcohol.

—Usted perdone... ¿nunca le han dicho que es clavado a Leónidas Brezhnev?
Las dos escobas que tenía sobre los ojos bajaron hasta ocultarlos, en una expresión que no sé si fue de ferocidad o de ignorancia supina.
—¿Que me parehco a quién?
Pasamos una noche genial. Yo acabé medio muerto en mi hotel y él llegó a su casa a cuatro patas y con el sol despuntando en el horizonte. El taxista que lo llevó tuvo que ayudarlo a abrir la puerta del portal. El perrito lo recibió con brincos y lametones, feliz al descubrir que su amo se había vuelto cuadrúpedo como él. Sonia dormía, con su melena morena derramándose sobre la almohada. Parecía un ángel. En ese momento, Genaro se sintió el hombre más feliz del mundo: tenía una esposa estupenda, que le dejaba llegar tarde, hacer lo que le viniera en gana, y lo que era más importante...
No tenía que dar ejemplo a ningún mocoso.

LA RESURRECCIÓN DEL ÚLTIMO SUSPIRO

Jorge, mi padre, falleció en el hospital la tarde más calurosa de agosto.

Cuando abrí la puerta de la habitación para avisar al médico de guardia, sentí que un viento ligero me azotaba la nuca, a pesar de que las ventanas estaban cerradas y el aire acondicionado al mínimo.

Al final del pasillo, en maternidad, una comadrona también notó la ráfaga de aire en su rostro al abrir la puerta del paritorio.

Dentro, el ginecólogo y la enfermera que asistían al parto también percibieron aquella corriente extraña, así como el padre de la criatura que estaba a punto de nacer.

La parturienta, con un último esfuerzo, hizo brotar de sus entrañas una nueva vida.

Un varón.

Cuando el médico preguntó el nombre del bebé, el padre respondió que se llamaría Isidro, como su abuelo.

La madre, sin embargo, replicó.

«No. Le vamos a poner Jorge, y no me preguntéis por qué».

JUGADA MAESTRA DEL DESTINO

La vida no es más que una sucesión de casualidades que trazan una línea en el tiempo. Estamos eternamente expuestos a cambios: unos podemos decidirlos, otros no.

A mis setenta y seis años, soy capaz de mirar atrás y ser consciente de ello.

—Señor y señora Landero, ¿verdad?

El hombre, trajeado, me pilla por sorpresa. Tendrá más o menos la edad de mi hijo Ismael, unos cincuenta y pocos. Su inglés tiene acento nórdico, pero lo habla correctamente. Por cómo se comporta, adivino que es uno de los responsables de la organización del evento. Mi mujer y yo hemos sido los primeros en llegar. Puntualidad exagerada de viejos. Siempre llegamos con antelación, por si nos pudiera retrasar cualquier cosa.

—Sí, somos nosotros —respondo.

Le dedica una sonrisa encantadora a mi esposa e inclina levemente la cabeza ante ella. Me gusta comprobar que aún queda gente educada en estos tiempos donde el grafeno ha inundado nuestro entorno, convirtiéndolo en un maremágnum de pantallas azules del grosor de una hoja de papel. Él no escapa de esta plaga. Consulta la pantalla enrollada bajo la manga de su traje de chaqueta y se dirige a nosotros con amabilidad.

—Estos no son sus asientos —nos informa—. Los suyos están en primera fila. Permítanme que los acompañe.

El señor de acento nórdico nos conduce hasta unos asientos mucho mejores que los que mi esposa y yo habíamos elegido al azar. Compruebo que hay tarjetas con nombres sobre el acolchado. Estamos justo enfrente del escenario. Han tenido el detalle de dejarnos entrar por ser viejos, y tal vez porque saben que acabamos de hacer un largo viaje. El señor me ofrece la mano para que se la estreche, y luego repite el gesto con mi esposa.

—Es un honor conocer a los padres del doctor Ismael Landero. —Sin pronunciar una palabra más, da media vuelta y se va, dejándonos completamente solos en el salón de actos, como si fuéramos los últimos supervivientes del apocalipsis.

Es un orgullo estar aquí hoy. Ha merecido la pena el viaje desde Madrid. Desde donde estamos se ven perfectamente los tubos del impresionante órgano que preside el escenario, y la zona elevada repleta de atriles donde la orquesta amenizará el acto. En una intimidad de inmensas proporciones y acústica indiscreta, Laura, mi

esposa, coloca su mano sobre la mía y me dice en voz baja:
—Hemos tenido mucha suerte en la vida, ¿verdad, Rubén?
Asiento y cubro su mano con la mía. Ambas están marcadas por la edad, con venas hinchadas y manchas marrones. Las de Laura siguen siendo hermosas. Pero qué demonios digo... cuando la miro no veo los setenta y un años que tiene. Me sigue pareciendo esa chiquilla que el destino cruzó en mi camino en 1982, cuando perdí el tren y decidí que viajaría a París en lugar de a Roma.
¿Una casualidad, o un capricho del destino?
Viajaba solo, con una de esas maletas cuadradas de la época, muchos años antes de que alguna mente privilegiada decidiera ponerle ruedas o motores eléctricos, como tienen ahora. Sudaba como si estuviera recién salido de la sauna, y tomé el tren a París refunfuñando por haber perdido el que iba a llevarme a Roma. Me daba igual un sitio que otro, y la compañía ferroviaria me cambió el billete sin más. Mi intención era salir de España durante el verano, a la aventura, con algo de dinero en el bolsillo y muchas ilusiones en la cabeza. Francia en lugar de Italia: primera jugarreta del destino.
Entré en el compartimento de segunda que me correspondía. Había ocho asientos, de los cuales, seis estaban ocupados por una familia con cuatro niños que vociferaban como si se hubieran desayunado las trompetas de Jericó. Se los veía humildes, probablemente, vendimiadores. Acomodé mi maleta en el portaequipajes e intenté adaptarme al chiquillerío con todo el estoicismo que fui capaz de reunir. El tren arrancó y los críos, excitados por el inicio del viaje, elevaron aún más la voz hasta eclipsar el sonido del ferrocarril. Con una sonrisa de compromiso, abandoné el compartimento y salí al pasillo.
Ahora sé que el destino puso allí a esa familia ruidosa para que conociera a Laura.
Allí estaba ella, de pie en el pasillo, apoyada en el pasamanos que recorría todo el vagón por debajo de la ventana. Tenía diecinueve años y viajaba sola, embutida en unos pantalones vaqueros y con una camisa anudada debajo del pecho, dejando ver un vientre suave y hermoso. Giró su cabeza hacia mí y me sonrió.
—Imposible estar ahí dentro, ¿verdad?
—Es inaguantable —coincidí, sacando un cigarrillo para apaciguar mis nervios. Le ofrecí uno—. ¿Fumas?
Lo aceptó.
—Me llamo Laura. Creo que nos espera un largo viaje en este pasillo.
—Pues intentemos que sea lo más llevadero posible. —Le di fuego—. Me llamo Rubén.
Y el destino hizo que nuestras vidas se cruzaran en ese momento y lugar.

Encima del escenario comienza a haber movimiento. Son los músicos, que empiezan a ocupar sus puestos y a tocar sus instrumentos, cada uno a su aire, tal vez afinándolos, en una cacofonía no del todo desagradable. Una chica joven y guapa extrae de una funda negra un violoncelo casi tan grande como ella y nos saluda con la mano, sonriendo. Mi esposa y yo le devolvemos el saludo desde el patio de butacas.

—Me estaba acordando del día en que nos conocimos —le confieso a Laura—. Si esos niños estuvieran aquí, ensordecerían a la orquesta.

Laura se ríe con ganas. Claro que se acuerda.

El verano de 1982 fue mágico. Me alojé en una pensión modesta cerca de la casa de la tía de Laura, en París. Nos veíamos a diario, casi a todas horas. Paseábamos por la capital como si pretendiéramos aprendérnosla de memoria. A las tres semanas de llegar, elegí la Torre Eiffel para declararme a ella. Eso se hacía en aquella época, aunque hoy pueda parecer ridículo. A la sombra de una montaña de piezas gigantescas de mecano, ella dijo sí.

El destino también quiso que ambos fuéramos de Madrid, y aunque ella vivía en la otra punta, no había día en que no tomara el metro y el autobús para ir a verla. Yo acabé mis estudios de empresariales y ella los de auxiliar de laboratorio. Teníamos muy claro nuestro proyecto común. Queríamos encontrar un buen trabajo, casarnos y formar una familia. Ella deseaba tener al menos cuatro hijos. Yo era más prudente y me conformaba con la clásica parejita.

El destino quiso que encontráramos trabajo los dos cerca de Pozuelo de Alarcón: ella en un dispensario, que años más tarde se reinventó como centro de salud, y yo en una fábrica de cerveza, en el departamento comercial. Al año me ascendieron a jefe de ventas, con un sueldo y unos incentivos muy jugosos. Entre sus ingresos y los míos pudimos hacer frente sin problemas a una hipoteca. Meses antes de casarnos, compramos un piso de cuatro habitaciones en una buena zona de Pozuelo. Nuestras familias se quedaron con las ganas de ayudarnos: éramos autosuficientes. Nos adoraban, como padres que eran, y a la vez nos admiraban por cómo éramos nosotros.

Nos casamos en el 89, pero el destino quiso que solo tuviéramos un hijo: Ismael. Una complicación en el parto dejó a Laura estéril, pero hoy día da gracias a Dios por ello. Si hubiéramos tenido más hijos, no habríamos podido invertir todos nuestros recursos en Ismael.

—¿Señor Landero?

Es un hombre de una edad cercana a la mía, ataviado con un chaqué hecho a medida. Me intento levantar para saludarle, y él me lo impide con amabilidad. Se le ve serio, pero a la vez simpático.

—Me dijeron que estaban aquí y vine a saludarles. —Habla un español más que correcto—. Es un orgullo para mí. ¿Están nerviosos?

—Un poco, sí. ¿Ha visto a mi hijo?
—Está con los demás. —Señala el escenario lleno de escaños tapizados en rojo; me recuerda a una especie de senado de pequeñas dimensiones. Consulta su reloj, un Rolex de acero y oro de lo más clásico, muy diferente a los aparatos multimedia de grafeno que hoy lleva en la muñeca todo dios y su vecino—. En un rato empezará esto. Como dicen ustedes en España, ¿les traigo un babero para cuando nombren a *su niño*?
Nos echamos a reír. En algo más de una hora comenzará un protocolo de lo más estirado, así que aprovechamos la distensión del momento. El hombre se despide y nos emplaza para vernos después de la ceremonia.
Ismael se crió como hijo único, siendo receptor de toda la dedicación y el amor que teníamos guardados para una familia más grande. Fue un deportista mediocre, un chaval noble y un alumno excepcional. Empezó a decir que quería estudiar medicina con diez años, y nunca se bajó del burro. Terminó secundaria y el bachillerato con unas notas brillantes, y el examen de selectividad fue poco más que una anécdota para él. Con un nueve con setenta y ocho, podía entrar en la facultad que deseara.

¿Y por qué limitarnos a España, si teníamos dinero y nota para que lo admitieran en la mejor universidad del mundo?
Movimos papeles, influencias y dinero para cumplir un sueño que quedaba fuera de nuestro país y casi de nuestra imaginación. Pero el destino quiso que todo fuera rodado, y ese mismo año cruzó las puertas del Harvard Medical School, en Boston.
Nos convertimos en la envidia de nuestros amigos y en el orgullo de nuestros padres. Ismael cursó sus estudios en Estados Unidos y allí se quedó tras terminar la carrera, trabajando en el Instituto Dana-Farber con un sueldo que a nosotros nos parecía estratosférico. Por suerte, podemos permitirnos el lujo de ir a visitarle a Boston cada tres o cuatro meses.
—Hola. —Una vez más, me sorprenden desde atrás, aunque la voz femenina no me es desconocida; Laura, a mi lado, se levanta para saludar a Liz, nuestra nuera.
Intercambiamos besos y abrazos y la acomodamos en su asiento, junto a nosotros. Está radiante, con un vestido de fiesta digno de alfombra roja. Se la ve nerviosa, y las manos le tiemblan. Lleva su cabello recogido en un moño de intrincado diseño, y se nota que la ha maquillado un profesional. Mi esposa le pregunta por los niños, que se han quedado en Boston, en casa de su hermana. Tienen tres: dos varones y una chica, entre dos y siete años.
Poco a poco la sala se va llenando de gente vestida de gala, como nosotros. La orquesta comienza a tocar una pieza tranquila de tintes

clásicos, mientras unos señores vestidos de chaqué, entre ellos mi hijo Ismael, se sientan en el estrado rojo. Nos localiza con la mirada y nos dedica un guiño de complicidad. Liz le tira un beso y Laura, a su lado, llora de emoción. El acto da comienzo y el rey de Suecia toma la palabra.

Toda la sala rompe en aplausos cuando Ismael recibe el premio Nobel de Medicina más importante desde que Alexander Fleming lo recibiera en 1945 por el descubrimiento de la penicilina. Millones de personas en el mundo viven hoy gracias a que perdí un tren en verano de 1982 y conocí a Laura. El destino quiso que tuviéramos un solo hijo y que este contara con los medios para encontrar la cura definitiva contra el cáncer.

Adiós a los ciclos de quimioterapia.

Adiós a los largos tratamientos.

Adiós al sufrimiento.

En 2037, una sola inyección intravenosa es capaz de acabar con el monstruo de una vez por todas.

Se me saltan las lágrimas mientras me rompo las manos aplaudiendo a mi hijo, que aguanta la emoción como puede, encima del escenario. Miro de reojo a Laura, que llora de alegría, hoy completamente recuperada de su enfermedad gracias al descubrimiento de Ismael.

Y todo por una jugada maestra del destino.

EL BESO MÁS LARGO QUE JAMÁS DI

Hace dos años juré que aquel sería mi último trabajo. Repetí ese juramento cada vez que tuve que afrontar un nuevo encargo, y lo he incumplido ocho veces desde entonces. Mi vida se transformó, sin darme cuenta, en un símbolo de infinito en el que cada cierto tiempo vuelvo al mismo punto. Un bucle de tensión y remordimiento del que estoy harto y no puedo salir.

—¿Cómo vas a dejar esto? —me dice mi jefe, de quien lo único que conozco es su voz distorsionada a través del teléfono—. Ni de coña. Eres el mejor, no puedes dejarlo.

No puedo dejarlo. O mejor dicho, no me permiten dejarlo. Si lo intentara, otro recibiría el encargo de eliminarme. Decir adiós sería despedirse de la vida.

No todo son inconvenientes. Muchos envidiarían mi estilo de vida. Para Hacienda, no existo. Ni para las compañías de seguros, ni para nadie. Hasta mis pasaportes y mis carnés de conducir son falsos —eso sí, fabricados por los Da Vinci de la falsificación—, y tengo tantas identidades que soy incapaz de memorizarlas todas. Trabajo como mucho cinco veces al año, y cobro por cada encargo lo que un ejecutivo bien pagado ganaría en una década esclavizado por una multinacional. Ingresos libres de impuestos, faltaría más. Pero yo, que tengo dinero para empapelar Versalles con billetes de doscientos euros, sé que es cierto que el dinero no da la felicidad.

No puedo permitirme el lujo de enamorarme, no solo por el sufrimiento que le acarrearía a mi pareja, sino porque se convertiría en mi punto débil. ¿Hijos? Ni soñarlo, es lo primero que atacan cuando quieren hacerte daño de verdad. Ni siquiera podría cuidar bien a un perro. Paso mi tiempo libre encerrado en casa, un apartamento de lujo en Zúrich, esperando la siguiente llamada y solicitando de vez en cuando los servicios de Amélie, mi prostituta de confianza. Es lo más parecido que tengo a una amiga, o a una novia. Hay veces que ni siquiera tengo sexo con ella y le pago para desahogarme, contándole anécdotas de una vida inventada, porque nadie puede saber a qué me dedico. Ella me sigue la corriente. Es muy lista, como todas las *escorts* de lujo, y sabe que todo lo que le cuento es mentira. Sus ojos transmiten más que sus palabras. En ocasiones, llego a fantasear con que me ama. ¿Cómo sería mi vida al lado de una belleza inteligente, conversadora, divertida y dulce como Amélie? La respuesta es fácil de adivinar: mucho mejor que la que llevo ahora. Lo

malo es que no está siempre disponible. Tiene más clientes, y yo muero de celos en la soledad de mi dormitorio de lujo, con un programa de fondo sonando en la pantalla más grande y cara del último catálogo de Bang & Olufsen.

Hoy he recibido un correo electrónico con todos los datos de mi próxima víctima. Viene de una dirección de email recién inventada, pero reconozco la forma de escribir de mi jefe. Descargo el dossier adjunto. El objetivo es un varón, cincuenta y cinco años, metro setenta y ocho. Por las fotos, tiene pinta de ser un tío deportista y bien parecido. Responde al nombre de Ronald Lindbergh. Me pregunto durante un segundo si será descendiente del famoso aviador. Un segundo es lo más que puedo pensar en mis víctimas, de lo contrario, sería incapaz de hacer mi trabajo. Ese Lindbergh ahora no es más que el tipo al que debo eliminar, ni más, ni menos.

Este trabajo me llevará a Seattle, así que tendré que cruzar el Atlántico como el Lindbergh famoso. Repaso mis notas mientras degusto una copa de vino en mi asiento de primera clase. Una azafata me sonríe, deslumbrándome con unos dientes forrados de carillas blancas como la nieve. Me pregunta si necesito algo, regándome de feromonas. No debo de estar tan mal a mis cuarenta y dos años. Hago deporte en el gimnasio que tengo en casa, y corro kilómetros sin moverme del sitio en la mejor cinta andadora del mercado. Tengo toda una vida por delante y no puedo disfrutarla como debiera, pensando en cada próximo encargo y en la posibilidad de acabar como mis objetivos.

Siempre oculto.

Siempre bajo la espada de Damocles.

Según el informe, Lindbergh suele abandonar su despacho alrededor de las siete de la tarde. Baja solo hasta la tercera planta del garaje del edificio donde tiene las oficinas centrales de su empresa, una compañía de seguros bastante conocida, que sin ser una de las más poderosas tiene cierta presencia en prensa, internet, televisión y vallas publicitarias. Él mismo conduce su coche, un Toyota metalizado, nada ostentoso. Un hombre acomodado que vive por debajo de sus posibilidades, tal vez por avaricia o puede que por principios.

Si todo va como espero, en menos de diez minutos estará muerto.

Me han dejado un mando a distancia de la puerta del garaje escondido encima de una caja eléctrica; está instalada a tal altura que es imposible ver el chisme a no ser que midas más de dos metros. Me pongo de puntillas, tanteo con la mano y me hago con él. La puerta por donde acceden los coches se abre, y yo me cuelo sin ser visto.

La posición de las cámaras de seguridad coincide con mi informe, y hay ángulos muertos para que se infiltre un batallón. Por precaución, voy disfrazado: llevo alzas en los zapatos, hombreras y tripa postiza,

que me hacen parecer más alto y corpulento; una peluca canosa asoma por debajo de un sombrero pasado de moda; unas gafas de sol lo suficientemente oscuras para que no se me vean los ojos y lo bastante claras para poder ver dentro del garaje completan el atuendo que, junto con el andar torpe y encorvado que simulo, me hace parecer un anciano. Solo me falta encontrar lo que me han dejado dentro de la guantera de un Ford blanco con dos dados de peluche colgados del retrovisor interior.

El coche está en otro ángulo muerto, así que me permito unos segundos para tomar aire en el asiento del copiloto. Abro la guantera y cojo el revólver con silenciador. Reviso el tambor y compruebo la munición: treinta y ocho especial con punta hueca, como a mí me gusta. No siempre utilizo armas de fuego para matar: a veces empleo venenos, inyecciones letales o provoco accidentes. Mi repertorio es extenso, tengo recursos para dar y regalar. Joder, figuro en el cuadro de honor de asesinos a sueldo. Esta vez, mi misión es matar rápido y desaparecer. No hay tiempo para sofisticaciones, y el viejo método de la bala en la cabeza es infalible.

Reproduzco en mi mente el esquema de las cámaras de seguridad y de las zonas que estas no ven. Oculto tras los coches estacionados, llego hasta el Toyota de mi objetivo. Tengo el revólver amartillado, listo para descerrajarle un tiro entre las cejas. El tipo no se hace esperar, y a las siete horas y nueve minutos, se deja ver por el garaje. Viste traje con corbata y lleva un maletín. Todo un clásico. Desde lejos, oprime el botón de la llave del coche, y los cuatro intermitentes destellan dos veces.

Lo sorprendo cuando está a punto de abrir la puerta del conductor. Sus ojos me miran durante un segundo. Antes de recibir el disparo en la frente, el tipo pronuncia mi nombre, desconcertado.

—¡Quentin!

El tipo cae al suelo, muerto en el acto, y yo me quedo con el arma en la mano, mirando su cadáver, sin acabar de creerme que me ha llamado por mi nombre real. Reacciono rápido. No puedo quedarme allí. Escondo su cuerpo en el asiento trasero del Toyota, intentando no manchar mi ropa de sangre, y me largo del garaje cojeando por los ángulos muertos del sistema de vigilancia. Hay zonas por las que no podré pasar sin que me filmen, así que confío en mi disfraz. Después de esquivar todas las cámaras posibles, salgo por la misma puerta por la que entré.

Siguiendo las instrucciones del dossier, entro en un tugurio oscuro donde hay tres tipos bebiendo. Ninguno de ellos interactúa con los demás ni con el barman, que debe de estar en nómina, porque finge no verme. Entro en el servicio y me deshago del disfraz. Lo dejo junto con el revólver dentro de la cisterna. Sé que alguien vendrá a

recogerlo. Me compongo frente al espejo y consulto mi reloj: las siete y treinta y dos.

El taxi me deja en el aeropuerto de Tacoma. Me dirijo al mostrador de facturación. Llevo menos equipaje que a la ida. El viaje a Zúrich tiene dos escalas, es largo y agotador. No estaré tranquilo hasta que llegue al avión. Sigo dándole vueltas al hecho de que mi objetivo me reconociera incluso disfrazado. Trato de hacer memoria mientras el empleado de la compañía aérea gestiona la tarjeta de embarque. Ni idea de quién es Ronald Lindbergh. Ni me suena el nombre, ni su cara...

—Su billete, señor —me despide el del mostrador, luciendo su sonrisa exclusiva para pasajeros de primera clase—. Gracias por viajar con nosotros, buen vuelo.

Ocupo mi asiento y busco con la mirada a la azafata de sonrisa resplandeciente, pero no la encuentro. Lástima. Hoy debe de librar. Mientras barro el entorno con la vista, me llevo una sorpresa que me deja atónito. Se trata de una mujer espectacular que camina sobre los doce centímetros de unos Louboutin de setecientos euros. La reconozco a la primera, a pesar de la peluca y las enormes gafas de sol que le dan el aire de una estrella de la época dorada de Hollywood.

Es Amélie.

Ocupa el asiento que está a mi lado y se quita las gafas.

Sus ojos tienen hoy un brillo muy especial.

—¿Qué haces aquí? —es lo primero que se me ocurre preguntarle.

—¿Sabes quién era el objetivo? —me pregunta, yendo al grano y revelando que está al corriente del asunto—. Ronald Lindbergh, tu jefe. —Hace una pausa, y yo no sé qué decir; me cuesta asimilar sus palabras—. Ese misterioso desconocido que te encomendaba los trabajos. Ahora eres libre. Nadie podrá contactar contigo nunca más: he destruido todos los documentos en los que aparecías. Ya no tienes que fingir conmigo, Quentin... sé quién eres y quién quieres ser a partir de ahora. Y aquí me tienes, dispuesta a acompañarte en ese viaje, si me lo permites.

La miro a los ojos y siento ganas de llorar.

Es la primera vez que alguien hace algo tan grande por mí.

—¿Cómo averiguaste quién era realmente yo? —pregunto—. ¿Y cómo conocías la identidad de Lindbergh?

—¿Quién te crees que me envió a tu casa de Zúrich la primera vez? A su manera, te quería como a un hermano: compartía a su favorita contigo. Siempre que venía a Europa me llamaba para que le acompañara, y otras veces me costeaba los billetes para que fuera a verlo a Estados Unidos. —Amélie suelta una risita triste—. Con lo que él no contaba es con que yo me enamoraría de ti.

Asiento levemente y no respondo. Es probable que ella hubiera

esperado otra reacción más efusiva, pero no da muestras de disgusto: tal vez, el cañonazo de información que acabo de recibir en plena frente justifica mi actitud. Ella me acaricia la cabeza y sigue hablando.
—Él cometió la imprudencia de no ser tan hermético como tú. No me fue difícil obtener toda la información sobre ti. Él nunca te habría permitido dejar el oficio. Antes, te habría mandado matar. Ahora sí puedes dejarlo: he descabezado su organización por ti.
Entonces, la sujeto por la nuca y le doy lo que se merece.
El beso más largo que jamás di.

Emprendimos un nuevo viaje el mismo día que llegamos a Zúrich. Nos escapamos a una cabaña a las afueras de Paris, un lugar solitario y romántico donde hicimos el amor durante toda la noche, como nunca hasta entonces lo habíamos hecho.
Ella se quedó dormida poco antes del amanecer. Contemplé su cuerpo desnudo y su hermoso rostro que ahora me pertenecía. Estuve tentado de acariciarla, pero no me atreví por si la despertaba.
Tomé su cabeza entre mis manos y le rompí el cuello con un movimiento seco.
No sufrió.
Su rostro ni siquiera se perturbó, parecía dormida.
La enterré en el bosque, hice desaparecer mis huellas y me marché.
Por segunda vez, sentí ganas de llorar, pero me contuve.
Ahora sí que nadie sabe nada de mí. Ahora sí que podré empezar de nuevo. Amélie me había dicho en el avión que Ronald Lindbergh había cometido una imprudencia.
Ella también la cometió.
Juzgadme si queréis.
Tenéis derecho a hacerlo.
Al fin y al cabo, solo soy un asesino.

MI ABUELO

(Basado en hechos reales)

Mi abuelo era rojo.

Rojo como una celebración de San Valentín o como el mismísimo demonio, depende del color del cristal con el que se le mirara. Eligió una mala época para serlo, y a la mañana siguiente de que *saltara el Movimiento*, como se denominó al inicio de la Guerra Civil en Ceuta, fue encarcelado en el presidio de la Fortaleza del Hacho.

No os imaginéis a un obrero descamisado y famélico, nada más lejos de la realidad.

Mi abuelo era todo un *gentleman*, que sabía sacar partido a su sueldo de funcionario de Arbitrios e incluso aparentar más de lo que era.

Tenía tres grandes vicios: fumar como un carretero, discutir de política y jugar al póquer.

Rectifico.

No jugaba al póquer: *ganaba* al póquer.

Si él hubiera nacido en los setenta, y mi madre siguiera siendo mi madre, es probable que yo hubiera venido al mundo en el *Strip* de Las Vegas.

Era en el Casino Africano, entre partida y partida —también durante las mismas—, cuando mi abuelo disertaba con sus compañeros de juego sobre sus ideas políticas. No se cortaba un pelo en decir lo que pensaba, y no tardó en ganarse admiradores y enemigos. Aquellos que le odiaban nunca se lo dijeron a la cara; imponía demasiado respeto y dominaba una retórica difícil de rebatir. Eso sí, jamás dejó de ser amigo de alguien por su ideología, y era curioso cómo la mayor parte de sus más íntimos eran *fachas*, como él los llamaba.

—Antonio, pero si pareces un marqués —se metían con él mientras repartían las cartas—. ¡Tú tienes de rojo lo que nosotros de cura!

Él aceptaba estos envites con deportividad, y respondía a sus colegas entre bromas mientras les ganaba los cafés, que tampoco estaban los tiempos para despilfarrar dinero. Entre nubes de humo de tabaco negro, su vida transcurría tranquila, y su *rojerío*, como decían sus amigos, nunca pasó de ser una militancia de salón. Ni siquiera pertenecía a un partido político o a un sindicato.

Él era rojo y punto.

Con dos cojones.

A las ocho de la tarde se despedía de sus compañeros y

enfilaba proa a casa, para reunirse con su esposa y los cuatro hijos que le quedaban. Tuvo uno más que se llamaba Antonio, como él, pero un aciago día dejó su vida pegada en los neumáticos de un autobús. No llegó a cumplir tres años. Un drama en tiempos difíciles que mis abuelos superaron dándole todo el amor del mundo a los demás críos que alegraban su pequeña casa, sita dentro de un patio antiguo en una calle secundaria de Ceuta.

Quienes le odiaban no tardaron mucho en tomar las riendas del carruaje fúnebre de la venganza. Por la mañana temprano, delante de su mujer y sus hijos, fue apresado. Mi abuela preguntaba una y otra vez por qué se lo llevaban, y aunque ella conocía la respuesta, nadie le respondió que por rojo. La banda sonora del arresto fue el llanto de mi madre y sus hermanos. Al menos no les empujaron ni les insultaron. Fue aséptico y rápido.

—Todo se aclarará —aseguró mi abuelo al irse, dedicándole una sonrisa a su familia. Les guiñó un ojo, con complicidad, antes de desaparecer escaleras abajo.

Pasaron muchos meses hasta que volvieron a verle.

Allí quedó mi abuela, de pie en el rellano, rodeada de unos niños que la cosían a preguntas que era incapaz de responder. Un ama de casa del 36, completamente desamparada, que se preguntaba en silencio si volvería a ver con vida a su marido. Durante la noche que precedió a aquella dramática mañana, circularon rumores sobre arrestos y encarcelamientos en Melilla, y algunos vecinos del patio juraban haber oído disparos. Era un alzamiento a nivel nacional, y ella tendría que afrontarlo sola, con sus hijos.

Pero aquella mañana plagada de locura del 18 de julio, no solo se pusieron en movimiento quienes odiaban a mi abuelo; también se movilizaron quienes lo querían. Sobre todo un buen hombre, a quien llamaré Ramón Orbegozo, concejal de Falange durante la Segunda República, a la par que gran amigo de mi abuelo y gran persona, como luego demostraría.

Fue él quien tomó la iniciativa de ir a ver a mi abuela esa misma tarde, en cuanto se enteró del encarcelamiento de su amigo Antonio. Se encontró con la casa a rebosar de vecinos que trataban de tranquilizar a mi abuela, asegurándole que todo se solucionaría pronto y prometiéndole que, en el peor de los casos, la ayudarían en todo lo que estuviera a su alcance. Eran tiempos donde los sentimientos, tanto buenos como malos, afloraban espontáneamente, como si formaran parte de una primavera emocional. Eso incluía la solidaridad, en una época en que las pertenencias eran pocas y las necesidades muchas. Orbegozo se llevó a mi abuela aparte y compartió con ella las pocas noticias que tenía de mi abuelo.

—Isabel, no se preocupe usted. —Don Ramón estrujaba su sombrero,

la única forma que tenía de manifestar su frustración—. Antonio no pertenece a ningún partido de izquierdas, ni es anarquista, —puso los ojos en blanco— que a esos sí que les están dando bien, que buena falta les hace. Su marido de usted es un hombre de orden, muy respetado y que no ha cometido delito alguno. Verá cómo todo se aclara, Isabel.

—¿Quién le mandaría enredarse con cosas de política? —se lamentaba mi abuela, mezclando lágrimas de pena con lágrimas de rabia—. Siempre se lo decía: Antonio, no hay necesidad. Cualquier día vas a buscarte un lío por meterte donde no te llaman. ¡Qué razón tenía yo, don Ramón!

—De aquí me voy para el Hacho, a ver si me dejan verlo. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para sacarlo de allí lo antes posible, se lo prometo, Isabel.

Don Ramón Orbegozo cumplió su promesa y se personó en la Fortaleza del Hacho, donde confinaron a todos los presos políticos que habían sobrevivido a una larga noche de ejecuciones clandestinas, los tristemente célebres *paseíllos*. Muchos de ellos delatados injustamente, sin siquiera ser de izquierdas. Los intereses personales de los chivatos prevalecieron sobre su parodia de patriotismo, movidos por los siete pecados capitales, sobre todo por la envidia. Una simple mentira o una señal furtiva, al más puro estilo Judas Iscariote, era suficiente para que alguien fuera arrestado.

Sin juicio, sin preguntas, sin piedad.

Muchos de ellos murieron contra un muro o en una cuneta.

Mi abuelo tuvo más suerte.

Esa misma tarde, mientras la noche estival caía lenta sobre el Estrecho de Gibraltar, Ramón Orbegozo confirmó que un chivato había entregado a los militares una foto donde aparecía mi abuelo rodeado de socialistas frente al Casino Africano. En la orden de arresto le tachaban de peligroso ideólogo de izquierdas, alguien con capacidad suficiente para mover a las masas contra el Movimiento.

—¡Pero qué coño ideólogo de izquierdas! —se indignó don Ramón, golpeando la mesa y haciendo que el sargento medio analfabeto que le transmitía lo que había oído sobre mi abuelo pegara un respingo—. Conozco a Antonio desde hace mucho tiempo y sí, es rojo, no vamos a negarlo... ¡pero de ahí a ser un ideólogo! ¡Póngale usted un coñac barato y verá cómo le pide el de marca! Ideólogo... —repitió, soltando una risotada que no era más que un disfraz del soberano cabreo que le reconcomía las tripas—. ¡Exijo hablar con el oficial al mando!

—A la orden, don Ramón —acató el sargento, que no quería problemas con un concejal de Falange Española—. Ahora mismo le digo al comandante que está usted aquí.

No pasaron ni cinco minutos cuando el sargento reapareció para

acompañarle al despacho del comandante Borrero, el oficial al mando. Este reconoció al instante al concejal y lo invitó a sentarse, para luego prodigarse en halagos. Borrero tampoco le era desconocido a Orbegozo. Había coincidido con él en algún que otro acto del Casino de Oficiales. Cuando don Ramón le informó del motivo de su visita al presidio, este sacó una lista de nombres y buscó en ella a Antonio Caliani. Lo encontró con facilidad: estaba el segundo.

—Me temo que está entre los que fusilaremos pasado mañana, don Ramón...

—¡Y una mierda! ¡Ese hombre no ha hecho nada más que reunirse con quien no debía! ¿Cuándo se ha celebrado el juicio? —El comandante guardó silencio, con sus manos apoyadas en la lista escrita a máquina —. ¡Lo suponía! ¡Ni juicio, ni leches! ¿Se puede saber quién lo ha denunciado?

—Eso no puedo decírselo, don Ramón, pero no le quepa duda de que es alguien influyente. Alguien que tiene tanta mano como usted. Sacar a su amigo de aquí es imposible, pero sí puedo hacer una cosa: dejar que usted lo ponga el último de la lista. Con su cargo político nadie se atreverá a objetar nada y, mientras no haya juicio, no habrá problemas. Simplemente tiene que tacharlo, escribir su nombre al final, poner «pendiente de juicio» y firmar al lado.

Ramón Orbegozo respiró como si quisiera acaparar todo el aire de la habitación, para luego contaminarlo con aquella ira que le estaba provocando unos ardores de mil pares de demonios.

—¿Y eso para qué cojones va a servir? Al final acabarán fusilándolo igual...

—Cada día entran más presos, y no fusilamos a más de dos cada mañana, después de un juicio rápido...

—Después de una parodia —corrigió Orbegozo, arrugando el bigote en una mueca de desprecio.

—Mire, don Ramón. Yo le digo lo mejor que se puede hacer para retrasar esto y ganar tiempo hasta que venga alguien con dos dedos de frente a hacerse cargo de esta situación. No sabe usted la que se está montando en África y en el sur de la Península. Recibimos informes sin parar. Esto va a desembocar en una guerra civil como hay Dios.

Orbegozo sostuvo la mirada del comandante Borrero y leyó dentro de sus ojos. En ellos vio a un hombre bueno, cumplidor de su deber y abrumado por el calor del momento. Sin pronunciar palabra, cogió la lista, tachó el nombre de mi abuelo y lo escribió a mano al final del todo. Rubricó la corrección con su firma y le devolvió el documento al militar.

—Una cosa más antes de irse, don Ramón, y es importante: aunque yo dejaré indicaciones de que la lista se quede así, es probable que el delator de su amigo venga por aquí y haga lo mismo que usted, pero

al contrario.
—¿Qué quiere decir?
—Que pondrá a su amigo al principio de la lista.
—¡Hijo de puta! ¡Si me entero de quién es le arrancaré la cabeza!
—Si quiere tener la certeza de que su amigo no será fusilado, lo mejor es que se pase por aquí todas las tardes a las ocho y compruebe la lista. Sé que es un incordio para usted, pero es la única forma de asegurarse de que Caliani no será llamado al amanecer para poner la espalda contra el muro.
Ramón Orbegozo se encasquetó la mascota —como él llamaba al sombrero— y se despidió del comandante Borrero con una promesa.
—Aquí estaré cada día, a la misma hora.

Ramón Orbegozo también cumplió esa nueva promesa, y todos los días, a las ocho en punto, se personó en el presidio de El Hacho para comprobar la lista. La mayor parte de los días, mi abuelo seguía el último, pero en alguna que otra ocasión, alguien lo había puesto en la picota. Eso hizo que Orbegozo no fallara ni un solo día mientras mi abuelo estuvo preso en la fortaleza.
Si bien mi abuelo se iba librando día a día de ser ejecutado, su paso por la prisión no fue un camino de rosas, sobre todo al principio. Le negaron todos los privilegios, incluidas las visitas y el tabaco. Lo segundo fue lo más grave para él, ya que la falta de nicotina lo volvió irascible y desafiante ante sus carceleros, la mayor parte de ellos soldados de reemplazo que estaban tan jodidos con la situación como lo estaba España entera. Fue un milagro que no le pegaran un tiro en su celda.
Al amanecer, casi todos los días sacaban del camastro al primero de la lista para conducirlo al muro. Su marcha era enmascarada con una orden de traslado, pero los que estaban presos en El Hacho lo estaban por rojos, no por idiotas; era vox populi que el que se iba no volvía nunca más. A veces, en un alarde de crueldad infinita, hasta dejaban que se filtrara el nombre del siguiente, y mi abuelo, en esos casos, se encargaba de infundirle valor hasta el último momento.
—¡Ni se te ocurra darle el gusto a esta panda de cabrones de verte llorar! Échale cojones y míralos fijamente a los ojos, que la imagen de tu rostro les perturbe el sueño mientras vivan.
Por supuesto, no se cortaba un pelo en seguir dando esos ánimos a los reos de muerte incluso delante de los militares que se los llevaban, por lo que recibió innumerables palizas que él aguantó sin parar de insultar a los soldados. Flaco favor le hacía a su causa, a Ramón Orbegozo y a su familia, pero mi abuelo era así: cuando se le hinchaban los cojones, superaban en tamaño a su cerebro. En una de esas somantas perdió la visión de un ojo, que le quedó entrecerrado de por vida.

Fue uno de esos recuerdos indelebles que uno se lleva de la cárcel.

Mientras la guerra azotaba a una España en ruinas, la vida en Ceuta seguía sin más sobresaltos que un par de bombardeos navales y otros dos aéreos, poca cosa para el infierno en el que ardía la Península Ibérica, enzarzada en una lid sin sentido. Mi abuela y sus hijos sobrevivían como podían, y don Ramón Orbegozo subía cada tarde al presidio, para cerciorarse de que su amigo seguiría acompañándole en sus partidas de póquer cuando aquella locura acabara. No se atrevía a visitarlo en su celda, para no dejar más pistas que su rúbrica en la lista de presos. Se moría de ganas de verlo, de escuchar sus bromas y de que lo llamara facha, pero si quería hacer las cosas bien tendría que esperar a dejarlo fuera del registro de reos de forma definitiva.

El único privilegio del que disfrutó mi abuelo durante su estancia en prisión fue un Día de Todos los Santos, y de milagro. Ese día se celebra en Ceuta el *Día de la Mochila*, conmemorando una costumbre que data de los tiempos en los que toda la ciudad no era más que un presidio. Ese día, los familiares de los presos podían llevarles alimentos. Para que el suministro fuera más longevo, solía estar compuesto de frutos secos: avellanas, almendras, nueces, castañas, etcétera. Esa tradición, que sobrevive a nuestros días, permitió que mi abuela visitara a su marido ese 1 de noviembre de 1936. No fue sola, sino acompañada de mi madre, que era una cría de diez años, y de mi tía Beli, a quien llevaba en brazos. Le llevaban comida y tabaco. Sobre todo, tabaco, que era lo que más le gustaba y lo que muchos años más tarde lo llevaría a la tumba.

—Antonio Caliani no puede recibir visitas —informó el brigada de guardia en la puerta, después de consultar una lista—. Son las órdenes, señora, lo siento mucho...

—Hay familiares de otros presos —objetó mi abuela con un hilo de voz—. ¿Por qué no puedo visitar a mi marido? No lo he visto desde que se lo llevaron.

El brigada bajó la voz, cerciorándose de que no le oyera nadie más.

—Debe de ser porque es un hombre listo, señora. ¿Qué quiere que le diga? Yo aquí soy solo un *mandao*...

Entonces, mi madre se echó a llorar. No lo hizo con aspavientos, pero según contaba mi abuela, dos lágrimas gruesas rodaron por sus mejillas.

—Yo quiero ver a mi padre... quiero verlo, por favor, señor.

El llanto de mi madre contagió a mi tía Beli, que se unió a ella en la cascada de lágrimas. El brigada miró a las crías y algo en su interior se removió.

—Déjeme a las niñas —concedió, después de pensárselo unos instantes; cogió a mi tía Beli en brazos y a mi madre de la mano—.

Tengo una hija que tiene más o menos el mismo tiempo que esta. Venga, niñas, vamos con vuestro padre. —Le pasó el hatillo con la comida y el tabaco a mi madre—. Tú, que eres la mayor, le das el paquete, ¿de acuerdo? —El suboficial dirigió una mirada compasiva hacia mi abuela—. Espere aquí, señora, en diez minutos se las traigo de vuelta. ¡Cabo de guardia!

Un jovenzuelo con galones rojos se personó en la puerta.

—Quédate aquí con la señora, hasta que vuelva.

—A sus órdenes, mi brigada.

Y así fue cómo mi madre y mi tía pudieron ver a su padre. Desconozco qué sucedió durante ese encuentro, pero sí sé que ese día, Antonio Caliani lloró por primera vez durante su cautiverio. Mi madre siempre recordó la bondad de aquel brigada de nombre desconocido, y aunque no sepamos quien es, el agradecimiento de nuestra familia siempre le acompañará.

Año y medio después de su cautiverio, un general recién llegado a Ceuta ordenó parar las ejecuciones y juzgar a los presos políticos. Días después, mi abuelo fue liberado. Aunque no salió exento de cargos, el tiempo pasado en el presidio era mayor de lo que le habría caído si lo hubieran juzgado cuando entró. En aquellos momentos le dio igual ese tiempo de condena extra.

Lo importante era regresar a casa.

Pagó sus ideas con algo más que con su tiempo, ya que perdió su puesto de funcionario de Arbitrios. Con iniciativa y tesón, abrió una tienda de comestibles que funcionó hasta después de su muerte y que pasó a ser de mi tío Pedro. Que yo recuerde, estuvo abierta hasta bien avanzados los setenta.

De *El Pelegrina*, el fascista que lo denunció, se cuentan muchas leyendas en Ceuta, todas ellas tenebrosas. Sé que murió de una enfermedad muy dolorosa, y que sus gritos se oían a manzanas de distancia.

Nadie lamentó su muerte.

Ramón Orbegozo y mi abuelo siguieron echando sus partidas de póquer. Seguían metiéndose el uno con el otro, y jamás estuvieron de acuerdo en sus ideas políticas, pero fueron amigos hasta el final, sin importarles si uno era rojo y el otro facha. Mi abuelo solo supo que le debía la vida a Ramón cuando acabó la guerra y la cosa empezó a estabilizarse. Mi familia siempre le estuvo agradecida.

He omitido muchos datos de esta historia, y tal vez algunos no sean exactos, pero he intentado transcribir lo que mi madre y sus hermanas contaban de su padre. Ya veis que no ha habido un dramatismo tremendista, ni un final apoteósico: tan solo he contado las cosas como sucedieron, en un mundo donde no todos eran tan malos como la Historia asegura. Sí que es verdad que hubo monstruos y se

cometieron atrocidades en ambos bandos, le pese a quien le pese.

Pero también es verdad que incluso en el peor de los escenarios, existen buenas personas que lo son por encima de ideales, banderas y convicciones.

Estoy convencido de que mi abuelo y Ramón Orbegozo, el rojo y el facha, estarán echándose unas risas eternas mientras reparten cartas en un lugar donde a nadie le importa el color que cada uno defiende.

Y cuando las nubes vienen negras, me gusta pensar que es la humareda de los cigarrillos de mi abuelo, que fuma a placer en ese lugar donde el tabaco no envenenará sus pulmones nunca más.

EL CIRUJANO

Cuando observo un cuerpo humano, veo ante mí un mapa de vida y muerte. Un plano tridimensional del que conozco hasta el último de sus rincones más recónditos.

Soy médico. Doctor en cirugía y traumatología.

O al menos un día lo fui.

Dediqué buena parte de mi vida a salvar las de otros. La mayoría de mis pacientes llegaban al hospital con un pie aquí y otro en el más allá: atropellos, accidentes de coche, caídas, agresiones... También he extraído balas, unas veces a miembros de las fuerzas del orden y otras a tipos que jugaban en el equipo contrario. En quirófano, la bata, la mascarilla y los guantes de látex te disfrazan de Dios. Cuando tienes a tu merced a un hijo de puta con un tubo metido por la boca y las venas inundadas de anestesia, es fácil cometer un error e impartir justicia de manera impune, aunque sería algo deleznable, una ofensa hacia el juramento hipocrático al que todo médico se debe.

Jamás se me ocurrió hacer algo así durante el tiempo en que ejercí. Fui un profesional intachable, hasta que un acontecimiento funesto, hace siete años, torpedeó la línea de flotación del buque de mi estabilidad mental.

Se llamaba Silvia y aún no había cumplido los ocho. La trajeron con un hilo de vida, destrozada por dentro y por fuera; una carita preciosa coronada por rizos rubios transformada en un amasijo de moretones y heridas. Le faltaban varios dientes, y no porque se le hubieran caído de forma natural. El Ratón Pérez jamás le dejaría dinero bajo la almohada; tampoco volvería a apoyar su cabeza en ella. Los brutales desgarros en sus órganos genitales y las hemorragias internas la mataron antes de que pudiéramos hacer algo para recomponerla.

El *chof* que produjeron mis guantes al caer dentro del cubo de basura sonó a derrota. Había perdido a otros pacientes en el quirófano, pero ella fue especial. La imagen de su sufrimiento cortocircuitó algo en mi mente, y el fantasma de su rostro se tatuó en mi retina. La veía constantemente, incluso con los ojos cerrados. No podía dejar de imaginar cómo habían sido las últimas horas de su vida...

Ella fue mi último paciente.

Después de Silvia, colgué la bata y los guantes de látex.

A partir de entonces, no pude volver a operar.

Mi frustración fue degenerando en odio mortal cada vez que veía por televisión la cara del pederasta que había sesgado la vida de la

pequeña Silvia a tarascadas: un degenerado que, para saciar su apetito infame, había roto una familia en mil pedazos sumiéndola en un pozo de dolor eterno. La policía lo había detenido en la puerta de su casa, y él no había opuesto resistencia. «¡Ayudadme, estoy enfermo!», rogaba a la cámara con lágrimas de falso arrepentimiento. Su rostro de facciones abotagadas, su boca porcina de labios babosos, sus ojos enrojecidos... Lo imaginaba una y otra vez tendido en el quirófano, boca arriba e indefenso...

Y despierto.

Conozco hasta el último rincón del cuerpo humano, y sé dónde habitan los dolores más indescriptibles. Con un bisturí, o con un cúter de euro cincuenta, podría hacerlo gritar hasta suplicarme que lo matara.

Me rebocé en odio y me convertí en un hombre taciturno, enfangado en resentimiento. El hospital tuvo paciencia conmigo, pero pasados unos meses, me sustituyeron por una cirujana con la cabeza en su sitio que podía operar además de dar un diagnóstico. No los culpo en absoluto. Durante la época más profunda de mi depresión, mi esposa no me quitaba ojo de encima mientras veía los informativos en televisión, y mis dos hijos pequeños, a veces, se asustaban. Mi rostro se contraía de rabia ante las noticias más escabrosas. Criminales que entraban por una puerta de la comisaría y salían por otra. Pederastas, secuestradores, maltratadores, asesinos... Conozco la forma de abrirle el tórax a un hijo de puta y mantenerlo vivo durante horas, mientras juego a cambiar sus órganos de sitio. O joderlo por dentro de forma que muera de viejo sin dejar de sufrir dolores atroces de por vida. Día a día, sentía que me ahogaba, que mi odio acabaría conmigo.

Mi psiquiatra me recomendó quemar mi ira con deportes de contacto. Me inscribí en una academia de artes marciales y pronto descubrí que tenía un valor añadido: mis conocimientos de anatomía me permitían saber dónde pegar para causar el mayor daño posible. Añade a eso una caldera de furia interna y obtendrás un luchador temible. Pasé del karate al taekwondo y experimenté con el *kick boxing*, hasta que oí hablar del *jiu-jitsu*.

Para alguien que sabe reparar fracturas y luxaciones, es muy fácil provocarlas.

Me inscribí en un *dojo* regentado por un maestro nativo de Shizuoka. Me convenció su mirada de asesino. Cuando nuestros ojos se cruzaron, él vio una mirada similar en mí.

Seis años después de practicar ese arte a diario, mi cuerpo y mi mente estaban preparados tanto para matar como para sanar, aunque esto último casi se me había olvidado. Cambié de trabajo un año después de dejar la medicina: desde entonces conduzco un taxi. Pasar ocho horas seguidas al volante me abstrae de mis pensamientos. A veces

tengo que subir en mi coche a desconocidos a los que no me importaría rebanarles el cuello solo por su aspecto. Apuesto a que no me equivoco al juzgarlos: la cara es el espejo del alma, y el rostro de muchos de los que nos cruzamos a diario por la calle es un testimonio fehaciente de su maldad. Ojalá pudiera hacer algo para luchar contra ellos y que mis hijos vivieran en un mundo mejor.

Conseguí llevar una vida bastante normal hasta hace seis meses: trabajaba ocho horas diarias, entrenaba en el *dojo* y vuelta a casa. Pero una mañana de miércoles, mientras tomaba café en el bar en el que desayuno desde hace años, volví a ver su rostro porcino en la televisión.

Su nombre completo figuraba en un letrero al pie de la pantalla: José Manuel Ginés Valido. Al parecer, el hijo de puta se había sometido a un tratamiento especial contra *su enfermedad* y su comportamiento en prisión había sido modélico; por supuesto: en la cárcel no hay niñas que violar y asesinar. Enarbolando la bandera de la reinserción y entonando el mantra de las segundas oportunidades, el juez había firmado el tercer grado no sin provocar una fuerte polémica en la calle. En pantalla, un puñado de mujeres se quejaban ante la cámara, indignadas al saber que el depredador andaría suelto de viernes a lunes.

Sentí que me ahogaba.

Y después de mucho tiempo, el rostro magullado de Silvia volvió a dibujarse en el aire, frente a mí.

Dejé el cortado a medias y me fui a casa. A esa hora no había nadie: los niños estaban en clase y mi esposa ganando el triple que yo como directora del departamento de marketing de la empresa de muebles en la que trabajaba desde hacía más de diez años. Busqué en mi armario cosas que tenía condenadas al olvido: un pijama médico de color azul marino, un gorro del mismo color y una mascarilla. Encontré una caja de guantes de látex. Rebuscando en uno de los cajones, di con un antiguo regalo de mi esposa: un maletín de instrumental de acero quirúrgico que jamás había estrenado, ya que siempre usé el material desechable del hospital. Lo abrí y elegí un bisturí cuya hoja venía protegida por una cápsula de plástico. También me eché al bolsillo unos puntos de sutura rapiñados del centro médico, años atrás. Lo metí todo en una bolsa de deporte y la guardé en el maletero del taxi. Tomé aire y encendí la luz verde. Aún era miércoles.

El viernes por la tarde me lo iba a tomar libre.

Conocía el portal donde él vivía con su esposa e hijos, y recé para que volviera allí una vez lo soltaran. Al principio de mi depresión, cuando más obsesionado estuve con ese cabrón, conseguí averiguar su dirección, los bares que frecuentaba, el nombre de los pocos amigos que aún se esforzaban por defenderle...

Todo.

Ese viernes aparqué cerca de su casa. Serían alrededor de las cuatro de la tarde. Tuve que esperar tres horas hasta que apareció. Se había dejado barba y estaba más delgado, pero no tuve duda alguna de que era él. Mi corazón se desbocó, y el odio cabalgó mi adrenalina. Caminaba solo, con una mochila a la espalda, como un peregrino que llega al santuario de destino. Se metió en el portal y esperé hasta media noche. A esa hora, decidí irme a casa. Cuando llegué no encontré a nadie despierto para recibirme. Ni siquiera molesté a mi esposa. Me tumbé en el sofá y allí me quedé dormido.

Al día siguiente reanudé mi vigilancia, al estilo de esos detectives barrigones y bigotudos de las películas americanas. Después de una jornada interminable, mi paciencia dio sus frutos poco después de anochecer. Salió de su portal con las manos en los bolsillos y caminando a pasos cortos y rápidos. El universo conspiró a mi favor: la calle estaba desierta y el barrio mal iluminado. El muy iluso llevaba puesta una gorra y unas gafas de sol a pesar de ser de noche, como si así pudiera proteger su anonimato. Me puse un par de guantes, salí del coche y me fui detrás de él. Ahora sé correr sin hacer ruido, y Ginés solo se dio cuenta de mi presencia cuando estuve encima de él.

Rodeé su garganta con el brazo izquierdo, con el derecho oprimí su nuca desde atrás y apliqué presión sin piedad. La llave se llama *hadaka-jime*. Aunque lo intentó, fue incapaz de gritar. *Cara de cochino* quedó inconsciente en menos de ocho segundos. Pasé su brazo sobre mi hombro y enseguida nos transformamos en un par de borrachos de barrio marginal. Nos cruzamos con una pareja muy joven que nos miró de reojo para luego soltar una risita. Para ellos, éramos un par de puretas pasados de priva, nada más.

Lo dejé en el asiento trasero e inmovilicé sus muñecas y tobillos con bridas de plástico que pasé previamente por los reposabrazos de las puertas. No podría moverse, aunque despertara.

Mi siguiente misión era buscar un quirófano.

Tomé la primera salida que encontré y dejé la ciudad atrás, rumbo a la fábrica abandonada del primo de mi esposa. Hace años que la cerraron, pero las farolas que alumbran sus aledaños siguen encendidas por obra y gracia del consistorio del pueblo al que pertenece. Respeté los límites de velocidad en todo momento, para evitar que la policía me parase y me pillara con el paquete a bordo. Enfilé una salida a la derecha y tomé la carretera comarcal que conecta con la pista de cemento que lleva hasta el edificio. Como ya había constatado noches atrás, el aparcamiento abandonado estaba bien iluminado y tan desierto como la noria de Chernóbil. Miré a uno y otro lado hasta asegurarme de que no había moros en la costa: una parejita de amantes o un *yonki* anacoreta podrían dar al traste con mis

planes.
El suelo del aparcamiento era un colchón de preservativos usados, jeringuillas oxidadas, latas aplastadas, cartones, papeles y colillas. Un quirófano perfecto para mi paciente, a quien tuve que dejar inconsciente dos veces más antes de prepararlo todo para la intervención.

Cuando por fin despertó, sus ojos se desorbitaron al encontrar sus manos atadas a una de las farolas. Al verme, su rostro se frunció en una mueca de sorpresa. Yo iba vestido de médico de la cabeza a los pies, gorro y mascarilla incluidos. Intentó decirme algo, pero no lo consiguió. Solo entonces se dio cuenta de que le había cosido los labios con puntos de sutura. Los ingleses tienen un vocablo para definir el sonido que emitió: *humming*. Los diccionarios lo traducen como tarareo, canturreo, zumbido... No es una definición precisa. Aquello parecía una eme eterna, una banda sonora apropiada para el momento en el que le enseñé el bisturí con el que le cortaría la polla y los huevos.
Empezó a patalear como un poseso, cosa que yo ya tenía prevista. Después de siete años dando patadas a diario, mis pies son martillos de demolición. Sentí un placer inenarrable al romperle las rodillas y aplastarle los tobillos. Por un momento, pensé que se desgarraría los labios suturados intentando gritar. Sería una herida atroz, pero más lo fue la de la pequeña vagina de Silvia destrozada por la polla de ese monstruo. Su recuerdo hizo que me ensañara aún más con sus extremidades inferiores, cuyos huesos dejé reducidos a astillas.
Por desgracia, el cabrón perdió el conocimiento y no estuvo consciente en los mejores momentos de la operación.
No narraré los detalles, porque solo quienes estamos acostumbrados a ver de cerca cuerpos abiertos en canal somos capaces de soportarlo, pero no hubo un solo policía de los que participaron en el hallazgo del cadáver de José Manuel Ginés Valido que no vomitara. El hecho de tener los labios suturados fue lo de menos. La polla y los huevos cosidos a su frente fue algo mucho más impresionante, así como las guirnaldas con las que adorné sus brazos, confeccionadas con sus intestinos. He de reconocer que el olor a sangre y mierda era repugnante.

Un final asqueroso para un cerdo.

No creáis que la policía se tomó muchas molestias en investigar el caso. La mayor parte de la sociedad aplaudió al psicópata que había dado su merecido al asesino de Silvia Monegros. Los días se convirtieron en semanas, y el tema se olvidó. Ni siquiera la exmujer de Ginés reclamó justicia. Seguro que ella también lo sufría en su casa.

Caso cerrado.

Pero he de reconocer que esto engancha. Yo mismo he confeccionado

una mascarilla con la sonrisa de una calavera; he teñido mi gorro y mi pijama de médico de negro. Sobre este atuendo, llevo una gabardina de plástico, también negra, hasta los pies. Sigo utilizando el mismo bisturí, y los cortes con los que siego vidas son cada vez más precisos y mortales. Estoy volviendo a coger práctica. La policía y la prensa me han bautizado con un nombre muy obvio: el Cirujano. Y nadie sospecha de un taxista que habla con sus clientes de fútbol y de lo que se ahorra en combustible con su nuevo Prius.

Hasta ahora he tenido suerte, y eso que me han pillado en varias ocasiones ajusticiando a alguien. Nunca a un inocente, siempre a un criminal abyecto, a alguien que sobra en esta sociedad, alguien cuya ausencia vale más que su presencia. He cruzado miradas con testigos. Cuando eso sucede, yo me llevo el índice a la sonrisa de calavera de mi máscara, y ellos me responden con el mismo gesto. Es como un código. Cuando la policía habla de mí en televisión, los espectadores que rodean la escena colocan un dedo en sus labios y piden silencio.

Poco a poco, se está convirtiendo en algo popular.

Nadie me graba con su teléfono móvil.

Hace tres días, una pareja de policías me vio abrir en canal al capo principal de un clan de trata de blancas. Pensé que mis días de justiciero habían llegado a su fin. En cambio, ambos se llevaron el índice a los labios, dieron media vuelta y se marcharon.

Esta es mi historia, al menos hasta hoy. Una historia que seguiré escribiendo con sangre, a punta de bisturí.

Y lo siento mucho, pero tengo que dejaros.

Hay un vendedor de droga adulterada al que tengo que operar.

PÁNICO EN EL CAJERO

(Basado en hechos reales, en cajeros más antiguos que los que tenemos hoy)

Sacar dinero de un cajero automático no es difícil, siempre y cuando tengas saldo en tu cuenta. En el fondo, es algo bastante primario: lo apuñalamos con nuestra tarjeta de plástico y él sangra billetes. Si queremos, hasta podemos obligarle a vomitar un recibo en el que nos informará del contenido de nuestras arcas virtuales.

Todo un adelanto.

Cuando hacemos uso de la tarjeta en nuestro cajero de siempre, el que nos queda cerca de casa, el proceso es rutinario. Porque sí, amigos, todos tenemos nuestro cajero de confianza, con el que hemos forjado ciertos lazos afectivos a pesar de ser un ingenio electrónico. En cambio, cuando tenemos que sacar dinero a horas tardías o en otro cajero diferente, este sencillo procedimiento se torna en aventura y nuestras pulsaciones se disparan. Nuestro cerebro los capta entonces como trampas mortales y sentimos en nuestras carnes el agridulce hormigueo del peligro.

Por supuesto, desconfiamos de los cajeros que están a pie de calle. Cuando operamos en uno de estos, el ojo del culo es capaz de identificar posibles amenazas —todas ellas imaginarias— que nos convierten en El Objetivo. Por desgracia, como solemos llevar puestos los pantalones, esa cámara de seguridad biológica no sirve para nada (de hecho, nunca se ha podido demostrar su existencia a cuenta de este detalle tan nimio).

Comienzas a mirar compulsivamente a un lado y a otro, con un rictus de *pringao* que provoca que hasta el cura del barrio se plantee la posibilidad de darte el palo. Como haya un delincuente por los alrededores estás listo, porque tu cara pide a gritos que te atraquen y tus poros exudan un miedo que se huele a un kilómetro a la redonda. Es por ello por lo que normalmente desechamos este tipo de cajeros y optamos por los que están emplazados en los vestíbulos de las sucursales bancarias. Y si es de esos en los que puedes encerrarte por dentro, mucho mejor.

Pero en este tipo de cajeros existe otro problema: a veces están habitados. Llegas con tu tarjeta y te tropiezas con un mendigo empadronado allí, entre cartones y bolsas del Mercadona. Eso si tienes suerte, porque a veces encuentras una pareja de yonkis desdentados que te miran como si acabaras de colarte por la ventana de su salón. Si te toca un morador de cajero simpático, te abre como si fuera el

mayordomo y te ofrece su cartón de Don Simón (o la jeringuilla, si son yonkis con *savoir faire*) como quien te alarga un Chivas Regal en vaso de Bohemia. En cambio, como te toque uno chungo y atrincherado, te hace un corte de mangas desde detrás de los cristales y no te abre.

Pero hay algo peor que el riesgo de un atraco callejero y tener que bregar con los inquilinos del vestíbulo del banco, y es cuando aparece una anciana que se enfrenta al cajero automático como el homínido al monolito de «2001, una odisea en el espacio».

Lo primero que te pierde es la caridad, y cuando ves aparecer a la anciana, te acuerdas de tu abuela —o de tu madre, si ya tienes cierta edad— y le cedes *la vez* en el cajero. Craso error, la has cagado. Desde su tumba, Murphy pone los engranajes de su ley en movimiento.

Por lo pronto, la tarjeta tiembla en la mano de la vieja como si intentara ensartar a Alatriste con un florete, y compruebas que necesitará una mira telescópica para introducirla por la ranura. Al final lo consigue, pero, por supuesto, al revés. Al cajero le provoca una arcada que hace que sus luces parpadeen como un *pinball* a punto de premiarte con una partida gratis. Hay cuatro posiciones posibles para introducir una tarjeta de crédito en el cajero: ella acertará a la cuarta, provocando unos parones en el sistema que amenazarán con su reinicio. De hecho, la pantalla polícroma táctil sufre una regresión y se transforma, durante una centésima de segundo, en un monitor de fósforo verde que hace que tus dioptrías te suban un 0,25. La vieja se vuelve, te sonríe, y suelta esa frase mítica que las convierte en un ente invulnerable.

—Es que no me he traído las gafas...

Creo que eso fue lo mismo que dijo el piloto del avión que bombardeó con napalm a los suyos en la Colina de la Hamburguesa en Vietnam, en 1969. Decides tener paciencia y le devuelves la sonrisa. Si comienza a formarse cola detrás de ti, la ruina ya gravita sobre tu cabeza, porque tú has colado a la vieja y eres responsable subsidiario de sus actos.

La buena señora se enfrenta ahora al teclado y gira en el aire un dedo deformado por la artritis, dotado de una uña capaz de arañar el blindaje de un tanque Leopard. Sospechas que va a marcar un número a voleo, y antes de que meta la pata, le preguntas.

—Señora, perdone, pero... ¿sabe usted su número secreto?

Ella te mira agradecida y, en su inocencia, le falta un megáfono para pregonar su clave a gritos. Aún no lo sabes, pero te has hundido hasta el pecho en las arenas movedizas, y no está Tarzán por los aledaños para que te alcance una liana.

—Claro, la fecha de nacimiento de mi Rosi —te dice, cediéndote el sitio para que tú te encargues de todo—. No sé porqué puse esa, en vez de la de mi Chari, que esa sí que es buena, no la Rosi, que ni se

pasa por casa a verme. Es que se casó con un hombre que tiene mu poca vergüenza —te explica, tratando de ponerte al día y de que empatices con ella más de lo que ya lo haces—. *Er Migué*, que yo creo que no solo bebe, sino que también le gustan los porros.

Te ha soltado el rollo familiar pero no el número secreto. Cuando se lo preguntas, su respuesta es para aplaudir.

—No me acuerdo —te responde, con la mayor naturalidad del mundo; tú sientes que tus esfínteres están al borde de una relajación catastrófica. Por fortuna, un milagro hace que su disco duro procese —. ¡Ah, sí! Veinticinco de mayo de mil novecientos sesenta y uno.

Comienzas a pasar mentalmente las palabras a números y compruebas, con desasosiego, que son demasiados para la clave. Decides apostar a las cuatro últimas cifras, pero antes solicitas confirmación a la anciana.

—¿Solo el año, verdad?

—El de mi hija Rosi, la mala —te recuerda.

—¿Mil novecientos sesenta y uno?

—Veinticinco de mayo de mil novecientos sesenta y uno —te repite, casi recitando.

Pulsas 1961 con el mismo miedo que sentirías si estuvieras desactivando un explosivo, y recuperas la fe en Dios cuando el cajero pasa a la siguiente pantalla. Te sientes como un crío que acaba de matar al jefe final del *Super Mario Bros*.

—¿El resto ya puede hacerlo sola? —preguntas, tratando de desvincularte.

—Muy agradecida, hijo. Si le necesito otra vez, se lo digo —amenaza.

La vieja se tumba literalmente encima del cajero y mete la cabeza en el monitor. Entonces descubre, gracias a su nariz, que además de los botones metálicos también funcionan los de la pantalla. Como ya te considera de la familia, decide informarte de su descubrimiento, no vaya a ser que tú no lo sepas.

—¡Esto está muy bien para las personas mayores! —comenta, ufana—. Voy a ver cuánto dinero me queda.

Yo tengo una teoría matemática cuyo enunciado es el siguiente: el tiempo invertido en un cajero automático es inversamente proporcional al saldo de la cuenta del cliente. Es triste, pero es así. Alguien con pasta llega, usa la tarjeta, teclea la clave, luego el importe, recoge sus billetes y se va con viento fresco. Invierte unos veinte o treinta segundos en todo el proceso.

El tieso no.

El tieso mira la tarjeta con recelo, comprueba el saldo, se lo piensa, reintroduce la tarjeta por si el banco se ha equivocado o quiere engañarlo —la desconfianza es la bandera del ignorante—, vuelve a pedir el saldo por escrito, no puede leerlo porque en el banco no han

cambiado la tinta de la impresora desde tiempos de las pesetas, intenta sacar más de lo que tiene en la cuenta y al final tarda quince minutos en recuperar los diez euros que le quedan hasta final de mes.
La pobre anciana anda peor de dinero que de rodillas, por lo que empieza a ejecutar, uno por uno, todos los pasos del teorema arriba descrito, pero con una lentitud exasperante, fruto de la edad y el desconocimiento. Comienzas a plantearte seriamente aplicarle la eutanasia de un cogotazo piadoso, pero como en el fondo eres buena persona —y hay cámaras de seguridad—, todo queda en un mal pensamiento que jamás osarás verbalizas.
Mientras imaginas varias formas diferentes de asesinar a la vieja sin que sufra demasiado, te has despistado y no has visto que ha sacado la tarjeta y la ha vuelto a meter, pero esta vez ha marcado la clave como si rellenara un boleto de la Primitiva. Es entonces cuando te hace partícipe de otra noticia nefasta.
—¡Muchacho, que este cacharro me se ha tragao la tarjeta!
Eres ruin, pero te alegras de su desgracia. Se lo merece. Le explicas a la señora que ya no se puede hacer nada hasta el día siguiente, en horario de oficina. Pero no cuentas con que la vieja tiene un plan B. Mete la mano en el bolso, y saca algo que hace que el color abandone tu rostro.
La libreta de ahorros, que ella llama, con orgullo, La Cartilla.
Antes de que te des cuenta, ha metido la libreta cerrada y de lado, atascando hasta el colapso los rodillos del cajero, que pide a gritos que alguien lo desconecte definitivamente y lo arroje al vertedero. Cuando intentas sacar La Cartilla, te das cuenta de que sólo conseguirás contracturarte hasta el alma antes de darte por vencido. Hará falta una cuadrilla de técnicos para liberarla de allí: la ha transformado en el Excalibur de las cartillas. De un tirón que te hace crujir las treinta y tres vértebras de tu columna, la recuperas, arrugada y medio rota, como si fuera un kleenex usado. Desesperado, te das por vencido y le preguntas cuánto dinero necesita.
—Veinte euros, nada más —te dice, con carita de pena—. Son para el bingo, que he quedado con unas amigas, que también son pensionistas como yo.
Decides hacer esa buena obra que tienes pendiente desde hace tiempo. Sin que ella te vea, metes tu propia tarjeta y sacas ciento cincuenta euros. Le devuelves La Cartilla y un billete de cincuenta.
—Ha tenido suerte, señora. —Ella abre mucho los ojos al ver el billete marrón—. Le ha tocado un premio y le han dado treinta euros más. ¡Enhorabuena!
Tal y como se lo das, ella te devuelve La Cartilla con cara de felicidad.
—¡Ah, pues saque usted otros veinte, a ver si tengo suerte otra vez!
Ella se queda pasmada cuando te ve huir corriendo, calle abajo. Luego

les contará a sus colegas ludópatas que un muchacho muy amable —pero muy raro— la ha ayudado en su pelea contra el cajero automático.

—¡Y me tocó la especial! —le restregará a sus amigas, con recochineo, meneando el billete de cincuenta euros delante de sus narices.

Mientras tanto tú, muy lejos de allí, te gastas tus cien euros en whisky.

No es para menos.

EL ÚNICO ESPECTADOR

Soy el único espectador del día del Fin del Mundo.

El meteorito arrasa nuestro planeta con una gigantesca ola de fuego, y borra de la faz de la Tierra hasta el último vestigio de vida. Dedico una última mirada de nostalgia a lo que fue mi hogar a través del ojo de buey de la Estación Espacial Internacional.

Solo quedo yo.

Mis compañeros no fueron tan valientes, y todos mordieron sus cápsulas de cianuro para emergencias. Parecen dormidos, en el módulo de al lado.

Mientras apago los interruptores del soporte vital, me pregunto, entre lágrimas, si es verdad que Dios existe.

LA DAMA DEL ESTRECHO

Recuerdo el día en que compré mi primer barco, hace ocho años.

Era verano, el sol aún no había llegado a su apogeo y los dos mares que bañan Ceuta estaban como balsas de aceite. Mi nuevo y preciado tesoro, una Swift Craft Española de quinta mano, tenía poco más de cuatro metros, algo menos de treinta años, y suficientes mejillones bajo el casco para surtir a una cadena de hipermercados. Lo más moderno era el motor, un Evinrude fueraborda lo bastante potente como para permitirme navegar a doce millas de mi puerto base, que era lo que mi licencia básica me permitía. Era un cascarón de mala muerte, pero era mío. Lo primero que hice fue rebautizarlo: Atlantis. Un nombre demasiado pretencioso para aquel chinchorro de fibra de vidrio adquirido a precio de saldo.

El Atlantis amarraba en los pantalanes más cercanos a las instalaciones del Club Náutico, donde duermen las embarcaciones más pequeñas. A estribor, compartía pantalán con una lancha de cabina alta y diseño anticuado, más o menos del tamaño de mi barco. Se llamaba La Dama del Estrecho y, a diferencia del Atlantis, sus metales relucían, su bañera se veía inmaculada y su pintura impoluta. Era como si hasta las gaviotas, las terroristas del mar, respetaran su cubierta y eligieran a los demás barcos del muelle para soltar sus regalitos.

—El dueño de La Dama es un señor mayor —me explicó Larbi, uno de los trabajadores del varadero, mientras desincrustaba los añejos mejillones del casco del Atlantis con ayuda de un rascador—, un hombre educado y agradable. Viene casi a diario a limpiar el barco, pero nunca lo saca al mar. Se llama Sebastián Meneses.

—Pues he estado por aquí estos últimos días y no lo he visto —observé.

Larbi bajó la voz, como si alguien más pudiera oírnos en el pantalán desierto.

—Su mujer padece una enfermedad crónica. Cuando empeora, él se queda en casa, cuidándola. Será por eso por lo que no ha venido estos días.

Mi primera semana como patrón del Atlantis la pasé en tierra, acondicionándolo lo mejor posible antes de devolverlo al mar. Una tarde, nada más llegar al atraque, vi movimiento en La Dama del Estrecho. No dudé en acercarme a echar un vistazo. Allí estaba Sebastián, un hombre que rondaba los setenta, de baja estatura y piel morena, tocado con una gorra de visera que le proporcionaba aires de

viejo lobo de mar.
—¿El señor Sebastián Meneses? —Él asintió y esbozó una sonrisa—. Soy Fernando Téllez, el dueño del Atlantis, el barco que amarra a babor del suyo.
—¡Ah! Le cambió usted el nombre a la vieja "Camboria"…
—Sí. Jamás me sentiría cómodo pilotando un barco con ese nombre.
—Tiene toda la razón. —Sebastián se echó a reír—. ¿Dónde está ahora?
—En el varadero. Trato de ponerlo a punto. Hace años que está dejado de la mano de Dios.
—Hace usted bien. ¿Me permite que lo acompañe y le eche un vistazo? Tengo ganas de ver cómo está quedando. No se ofenda, pero ese barco era la peor ruina del muelle.
No sólo no me ofendí, sino que acepté encantado. Sebastián me cayó bien desde el principio. El Atlantis, en ese momento, estaba en tierra, sobre un remolque, preparado para recibir su primera mano de pintura en mucho tiempo. Sebastián lo inspeccionó de arriba abajo. Luego, con una agilidad inesperada para alguien de su edad, saltó a la bañera.
—Este barco tiene sus añitos, pero todavía le queda mucha guerra que dar —el viejo suspiró—. ¡Quien pudiera salir de nuevo a navegar…!
—¿Por qué no lo hace? La Dama del Estrecho se ve impecable.
—Mi mujer tiene esclerosis múltiple —reveló Sebastián—. Hace tres años que está en silla de ruedas y necesita cuidados constantes. De hecho, tengo contratadas a dos cuidadoras que la atienden veinticuatro horas al día. Qué quieres que te diga… yo estoy mayor para eso, y nunca se me dio bien.
»Mi esposa lo pasaba fatal cuando salía a navegar solo, así que un día le prometí no hacerlo más. —Sebastián se encogió de hombros, resignado—. Bastante tiene con su enfermedad para tener que padecer por mí, así que desde entonces me limito a cuidar de la Dama del Estrecho sin sacarla del muelle. Soy un hombre de palabra, siempre cumplo mis promesas.
En ese preciso instante, se me ocurrió una idea salomónica.
—Así que usted no sale a navegar solo porque se lo prometió a su esposa…
—Eso mismo.
—Pero usted no le prometió no salir nunca más a navegar…
Sebastián frunció el entrecejo y me dedicó una mirada divertida.
—¿Adónde quieres llegar?
—Mire, soy un novato en esto de la mar. Siempre tuve el capricho de tener un barco, aprobé el examen de patrón de navegación básica y me compré este cascarón. Me sentiría más seguro si alguien con experiencia me acompañara.

—¿Te refieres a mí? ¿Quieres que te acompañe?
—Siempre y cuando no interfiera con su promesa. Técnicamente, ni va a navegar solo ni va a sacar a la Dama del muelle…
Sebastián soltó una carcajada.
—Una pregunta, ¿eres abogado?
—¡Bingo! Me ha pillado…
—Abogado y pirata: buena combinación. Enhorabuena. Ya tienes marinero.
Sellamos nuestro pacto con un apretón de manos, y cuatro días después boté el Atlantis. Surcamos las aguas del puerto de Ceuta muy despacio. Sebastián me daba indicaciones y me corregía a cada rato, transmitiéndome poco a poco sus conocimientos. Me proporcionaba tranquilidad, además de amenizar los paseos con su charla. Nos hacíamos a la mar viernes, sábados y domingos. No fallábamos, a no ser que la esposa de Sebastián tuviera un mal día, en cuyo caso yo también me quedaba en tierra. Un día cruzábamos el foso y bordeábamos el Monte Hacho, atacándolo desde la bahía sur; otras veces, nos alejábamos de la bocana del puerto, internándonos en el Estrecho de Gibraltar, saltando sobre las olas y sobrepasando, en muchas ocasiones, el límite de las doce millas náuticas que medía la frontera invisible que me retenía en las inmediaciones de Ceuta.
Pasaron los años, y Sebastián se convirtió en algo parecido a un segundo padre para mí. Durante ese tiempo me eché novia: una hermosa cordobesa que desembocó en Ceuta de la mano de la entidad bancaria en la que trabajaba como interventora. Aunque no era demasiado amante del mar abierto —que sí de la playa y los bronceadores—, a veces nos acompañaba a Sebastián y a mí en nuestras incursiones marítimas. Nunca puso objeción alguna a nuestros paseos, aunque ella tuviera que quedarse en casa leyendo un libro hasta que yo llegara a recogerla tras la puesta de sol. Sara, que así se llama la que hoy es mi esposa, es una maravilla de mujer. Una auténtica bendición.
Pero no todo era felicidad. Lenta, pero inexorablemente, la esposa de Sebastián empeoraba. Era evidente que la enfermedad la estaba matando. Justo después de una crisis que la mantuvo dos semanas en el hospital, Sebastián y yo salimos a navegar por el Estrecho provistos de cervezas suficientes como para dejar sin conocimiento a una bandera de la Legión. Ese día bebimos más de la cuenta, aprovechándonos de que aún no hay controles de alcoholemia en el mar. El día que los pongan, os vais a sorprender. Era un día de poniente calmo, y navegamos despacio, disfrutando del paseo. Gibraltar, el gigante pétreo, nos contemplaba con insolencia; detrás de nosotros, las costas africanas yacían tranquilas, bajo un sol reconfortante.

—Fernando, mi mujer se muere —me dijo—. Le queda poco tiempo…
No tuve fuerzas para negar la evidencia, y menos aún con la borrachera que llevaba.
—A todos nos llega la hora, Sebastián. La verdad, para estar como está, lo mejor es que descanse de una vez…
—A mí también me queda poco. ¿Cuánto más puedo vivir? ¿Ocho, diez, doce años más? A la velocidad con la que pasan los días, estaré muerto antes de que me dé cuenta...
—Me estás asustando, viejo. ¿Qué intentas decirme?
Sebastián dio un trago a su lata de cerveza y clavó sus ojos en los míos.
—Hay otra opción distinta a morir de enfermedad o de vejez en tierra: ofrecer nuestras almas a la Dama del Estrecho…
Ahora sí que no entendía nada. Aquella conversación de borrachos estaba tomando un cariz metafísico que escapaba a mi entendimiento.
—No estarás hablando de suicidio, ¿verdad?
—¿Quién habla de suicidarse? —Sebastián sonó ofendido—. ¿Sabes por qué mi barco se llama la Dama del Estrecho?
Me encogí de hombros.
—¿Porque no se te ocurrió otro nombre más cursi que ese?
—Cuenta una vieja leyenda que en estas aguas habita un espíritu con forma de mujer. Una antigua reina atlante, conocida como la Dama del Estrecho. Si le entregas tu alma, ella te convierte en uno de sus súbditos, permitiéndote vivir eternamente en su reino…
—Joder, Sebastián, la próxima vez traeré cervezas cero-cero para ti. ¿Quién te contó esa patraña?
Sebastián fingió no haberme oído.
—¿Quieres ver algo interesante? —me preguntó.
Se puso de pie, se llevó las manos a la boca y silbó una melodía cuyas notas se elevaron en un extraño crescendo. Si aquel momento me pareció aún más surrealista que la conversación previa, lo que sucedió a continuación estuvo a punto de hacer que me desmayara.

Decenas, tal vez cientos de delfines, comenzaron a seguir al barco, dando saltos fuera del agua, como si respondieran a la canción del Sebastián.
—No me lo puedo creer… ¿cómo has hecho eso?
Paré el Atlantis y miré a nuestro alrededor. Los delfines asomaron sus cabezas, canturrearon en su idioma y uno tras otro desaparecieron de nuestra vista, sumergiéndose en las aguas del Estrecho de Gibraltar.
Sebastián no pronunció palabra. Una lágrima solitaria se deslizó por una arruga de su rostro.
—Volvamos a tierra —pidió—. Tienes razón, creo que hemos bebido demasiado.
La travesía de regreso fue una procesión de silencio. Sebastián se

recostó en el asiento de popa y bebió los últimos sorbos de su lata. Estuve a punto de rozar a los demás barcos cuando entré en el puerto deportivo, y tuve que ayudarme del bichero para acabar la maniobra de amarre. De pie en el pantalán, Sebastián elevó la vista al cielo.
—Esta noche empeorará el tiempo —predijo—. Mañana no podremos navegar…
—Mañana será mejor que lo dediquemos a campear la resaca. Sara me va a matar cuando me vea llegar en este estado.
Sebastián soltó una risa triste.
—Ojalá mi esposa tuviera fuerzas para echarme una buena bronca. Te juro que las echo de menos.
Y dicho esto, el viejo se me abrazó con fuerza. Sentí un nudo en la garganta. Aquel abrazo no era normal. Era demasiado intenso, como de despedida.
—Cuídate mucho, Fernando. ¿Me lo prometes?
—¿Quieres que te lleve a casa en coche?
—No, me vendrá bien un paseo.
Sebastián caminó los pocos pasos que separaban el pantalán del muelle, desapareciendo tras la fila de coches aparcados en batería. A solas, quité importancia a la absurda leyenda del fantasma marino y a la sorprendente aparición de los delfines. Estaba claro que estos habían acudido atraídos por el silbido del viejo. Un reclamo acústico, nada más. Me dije que el alcohol había magnificado la escena, y me sentí culpable por haber inducido a un anciano a beber a ritmo de treintañero. Yo tampoco cogí el coche. No me sentía en condiciones de conducir hasta casa. Tomé un taxi, preparándome para una bronca de Sara que nunca llegó. Es más, incluso le pareció muy divertida mi borrachera: *¡Vaya dos marineros de agua dulce que estáis hechos! Acuéstate y mañana será otro día. Voy a llamar a Sebastián, a ver cómo ha llegado.* Para mi tranquilidad, fue él quien descolgó el teléfono.
—No te preocupes, preciosa, estoy bien. Gracias por llamar, y que Dios te bendiga.
Así fue como se despidió de Sara.
Al día siguiente, mi teléfono móvil sonó poco después de las siete de la mañana. Entre las legañas y el dolor de cabeza, comprobé que era Larbi quien me llamaba desde el Club Náutico. Parecía muy alterado.
—¡Fernando! ¿Dónde estás? ¿Está Sebastián contigo?
—Estoy en casa. Y no, Sebastián no está conmigo. ¿Por qué me lo preguntas?
—La Dama del Estrecho no está en el muelle. Pensé que estabas con él… ¿Cómo se le ha ocurrido salir precisamente hoy? El puerto está cerrado. ¡Hay un levante horrible!
De repente, me sentí despierto del todo.
—¿Cómo que la Dama del Estrecho no está?

—Lo que oyes, no está.
—¿Has avisado a Control Marítimo?
—Todavía no. Joder, Fernando, ¿qué hacemos?
—Avisa a Control Marítimo y a la Comandancia de Marina. Voy para allá.
Por fortuna, Sara no estaba en casa. Descubrí una nota pegada en el espejo del cuarto de baño: *Me voy a correr. Descansa. Un beso, Sara*. Me puse lo primero que pillé en el armario y salí a toda velocidad. Por suerte, la parada más próxima a casa estaba a rebosar de taxis.
—Al muelle deportivo, por favor.
Al pasar por el parking del Poblado Marinero, vi el coche de Sebastián estacionado en un lugar diferente al que ocupaba el día anterior, señal de que lo había movido. Cuando llegué al muelle, descubrí a Larbi teléfono en mano, dando vueltas por el pantalán como si tuviera ortigas en los calzoncillos. En cuanto me vio, corrió a mi encuentro.
—He hablado con Control Marítimo. Con estas olas, una embarcación del tamaño de la Dama del Estrecho no devuelve eco en el radar. Han alertado a la Guardia Civil, pero está jodida la cosa…
Maldije a Sebastián y a la Dama misteriosa que sólo habitaba en la mente de un anciano quizá ya tocado por el dedo infecto de la demencia senil. Sin decir palabra, salté a bordo del Atlantis. Larbi, sin terminar de creerse lo que estaba viendo, intentó detenerme a gritos.
—¡Ni se te ocurra, Fernando! ¡El puerto está cerrado! ¡Salir con esta mar es un suicidio!
Un suicidio. El condenado Sebastián lo había anunciado el día anterior, y yo no lo había tomado en serio. En ese momento, me sentí responsable de su suerte.
—Iré con cuidado —prometí, no demasiado seguro de que pudiera cumplir la promesa—. Insiste a la Guardia Civil, llama a Comandancia, haz todo lo que se te ocurra… me voy a buscar a ese loco.
—¡El que está loco eres tú! ¡Vas a morir ahí afuera!
Impedí que Larbi subiera al barco, encendí el motor y salí del muelle a más velocidad que de costumbre, rumbo a la bocana, que ahora era la versión líquida de las puertas del infierno. La poca gente que había a esa hora en el puerto señalaba al Atlantis a su paso. Un guardia portuario usó su silbato para llamar mi atención, pero no le hice caso.

Si querían detenerme, tendrían que dispararme.

En cuanto abandoné la protección del puerto, el oleaje azotó al Atlantis con fuerza. Por suerte, recordaba la zona donde habíamos asistido a la coral de delfines el día anterior. Nunca había navegado con el mar así, pero pronto aprendí cómo encarar las olas. A veces, parecían terroríficas paredes de agua gris, que el Atlantis siempre acababa remontando de forma milagrosa. Me alejé de la costa,

escudriñando el horizonte con los ojos entornados, en busca de la obra muerta del barco de Sebastián. Por ahora, me sentía capaz de manejar la situación, pero si el levante iba a más…

Con una mano en el timón y otra en el micrófono de la radio, llamé a la Dama del Estrecho una y otra vez. Algún que otro radioaficionado entraba en el canal y me recomendaba que regresara a tierra de inmediato. Estaciones terrestres me informaban de que el único barco que se veía en la costa era el mío, y algunos se tomaban la libertad, con razón, de llamarme idiota. Cuando la Guardia Civil asaltó las ondas ordenándome que regresara a puerto, decidí apagar la radio. No iba a dejar a Sebastián solo en el jacuzzi gigante en que se había convertido el Estrecho de Gibraltar.

Navegué durante treinta minutos tiritando. Mi ropa estaba empapada, y el aire corría frío a esa hora de la mañana. Cada vez estaba más lejos de la costa. El chaleco salvavidas comenzaba a hacerme una rozadura en las axilas, pero no era momento de quejarse. Tenía una misión que cumplir.

Y de repente, a lo lejos, se recortó la inconfundible silueta de la Dama del Estrecho mecida por el temporal. Por la forma en la que se movía, iba a la deriva. Enfilé proa hacia ella, rezando para no tomar mal una ola y acabar nadando en el mar embravecido. Una milla, unos centenares de metros, unas decenas… La Dama aparecía y desaparecía tras las olas que, para mi preocupación, eran cada vez más altas y feroces. El mar me echaba un pulso, y yo estaba resultando ser un rival duro de pelar.

Por fin llegué a su altura y pude divisar la bañera. Dentro de ésta, una silla de ruedas rodaba libre, chocando con las mamparas. La reconocí enseguida. Era la Sunrise Medical de la esposa de Sebastián. No había señales de vida a bordo. Y de repente, una ola me pilló a traición.

El Atlantis volcó, lanzándome a las aguas del Estrecho, donde quedé flotando gracias al chaleco salvavidas, juguete de la furia del mar. Mi barco, boca abajo, pasó a pocos centímetros de mí. Intenté agarrarme a él, sin éxito, y vi cómo una segunda ola nos separaba para siempre. Me encontraba al menos a tres millas de las costas de Ceuta, y con el mar como estaba, acabaría sabe Dios dónde…

Fue entonces cuando los vi aparecer en la cresta de una ola, como dos surfistas grises. Eran dos delfines de gran tamaño que se acercaban a la velocidad de un torpedo. Uno de ellos sujetó la correa de mi chaleco salvavidas con los dientes, tirando de mí. El otro me empujó con el morro, hasta que pude agarrarme a la aleta dorsal del que sujetaba el chaleco. Este comenzó a avanzar muy rápido, casi a ras de superficie, en dirección a la costa. El agua se estrellaba en mi cara con violencia, y tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para no tragarme el océano. La travesía fue asfixiante y larga, remontando olas y

resbalando por ellas. Era la versión letal de un parque acuático. Los brazos y las manos me dolían de agarrarme a la aleta del delfín, hasta que por fin dejamos la bocana del puerto a estribor y las olas comenzaron a romper en mi espalda, a pocas decenas de metros de la playa de San Amaro. Por fin, mis pies tocaron el fondo. Ayudado por el rompiente, aterricé en la arena de la playa, donde no pude hacer más que perder el conocimiento.

Desperté a los pocos minutos, rodeado de vecinos de la barriada de San Amaro, que al verme aparecer en la costa habían acudido a la playa, prestos a ayudar al náufrago. Alguien me había quitado la ropa mojada, sustituyéndola por un par de mantas.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó un joven acuclillado junto a mí —. Tranquilo, viene una ambulancia de camino.

Me incorporé un poco y exploré las aguas bravas que rompían en la playa. No vi nada fuera de lo normal en ellas.

—¿Y los delfines? —pregunté.

—¿Qué delfines? Aquí no hay delfines, nunca se acercan tanto a la costa, y menos con este mar. Esté tranquilo y espere a la ambulancia…

No insistí. Todos atribuyeron mis palabras a un estado de shock. Daba igual. Nadie me creería nunca. Exhausto, me recosté en la arena de la playa y esperé a la ambulancia. Me sentía bien, tan solo preocupado por las dos broncas que me esperaban: la de las autoridades marítimas, que probablemente me retirarían la licencia, y la de Sara. Cerré los ojos y reconocí la sonrisa de Sebastián en el rostro del delfín que me había salvado la vida. Derramé lágrimas, pero no de pena, sino de alegría.

El viejo sabía lo que hacía.

A partir de ahora, Sebastián sería eternamente libre en el mar, en compañía de su esposa y de los súbditos de la Dama del Estrecho. Sentí envidia, y aún hoy la siento.

Ojalá me hubiera enseñado a silbar aquella melodía mágica antes de marcharse.

PROYECTO LIMPIEZA DIVINA

(Publicado originalmente en el nº 8 de la revista Windumanoth, enero 2020)

CAPÍTULO I

ASISTENTES DE DIOS

Cuando conocí los detalles del que acabó siendo mi trabajo, me di cuenta de que llevábamos años viviendo una mentira. Confieso que solo me sentí mal hasta que recibí la primera transferencia. Al final, todo funciona mejor gracias a la ley de la gravedad: solo hacen falta ceros suficientes en tu salario para que tu conciencia ruede cuesta abajo hasta despeñarse por el abismo de la indiferencia.

Nos habían estado engañando durante dos décadas. La salida de la crisis, la paz mundial, la tolerancia… Zanahorias fantasmas para que las acémilas de corazón valiente y entendederas limitadas sigan haciendo girar la rueda que mueve el mundo. Las teorías de aquellos que llamábamos *conspiranoicos* resultaron ser ciertas. Muy pronto hará cuarenta años que celebramos la llegada del nuevo milenio con ideas de un futuro dibujado con pinceladas de literatura, cine y televisión. Poco después de 2008 nos dimos cuenta de que, si bien la tecnología avanzaba a pasos de gigante, el bienestar comenzaba a tambalearse como una torre construida sobre pilares de arena.

Estudié Derecho no para ejercer, sino para tener un título universitario que me permitiera acceder a cualquier otro empleo, aunque no tuviera que ver nada con leyes y togas. Daba igual, la lucha por un trabajo se había convertido en una pelea de gladiadores y yo tenía que ponerle la bota en el cuello a cualquier aspirante menos preparado que yo. Cuanta más formación, más armas para derrotarlos. Cada vez que oía que los más pobres no podían acceder a la educación, me alegraba; menos adversarios para la batalla final y más cadáveres en la cuneta de la frustración. Ese título de Derecho, un par de másteres adicionales y mi actitud, me sirvieron para que me contrataran en un trabajo muy bien pagado, uno que responde al grandilocuente nombre de «Proyecto Limpieza Divina».

Tuve que pasar por muchas pruebas, algunas muy duras. El perfil que buscaban era el de un hombre mentalmente fuerte, sin compromisos ni cargas familiares, con un elevado poder de decisión y capacidad para soportar situaciones emocionales que habrían paralizado a un mercenario curtido en mil batallas. El entrenamiento físico no era

importante. Lo que sí se exigía era tener poca conciencia, y la poca que se tuviera ya se encargarían ellos de erradicarla durante el entrenamiento. Creo que fue por eso por lo que me concedieron el puesto: la empatía nunca fue mi fuerte. En ese sentido, seguro que fui uno de los mejor cualificados. Y para matar a cientos, a miles de personas, no debes tener conciencia alguna.

La empresa se refería a nosotros como asistentes de Dios. O, simplemente, asistentes, aunque ese término no era más que un eufemismo.

Éramos asesinos de masas.

La idea en la que se basa el programa «Limpieza Divina» es fácil de entender: hay demasiada gente para los recursos limitados de la Tierra. Punto. Una guerra total destruiría mucho de lo que hemos construido durante los últimos siglos y afectaría a los patrimonios de los más poderosos y sus fieles esbirros: la población activa, la masa obrera necesaria para que el hormiguero funcione y las reinas se alimenten bien. No hay lugar para nuevas guerras mundiales, ni para desencadenar epidemias con sus consiguientes efectos colaterales. Así que, en 2036, los gobiernos crearon la solución perfecta, un programa secreto que limpiaría el mundo de forma quirúrgica, sin contagios, sin daños a las propiedades y sin bajas no deseadas.

En los últimos tres años, hemos dejado en pañales a los mayores genocidas de la Historia. Somos ángeles exterminadores dentro de una estructura estanca, en la que solo conocemos a los otros dos efectivos que forman lo que denominamos nuestra tríada y a nuestro jefe inmediato, a quién llamamos «arcángel». No nos imaginéis como comandos armados hasta los dientes, nada más lejos de la realidad. Eso es una imagen del pasado. A las puertas de 2040, la tecnología es más letal que la mejor arma de fuego.

Mi fusil de asalto es algo tan inofensivo como un *smartphone* dotado de doce microcámaras de alta resolución, tanto frontales como laterales. Dispuestas de ese modo, la víctima no sospecha que la estás enfocando, aun cuando no la encaras. La marcas como objetivo y un software de reconocimiento biométrico comprueba hasta el último de sus datos. Si es un vagabundo, un parado de larga duración, un delincuente, un inmigrante ilegal, un enfermo incurable o entra dentro de cualquier parámetro que lo haga incómodo para la sociedad, ese mismo sistema te da el visto bueno y ya solo hay que posar el dedo sobre el botón rojo que aparece en la pantalla de cristal. Eso es to… eso es to… eso es todo, amigos.

Alguien con dudoso sentido del humor bautizó este teléfono como *doomphone*.

Tu parte de la misión está cumplida, y ahora depende de ti si quieres quedarte a ver el espectáculo o buscar una nueva víctima. Desde algún

lugar secreto, no lejos de allí, un dron con la forma y tamaño de una mosca común despega hacia el objetivo. Va dotado de una nanocámara y de un minúsculo inyector cargado con una toxina que causa la muerte en menos de una hora, sin dejar rastro. Todo comienza como un simple desmayo, y siempre suele haber algún alma caritativa que llama a una ambulancia para que asistan al caído; huelga decir que desde que empezó el programa, nuestra empresa controla hasta la última que circula por la callejuela más infecta de la aldea más paupérrima del culo del mundo. Recogen al condenado sin conocimiento, fingen llevarlo a un hospital y lo hacen desaparecer.

Fácil, ¿verdad?

Existen dos tipos de misiones: las ejecuciones por encargo, dictadas por tu arcángel, y las que llamamos de búsqueda y destrucción. Las primeras son más complicadas. Tienes que localizar a tu víctima y fotografiarla, y a veces son difíciles de perseguir, sobre todo si se mueven en coche. Solemos usar motocicletas de alta potencia, pero hay ocasiones en las que el trabajo se vuelve insufrible, sobre todo si nuestras víctimas se desplazan a una zona rural donde no hay nidos de drones ni cobertura del sistema.

Hace tres meses tuve que encargarme de Edson Summers, el presidente de Newdawndroids, una compañía que estuvo a punto de descubrir nuestro entramado a cuenta de una fotografía fortuita en la que aparecía uno de nuestros insectos robóticos. Apuesto a que trataron de levantar la liebre porque ellos no fabrican nuestros drones y les jode no llevarse un pedazo de este pastel multimillonario. Nuestros pequeños asesinos son muy difíciles de fotografiar. Se confunden con una mosca volando a toda velocidad, descienden en picado sobre la víctima siempre desde atrás, inoculan la toxina con una picadura invisible e indolora y se elevan, estallando a muchos metros del suelo sin producir ruido ni dejar rastro. Aún no sabemos cómo ese tipo consiguió fotografiar uno de nuestros drones y relacionarlo con las muertes repentinas.

Me encomendaron liquidarlo un viernes, justo cuando decidió subir al coche con su esposa y abandonar la ciudad para ir a una cabaña perdida en mitad del bosque. Los seguí durante seis horas en moto. Cuando llegaron a su destino, estaban fuera de cobertura del sistema. Pasé tres noches a la intemperie en ese puto bosque, hasta el lunes, cuando decidieron regresar. Al final, conseguí fotografiarlo en una electrolinera mientras recargaba su Porsche. Aún no había pagado la carga cuando nuestro bicho le picó. Me pregunté dónde estaría ubicado el nido de drones, aunque esa pregunta siempre queda sin respuesta.

Una hora después, el deportivo se estrelló en la autopista.

Esa vez, sí hubo daños colaterales.

Aparte de la esposa de Summers, el Porsche embistió a otro vehículo en el que viajaba un matrimonio con su hijo de tres años. La madre y el pequeño perdieron la vida en el acto; el padre, que conducía, quedó malherido.

Eran inocentes, pero tampoco creáis que me afectó demasiado. Lo hice por vuestro bienestar.

No hubo nada sospechoso en la muerte de Edson Summers. Un accidente por exceso de velocidad en un automóvil de lujo que era un insulto para los tiempos que corren.

Los asistentes de Dios somos implacables. Indetectables.

Los asistentes de Dios somos la hostia.

CAPÍTULO II
LA RUPTURA DE LA RUTINA

Un día tranquilo.

Son las ocho y media de la mañana y disfruto de un paseo por la calle. Reviso mi lista de encargos. Está vacía, así que toca sesión de búsqueda y destrucción. Es como ir de compras con crédito ilimitado: eliges lo que más te gusta y te lo llevas.

A la tumba.

Bajo unos soportales veo una pareja que tiene todas las papeletas para ser mi desayuno laboral. Es una mujer de rostro verdoso —decir bronceado sería un insulto al buen gusto— que acuna a una mocosa de tres o cuatro años en su regazo. Están sentadas contra la pared adyacente a una sucursal bancaria. No mantienen actitud mendicante, saben que está prohibido, pero incluso en silencio llaman a gritos a la caridad humana, que se manifiesta en forma de monedas que viajan desde los bolsillos de los viandantes hasta la mano furtiva de la mujer. Nunca las había visto, hasta hoy. Lo más probable es que sean de otra ciudad, puede que de otro país. Mala elección, venir a mi zona. Me paro en la acera de enfrente y levanto mi *doomphone*.

La cámara izquierda las escanea, primero a la madre y luego a la hija. La adulta se llama Aurora Petru, treinta y tres años —aunque aparenta cincuenta—, nacionalidad rumana y sin domicilio conocido en la ciudad. Ni en esta ni en ninguna, una nómada. La niña ni siquiera aparece en el sistema.

Un espécimen sin registrar.

Ciudadanos sobrantes.

Pulso el botón rojo en el preciso instante en que una señora se agacha para acariciarle la mejilla a la hija de Aurora Petru. Veo un billete cambiar de manos con disimulo (dar limosna está igual de prohibido que pedirla) y una sonrisa de agradecimiento de la madre.

Ignoran que no les dará tiempo a gastarlo.

Aunque no puedo verlos, ya hay un par de drones que

sobrevuelan las calles de la ciudad, rumbo al cuello de las mendigas.

Matar a un niño no es más difícil que matar a un adulto. Solo tienes que pensar que cuando crezca será un hijo de puta más o, en el mejor de los casos, otro desgraciado, víctima de estos tiempos tan difíciles. Matt Killian, uno de mis compañeros de tríada, con quien mantengo cierta amistad, sostiene que acabar con el sufrimiento humano es el paradigma de la piedad absoluta. No sé si tiene razón o es solo anestesia para su conciencia, pero él vive feliz pensando eso. Matt es negro como el puño de un gorila, y no discrimina a nadie por raza, edad o sexo. En la zona donde se mueve, su *doomphone* echa humo. *«Me apuesto las pelotas a que los reponedores de drones de mi distrito no dan abasto»*, presume cuando estamos delante de una cerveza, una vez hemos cumplido nuestras ocho horas de exterminio, siempre que no haya trabajos extra.

Puede que tenga razón.

Es un asistente ejemplar.

Sigo mi camino, dejando a las condenadas a muerte atrás. Ni siquiera son un triste recuerdo. Mientras paseo por la calle, me fijo en un tipo sentado al volante de un coche ostentoso, un BMW de gama alta, azul oscuro y con cristales tintados, detenido al lado de la acera, justo frente a una tienda de Dolce Gabanna. Al igual que la música estridente que brota de su ventana abierta, el conductor no me cuadra con el vehículo: hispano, con un bigote anacrónico techado por unas gafas tan horteras que habrían costado una pataleta al mismísimo Elton John; el chándal que viste equivale a un smoking para los miembros de su tribu urbana. Lo encuadro con mi cámara y espero a recibir datos del sistema: Tony Herrera, narcotraficante de poca monta, sin trabajo conocido. Para ser de poca monta, los negocios le tienen que ir bien, si lo medimos por el coche que conduce. Pulso el botón rojo sin pensármelo dos veces, justo cuando una mujer, también de rasgos hispanos, sale de la tienda cargada de bolsas. Tiene menos clase que las gafas de su novio: luce una mata de pelo en la cabeza que debe de ser peluca, porque ni Dios ni el Diablo tienen poder bastante para crear una aberración capilar de ese estilo; lleva un abrigo de animales muertos que en vez de realzar su belleza la hace parecer un troglodita recién salido de la caverna en un mal día. Su maquillaje, excesivo, transforma su rostro en una máscara brillante que produce repulsión. Masca chicle con la misma compulsión con la que debe comerse las pollas.

Sonríe, zorra.

Clic.

Herrera arranca, con las ventanas bien abiertas para que todo el mundo tenga constancia de que sus gustos musicales apestan más que sus calcetines blancos marca Nike. Eso es, no las cerréis, que mis

drones puedan entrar y poneros el último pico que os borrará del mapa. Vuelvo a guardar el *doomphone* en el bolsillo de mi cazadora e inspiro, satisfecho. Derramo la vista por los alrededores buscando más mierda que limpiar, y me llena de orgullo ver gentes de bien circulando por la calle. Ancianas que pasean nietos rollizos en cochecitos motorizados de última generación, funcionarios y empleados de empresas privadas que toman su café mañanero y que contribuyen a que los engranajes sigan girando. En el cielo, unos drones reparten paquetería de Amazon. Un policía vigila la calle, con la seguridad de que será una jornada tranquila, como casi todas. Tienen poco trabajo últimamente, para eso estamos nosotros, para que la delincuencia se extinga.

Los asistentes de Dios nos dejamos las suelas de nuestros zapatos en el asfalto para regalaros un mundo mejor.

A las doce del mediodía llevo ya veinticuatro sobrantes despachados. Una mañana no demasiado complicada, al menos hasta que suena mi *doomphone*, que aparte de ser el pasaporte hacia una vida mejor, también funciona como un teléfono normal.

El rostro de Matt Killian aparece en pantalla. El día que se hizo ese selfi con su propio *doomphone*, me confesó que tuvo la sensación de haberse apuntado a la cara con un revólver cargado.

—Dime, Matt.

Ni siquiera me saluda. Va al grano, y su voz hoy no suena divertida, sino todo lo contrario.

—Se han cargado a Ronnie —me suelta, de sopetón.

Ronnie Dickinson, el tercero de nuestra tríada. Al contrario que con Matt, con él solo he conversado en un par de ocasiones, siempre sobre temas de trabajo. Es —era— algo mayor que nosotros, un tipo taciturno y reservado, seguramente atormentado por una mala conciencia que ni Matt ni yo tenemos. No es que me importe demasiado que haya muerto, pero quiero saber cómo ha sido y por qué. Nosotros no tenemos el monopolio de las muertes: sigue habiendo asesinatos, accidentes, imprudencias, negligencias…

—¿Cómo ha sido?

—Todo apunta a que lo han *retratado* —contesta.

Guardo silencio durante unos instantes en los que olvido respirar. Eso no me lo esperaba. Jamás he oído que uno de los nuestros fuera eliminado de la misma forma en la que nosotros lo hacemos con los demás. Estamos blindados por el sistema… O al menos, eso nos han asegurado siempre.

—¿Qué te hace pensar que le han retratado?

—Me lo ha soplado un colega que conduce una de nuestras ambulancias. Una unidad lo ha recogido hace un rato en el aparcamiento del centro comercial New Line, sin conocimiento, y no

reacciona. Tío, esto no me gusta un pelo. ¿Y si nos están retirando?

—Tal vez Ronnie estuviera flojeando, ya sabes… nadie participa en un rally con un camión, y él arrastra consigo un tráiler de remordimientos. —Justo en ese momento, me entra una segunda llamada en el *doomphone*—. Un segundo, Matt, es Jonah. —Pongo a mi amigo en espera—. Dime, Jonah.

Jonah Rubinstein, el arcángel de nuestra tríada, tampoco se anda con rodeos.

—Pete, me alegra saber que estás vivo. —Al oír esta frase, los huevos se me encogen dentro de los calzoncillos; por la voz, siempre pensé que Jonah era una especie de androide, un ente falto de sentimientos y expresividad. Me acabo de dar cuenta de que es humano y está al borde de las lágrimas—. Escúchame bien, nuestro sistema ha sido invadido por un usuario desconocido. En estos momentos, no tenemos control sobre «Limpieza Divina». Estamos sufriendo bajas en todos los rincones del globo…

—¿Me estás diciendo que están matando asistentes? —lo interrumpo.

—Eso me temo. Tengo que llamar a Matt…

—Lo tengo al otro lado del teléfono, espera. —Invito a mi compañero a la conversación y me refugio dentro de un portal abierto —. Matt, estamos con Jonah —le informo.

—Escuchadme bien los dos. —Jonah suena aún más atropellado que antes—. Id a casa enseguida y esconderos allí. El enemigo está utilizando nuestros propios *doomphones* para abatirnos.

—Joder —musita Matt al otro lado de la línea—. Pero, ¿cómo lo hacen? ¿Han clonado nuestra tecnología, o han robado teléfonos?

—Aún no lo sabemos, pero estad atentos. Están retratando a los nuestros, y es probable que alguien os *retrate* a vosotros, así que marchaos ya y bloquead cualquier rendija que dé al exterior. Un dron puede colarse por cualquier hueco. Nuestros informáticos están intentando recuperar el sistema a toda prisa.

—¿Y por qué coño no lo desenchufan y a la mierda con todo? —espeto mientras camino por la calle rumbo a casa; voy tan rápido que empiezo a llamar la atención de los viandantes—. ¿A qué esperan, a que nos maten a todos?

—No es tan fácil —revela Jonah—. Cuando se diseñó el sistema, se programaron contramedidas que contemplaban apagones y circuitos fritos por tormentas solares. El sistema es autónomo. Además, necesitaríamos la autorización de Naciones Unidas para desconectarlo.

—¡No me jodas, Jonah! —grita Matt, que por la cadencia de sus jadeos corre a ritmo de footing.

—No fui yo quien diseñó el maldito sistema. Haced lo que os

he dicho, y que Dios nos proteja…

—Yo pensaba que Dios éramos nosotros —digo antes de cortar la comunicación.

Me acabo de dar cuenta de que he dejado a Matt colgado.

Espero que me perdone la falta de cortesía.

Si sobrevivimos.

Tengo que llegar a casa y blindarla cuanto antes. No transito por las calles principales, mi instinto de supervivencia me dicta a voces que las rehúya. Me subo el cuello de la cazadora y lo mantengo cerrado con la mano; sé que los drones apuntan en primer lugar a la zona desprotegida de la nuca. Es una armadura poco eficaz: si los sistemas de adquisición de la mosca robótica descubren que no puede picar ahí, eligen el punto más próximo de piel desnuda. Paso de andar a correr, y pierdo fuelle a cada metro, dejándome el poco aliento que me queda en cada bocacalle, con un latido en las sienes que me advierte de que el bombeo de adrenalina no será suficiente para evitar que me dé un colapso antes de llegar a mi destino.

Entonces veo algo que hace que me detenga de golpe.

Al otro lado de la calle, Aurora Petru sale de una tienda de comestibles con su hija. Ambas llevan un sándwich y una botella de agua mineral que comparten, felices. Porque eso parecen, felices con un poco de comida y un litro de agua fresca.

A estas horas deberían de estar muertas.

Mis drones han fallado.

—¿Le sucede algo, señor?

Me vuelvo y me encaro a un hombre canoso que se interesa por mí. Me fijo en sus manos y suspiro aliviado al comprobar que están vacías. Repite la pregunta, parece preocupado en serio. Sacudo la cabeza en una negación exagerada y sigo avanzando a trompicones. Ahora sé que mi *doomphone* es de fogueo, y el miedo me posee como un espíritu maligno. Estoy sudando como si hubiera pasado la mañana en el gimnasio.

¿Y si me han picado ya?

Puede que la sensación de ahogo que siento sea a causa de la toxina.

Veo a otro hombre con el rabillo del ojo. Teclea algo en un teléfono móvil, y todas las alarmas de mi cerebro se disparan a la vez. Reacciono sin pensar y me abalanzo sobre él. Le arrebato el móvil y lo estrello contra el suelo, haciéndolo añicos. Antes de romperlo, pero demasiado tarde para evitarlo, me doy cuenta de que no es uno de nuestros *doomphone*: es un Samsung de última generación, completamente inofensivo y jodidamente caro. El dueño, indignado, me agarra de la solapa y hace que los huesos de mi espalda crujan contra la fachada de un edificio. Me aferro a sus muñecas e intento

negociar para que no me dé la paliza que merezco.
—¿Pero se puede saber qué cojones haces? —grita a dos centímetros de mi cara—. ¿Estás drogado o qué?
—Le he confundido con otra persona —jadeo, mientras intento meter la mano en el bolsillo donde llevo el teléfono—. Le transferiré el coste del móvil de inmediato… ha sido un lamentable error.
El tipo, que me saca un palmo y es más fuerte que yo, interpreta mi gesto como un intento de sacar un arma, por lo que me hace girar como si fuera su pareja de baile, me aplasta la cara contra la pared y me retuerce la mano, provocándome una oleada de dolor inmenso. La gente empieza a rodearnos, atraída por el espectáculo.
—¡Policía! —grita en mi oído, sin compasión—. ¡Policía!
No puedo permitir que me arresten, así que le golpeo dos veces en los huevos con la mano que me queda libre, ignorando el dolor de mi muñeca retorcida. El segundo golpe le acierta de lleno y el tío afloja la presa. Una mujer grita, y su chillido se contagia como la gripe. La gente corea la llamada a la policía, me deshago de mi agresor de un empujón y me abro paso como puedo para huir. Por suerte, no hay héroes cerca para detenerme. Corro todo lo deprisa que puedo, y me pregunto si mi corazón no me matará antes de que lo haga un dron. Me desvío por calles trasversales y consigo despistar a la multitud rugiente que pide mi cabeza a gritos.
No me detengo hasta llegar al edificio donde está mi apartamento. Cierro el portal a mis espaldas y me apoyo contra la puerta, tratando de recobrar el aliento. Varias inspiraciones y espiraciones profundas hacen descender, poco a poco, las revoluciones de mi motor, que ha llegado a interpretar el redoble final de la danza de la muerte. Me cubro el rostro con las manos y, después de mucho tiempo, me echo a llorar. Sentirse en el punto de mira, con los papeles cambiados, te cambia la sensibilidad. Entro en el ascensor y me invade una increíble sensación de seguridad. Si lo parara entre dos pisos, estaría a salvo de los drones. ¿Cuánto podría aguantar allí dentro, sin comida ni agua? Me digo que es una estupidez: los vecinos aporrearían la puerta y llamarían al servicio técnico, que la abriría antes de que pudiera contarles que una mosca robótica amenaza con ponerme una inyección letal. Para colmo, me encontrarían junto a un charco de meados y tal vez con un pino maloliente de mascota.

Al carajo, me voy a casa.

Al abrir la puerta de mi apartamento, noto que una corriente de aire me refresca la cara. Aunque la impresión es agradable, el latido de mi corazón, que estaba volviendo a su ritmo normal, vuelve a acelerarse. Jamás dejo una ventana abierta. Cierro la puerta de la calle y corro al salón. Lo que veo allí me deja paralizado durante unos instantes: Dominique, mi asistenta, tiene todo abierto de par en par mientras

pasa el híbrido de aspirador y fregona por el suelo. Es la primera vez que nos vemos las caras. Le pago por transferencia bancaria, y la única huella de su existencia es una cama hecha, sábanas planchadas, platos ordenados y olor a limpio. Mucho mejor que los robots autónomos de limpieza, sin lugar a duda. No le doy tiempo ni a esbozar una sonrisa de compromiso: añado dos billetes de cincuenta a lo estipulado y la echo sin miramiento alguno.

—Perdone, pero espero una visita —le miento, mientras le doy los billetes, que ella contempla sin entender nada; el dinero en efectivo es cada vez más raro de ver—. Tiene que marcharse, ya volverá otro día…

—Claro, señor. Me cambio y me marcho ahora mismo…

—No, tiene que irse ahora —insisto—. ¡Por favor, váyase y no pregunte!

—Pero… tengo que vestirme con mi ropa de calle…

—¡Que se marche, coño, ¿no me ha oído?! —bramo, mientras empiezo a cerrar las ventanas con una violencia desmedida.

Dominique recoge la ropa y el bolso a toda prisa. Al salir, deja su copia de las llaves encima del aparador, a modo de carta de dimisión.

Una vez solo, termino de cerrar las ventanas y convierto mi residencia en un búnker contra drones. La paranoia me obliga a sellar con trapos los respiraderos de la cocina y cuarto de baño. Con la taquicardia a niveles más llevaderos, abro la nevera y consigo servirme un vaso de agua fría. Las manos me tiemblan tanto que podría batir un huevo en tres segundos. De manera paulatina, me voy calmando. Me dejo caer en el sofá del salón y llamo a Matt. Quiero saber cómo está.

Necesito saber cómo está.

El tono de llamada suena, pero Matt no descuelga. Lo más seguro es que aún no haya llegado a casa. Espero que lo consiga, es lo más parecido a un amigo que tengo. Decido darle treinta minutos más antes de repetir la llamada. Mientras espero, el miedo a haber sido *retratado* comienza a disiparse. Si lo hubieran hecho, ya estaría inconsciente. Mientras trato de convencerme a mí mismo de que mis superiores conseguirán solucionar esta crisis, la melodía del *doomphone* me sobresalta.

—Joder, Matt, tío, menos mal —suspiro, aliviado—. ¿Hay novedades acerca de esta mierda?

El alivio me dura menos que el suspiro.

—No soy Matt, señor Robbins —revela una voz desconocida al otro lado de la línea; una voz capaz de congelar la sangre de mis venas cuando se dirige a mí llamándome por mi apellido—. No cuelgue, tengo algo importante que decirle.

—¿Y Matt? —Me levanto del sofá de un salto—. ¿Dónde está?

—Está muerto. —Lo dice con la misma naturalidad con la que diría *un*

momento, ahora mismo se pone—. Lo de su amigo ya no tiene remedio, pero aún hay esperanza para usted. Para usted y para muchos otros a los que, por ahora, hemos perdonado la vida, pero que morirán si no siguen nuestras instrucciones.

Me dejo caer en el sofá con el *doomphone* en la oreja.

Mi misterioso interlocutor es quien manda.

—Usted dirá.

—Hace horas que tomamos el control del proyecto «Limpieza Divina». Hemos roto los cortafuegos, hemos modificado parte de su código y el acceso principal a sus funciones ha quedado bloqueado para ustedes. El sistema nos pertenece. ¿Me sigue, señor Robbins?

—Le sigo.

—Hay una forma de detener esto, pero no podemos hacerlo desde aquí. Es una solución física, tan sencilla como desconectar el servidor global y destruirlo. Exigimos que se acabe definitivamente con este genocidio encubierto que los gobiernos de las Naciones Unidas se traen entre manos.

—Espere, espere —le interrumpo—. Yo solo soy un mero empleado que ni siquiera sabe cómo funciona el tinglado. Me limito a fotografiar —estoy a punto de pronunciar la palabra *indeseables*, pero prefiero no ofender a mi interlocutor— objetivos, nada más. Lo más que puedo hacer es comunicar sus exigencias a mi superior, aunque eso podría hacerlo usted mismo desde el teléfono de Matt. Busque "Arcángel" en los contactos y hable con él, aunque no creo que esté en su mano desenchufar el chiringuito.

—No me tome por idiota, señor Robbins, llamar a su central es lo primero que hice. En cuanto supieron que no era Matt, cortaron la comunicación y no han vuelto a contestar mis llamadas. —Su tono se vuelve condescendiente—. Mire, Pete, hemos acabado con dos de cada tres exterminadores de cada tríada, así que, por ahora, considérese afortunado. No estoy solo en esto: hay decenas de miles como yo, repitiendo esta llamada en todas las ciudades del mundo. Convenzan a los máximos responsables de «Limpieza Divina» para destruir este programa de una vez por todas, o los supervivientes de las tríadas serán los siguientes en caer. Y esto no acabará aquí. Tenemos un segundo protocolo aún más agresivo, que espero que no haya que acometer, y le juro que nadie, le repito, nadie, quiere que lo llevemos a cabo. Así que llame a su arcángel ahora mismo y transmítale mis palabras.

La pantalla del *doomphone* se enciende un instante para mostrar que la comunicación ha concluido. Aunque la llamada entera podría ser un farol, prefiero no jugármela, así que llamo a Jonah Rubinstein sin perder un segundo.

—Joder, Pete, ¡menos mal! —exclama en cuanto descuelga. Oigo

discusiones de fondo, parece que no está solo—. Escúchame, ¿estás en un lugar seguro?
—Creo que sí —contesto, sin revelar que estoy en casa; si han logrado tomar el control de «Limpieza Divina», pinchar nuestras líneas es un juego de niños.
—Esos hijos de puta están llamando a todos los supervivientes de las tríadas…
—Lo sé, acabo de hablar con el que se ha cargado a Matt. Yo nunca he entendido nada de esto, Jonah, me limito a sacar fotos y a no hacer preguntas. ¿Qué está pasando? ¿Es cierto que tienen el control del sistema?
—No podemos acceder a él —confiesa mi arcángel en un susurro; por la algarabía que se oye a su alrededor, me imagino por primera vez que trabaja en una especie de central de llamadas junto a más arcángeles, algo muy diferente al glamouroso despacho con muebles de caoba que siempre había dibujado en mi mente, imbécil de mí—. Pero al menos, ya sabemos quién está detrás de este ataque: Newdawndroids.
—¿Newdawndroids?
—La compañía de robótica del tipo al que despachaste en la electrolinera, ¿recuerdas?
—Claro.
—Pues ellos lo han reivindicado. Esto es una puta guerra, pero con la particularidad de que nosotros no sabemos cómo contraatacar. Nuestros informáticos están intentando recuperar el control, pero por ahora no progresan.
—El tipo que ha hablado conmigo dice que la única forma de acabar con todo esto es desenchufar el servidor global y destruirlo físicamente. También ha amenazado con matar a los supervivientes de las tríadas y activar algo que él ha llamado segundo protocolo…
—La misma canción en todas partes. —Jonah Rubinstein suena cansado—. Esto no es solo cosa nuestra, Pete. Nosotros somos la mano ejecutora de los gobiernos, y de ellos depende desconectar este monstruo. No podemos hacer nada sin una orden suya, y por ahora siguen esperando a que nosotros solucionemos este marrón.
—No me jodas, Jonah. No podemos esperar a que los burócratas decidan cuándo actuar. Vamos a morir, joder. Y ya sabes cómo son los informáticos: trabajando a contrarreloj, no darán con la clave.
—Lo sé.
Tanto Jonah como yo guardamos unos instantes de silencio. Sé que él tiene el mismo miedo que yo. Estamos cagados hasta el cuello de la camisa, y la mierda ya huele tanto que es imposible respirar. En silencio, me pregunto si no sería más sencillo que nosotros mismos saboteáramos las instalaciones. Tirar del cable y listo.

—¿Dónde está ese servidor global?
Su voz no es más que un hilo, apenas audible.
—Aquí.
—¿Aquí? ¿Dónde es aquí?
—En la central, en el sótano del mismo edificio donde trabajo. No puedo revelar dónde estamos —se excusa, anticipándose a mi siguiente pregunta.
—¿Y por qué demonios no bajáis, pegáis un tirón del cable y os liais a palos con ese chisme? ¿No se dan cuenta esos políticos hijos de puta de que si no accedemos a sus exigencias esto va a ser una masacre?
—Ya es una masacre, Pete. Todos los días lo son, pero hoy somos nosotros los masacrados.
Reflexiono durante unos instantes sobre las palabras de Jonah, y concluyo que jamás he oído un argumento más demoledor que el suyo. Las tornas han cambiado, pero mi instinto de supervivencia grita, llora que quiere vivir. El karma —debe de ser el karma— se cobra mi falta de remordimientos, mi ausencia de empatía, y me devuelve una pena de muerte aplazada que me transforma en alguien encogido en un sofá, con lágrimas en los ojos y con un arma de destrucción masiva en la oreja. Un arma cuyas balas pueden volverse hacia quien las dispara por obra y gracia de unos *hackers* tan preparados o más que nuestros técnicos.

No puedo hacer más que quedarme en mi apartamento y esperar a morir de hambre, o a que el repartidor de comida a domicilio me asesine cuando me traiga el pedido. Yo, que he prodigado muerte a manos llenas, quiero desaparecer del mapa, ocultarme en el culo del mundo, debajo de una piedra, y esperar a que otros resuelvan el problema por mí. Me siento pequeño, débil, un mierda de manos pequeñas al que la poca arena que puede agarrar se le escapa entre los dedos.

Un cobarde de marca mayor a las puertas de su final.

—Jonah, ¿por qué no hablas con el tipo que tiene el *doomphone* de Matt? —mi petición suena a ruego, ya que ni siquiera he sido capaz de disimular el llanto.
—Hemos recibido instrucciones de no contestar a las llamadas.
—¡Pues vamos a morir si no hacemos algo! Habla con él, Jonah. Algo me dice que esto solo podemos solucionarlo desde dentro. Habla con él, Jonah, te lo suplico.
Jonah guarda silencio.

Si la primera parte del plan de Newdawndroids ha sido acabar con dos tercios de los asistentes de Dios, antes de que nadie abra la boca, la segunda deberá ser fundir el núcleo del planeta, o algo peor. El arcángel mira a su alrededor, y ve a sus colegas hablando con sus subordinados. Imagina que todos estarán igual de asustados que Pete

Robbins, uno de sus mejores agentes, ahora convertido en un chiquillo lloroso y desamparado.

Lo más triste es que los cabrones de Newdawndroids son los buenos de esta historia.

Ellos controlan el sistema, y el sistema controla a los drones. Una fuerza aérea invisible que dejaría a la USAF en ridículo. Si vuelven las moscas contra sus creadores, apaga y vámonos.

—Ahora mismo le devuelvo la llamada —promete el arcángel a Pete.

CAPÍTULO III
JONAH RUBINSTEIN

A pesar de que ha prometido a su asistente que lo haría, el arcángel se lo piensa dos veces antes de marcar el número del difunto Matt. No sabe si está bien o mal traicionar a la empresa que le ha dado de comer durante años, pero por primera vez se plantea si está en el lado equivocado de la historia. Se pregunta, en silencio, si los miembros de las SS que trabajaban en los campos de exterminio serían conscientes de lo que estaban haciendo en realidad.

Al final, llama.

—Hola, arcángel —saluda la voz a través del teléfono. Jonah tiene un modelo normal, no un *doomphone*. El armamento es para la infantería y él pertenece al departamento de inteligencia, o eso quiere creer. Su interlocutor no muestra emoción en la voz: o es un profesional en el campo de la extorsión, o está muy seguro de tener la sartén por el mango.

—Aún no sé por qué coño le he llamado —reconoce Jonah, que ha abandonado su puesto para hablar con más tranquilidad en un rincón de la inmensa sala de control, una de las muchas del proyecto «Limpieza Divina»—. ¿Por qué no se dirigen a las Naciones Unidas? Ellos son los verdaderos responsables del programa. Nosotros solo trabajamos aquí, no podemos ordenar el apagado de los servidores, ellos sí.

—Felicidades por su discurso, señor Rubinstein: breve, conciso y con hedor a excusa. —A Jonah no le sorprende que conozca su nombre; a estas alturas, la base de datos de «Limpieza Divina» debe de ser una puta sin bragas y despatarrada—. Revolución —silabea la voz—. El concepto de revolución, señor Rubinstein, lleva implícito una revuelta. El pueblo decapita el sistema desde su posición más baja, elevándose en una masa vociferante que clama justicia hasta que consigue arreglar las cosas. Nuestro deseo es trabajar con ustedes y que ustedes trabajen con nosotros. Créame, nos necesitamos mutuamente. El mundo no puede seguir así. El presidente de Newdawndroids, Edson Summers, consiguió fotografiar sus verdugos en miniatura, investigó sus funciones y elevó una queja a Naciones Unidas. No la hizo pública

para que no cundiera el pánico, más bien fue un llamamiento a la cordura que le costó la vida. Nuestro plan no pasa por negociar con los gobiernos, señor Rubinstein, con ellos damos la batalla por perdida. Tenemos que ocuparnos de esto juntos, y tenemos que hacerlo de forma que la monstruosidad que han desarrollado durante estos tres años no trascienda, por el bien de la salud mental del planeta.

Jonah digiere el discurso aguantando las arcadas, no porque el mensaje le repugne, sino porque es una bofetada de realidad y porque sospecha que va a tener que arrimar el hombro.

—¿Qué quiere que haga?

—Queremos que sea un revolucionario, señor Rubinstein. Ayúdenos a convencer a los demás arcángeles de que lo mejor para el mundo y para ellos es acabar con «Limpieza Divina». Que sea como en las revoluciones pasadas: ármelos, forme una turba, irrumpa en el sótano, desconecte el servidor global y destrúyalo.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —resopla Jonah—. Abajo hay vigilantes armados que los defenderán a muerte. Y adivine quién caerá bajo sus balas: esa turba que usted me invita a formar desde donde quiera que esté, rascándose los huevos mientras me da instrucciones para tomar una fortaleza sin pensar que solo soy un oficinista, un puto administrativo.

—Creo que aún no es consciente de que, si no lo hace, morirá. No tiene elección, señor Rubinstein.

Jonah se pregunta qué hay detrás de Newdawndroids: mafia, un grupo terrorista, una cruzada de luchadores por la libertad... Cada vez más asustado, piensa que tal vez lo mejor para él sea ponerse de su lado. A Jonah Rubinstein siempre le ha gustado estar en el equipo ganador. De todos modos, lo más probable es que muera en las próximas horas.

—¿Cómo lo hacemos? —con esta pregunta, Jonah certifica que ha tragado.

—Le echaremos una mano —responde la voz—. Consiga que sus compañeros estén atentos a las pantallas de sus ordenadores en los próximos tres minutos.

Y cuelga.

Jonah abandona el rincón desde el que ha estado hablando y se dirige a sus compañeros. Solo en esa sala hay más de cien arcángeles, y le lleva un tiempo acaparar su atención. Una vez lo consigue, les indica que estén atentos a los monitores. Justo en el momento en que todos están pendientes de ellos, arranca una transmisión en vídeo. Se trata de un hombre de unos treinta y pocos, con pelo rizado y expresión seria.

—Les habla Richard Summers, presidente actual de Newdawndroids

—se presenta—. Soy el hermano de Edson, a quienes ustedes asesinaron junto a cientos de miles de inocentes en un exterminio programado por Naciones Unidas en pro del bienestar de la Humanidad. Hoy les ofrezco una oportunidad de redención: acabar con el servidor planetario de «Limpieza Divina» y poner fin a este genocidio. Sé que les han dicho que la única forma de que el mundo no acabe diezmado por el hambre, la enfermedad y la pobreza, es eliminar lo que ustedes llaman elementos sobrantes. Hay otros métodos para lograr un mundo ideal, pero cuestan recursos a quienes los acaparan, que son quienes se benefician de esta barbaridad para poder seguir disfrutando de sus indecentes fortunas, de su inenarrable poder.

Mientras Richard Summers habla, suenan voces de aprobación en el fondo de la sala. Saben que atender al presidente de Newdawndroids puede ser la única forma de conservar la vida.

—Nos pesa haber tenido que hacer uso del asesinato para hacernos oír, pero debíamos dejar claro que vamos en serio. Como ya saben, tenemos el control absoluto de «Limpieza Divina». En estos momentos, sus insectos drones nos obedecen. Podemos hacer que ataquen al mismo agente que fotografía a una víctima; también podemos seleccionarla nosotros y enviar no uno, sino un enjambre de esos bichos que no descansará hasta acabar con su objetivo. Y aún guardamos un as en la manga que no dudaremos en usar si ustedes se niegan a acabar con el programa: el segundo protocolo. —Summers se toma unos segundos antes de seguir hablando; sus ojos son de acero, implacables—. No podremos mantener el control de «Limpieza Divina» para siempre. Eso lo saben ustedes, y es en lo que confían las Naciones Unidas, en recuperar el control con el tiempo. En ese caso, ustedes volverían a tener la sartén por el mango y sería cuestión de días, de meses, que acabaran con nosotros, bien con sus insectos asesinos o con métodos más expeditivos. Es una carrera a contrarreloj que no podemos permitirnos perder, así que, si no acceden a finiquitar el programa, desencadenaremos un caos sin precedentes.

» Disponemos de decenas de miles de drones de combate, armados y listos para atacar a todos los integrantes de «Limpieza Divina» y a sus familias, incluyendo las de los mandatarios de todo el mundo. No solo usaremos sus propios insectos asesinos. Si se ocultan en sus casas, nuestros drones de guerra las volarán con misiles desde el cielo. La Casa Blanca, el Kremlin, el Elíseo, Downing Street… todo quedará arrasado. Descabezaremos el orden mundial establecido y empezaremos desde cero. Pero eso conllevará miles, tal vez millones de víctimas inocentes que ustedes pueden evitar. Desconecten el sistema y no habrá más muertos. Todo será más fácil, y ustedes pasarán a la historia como héroes. Los héroes que se rebelaron contra

sus amos para salvar al mundo.
Dicho esto, la transmisión se corta para desencadenar una discusión marcada por el terror. Jonah se pregunta si ese mensaje habrá sonado solo allí o también habrá llegado a las otras miles de salas de arcángeles repartidas por todo el mundo. Sospecha que no. Newdawndroids sabe que ellos están ubicados en el mismo edificio donde se oculta el servidor global. Ellos son la mano ejecutora del plan maestro de quienes se consideran los buenos de esta guerra.

Una mierda, no hay buenos.

Es una batalla de hijos de puta contra cabrones, pero hay que decantarse por un bando y Jonah Rubinstein no quiere morir, ni mucho menos imaginarse a su hija de siete años y a su esposa en el punto de mira de un dron de combate. Por un instante, visualiza la estela del misil que volatiliza su casa con su familia dentro. Sin poder evitarlo, le parece oír los quejidos de Lucky, su perro, su amigo, envuelto en llamas, a punto de morir. Una imagen desoladora que le provoca un nudo en la garganta.
Entonces, Jonah se vuelve hacia sus compañeros y comienza a hablar. Todos le prestan atención, porque saben que la vida les va en ello. Rubinstein ha tomado las riendas, y todos están tan asustados y desesperados que mandan sus convicciones al carajo, comienzan a enfadarse y a golpear las mesas, como una manada de primates a punto de entrar en conflicto. Todos deciden morder la mano que les ha dado de comer hasta ahora y lo que les parecía una rutina normal, un trabajo como cualquier otro, ahora les quema la conciencia.
Jonah Rubinstein aún no es consciente de ello, pero ha empezado una revolución.

CAPÍTULO IV
EL ASALTO

No hay nada que hacer contra una horda enardecida que tiene poco que perder y mucho que ganar. Se han armado como han podido, con abrecartas, pisapapeles, tijeras… los cuatro más afortunados con las hachas contra incendios que han obtenido rompiendo a codazos el cristal de las vitrinas que las contenían.
Jonah Rubinstein va en cabeza. Es lo que tiene soltar el discurso que enciende la mecha del barril de pólvora, lo han erigido líder sin él pretender serlo. A su lado camina, a pasos rápidos, Sirius Donaldson, del departamento informático. Al ser uno de los encargados del mantenimiento del hardware, tiene una tarjeta de acceso para la zona del servidor. También tenía uno James Fields, pero se ha negado a unirse a ellos y ha acabado con unas tijeras clavadas en el cuello. No hay lugar para sutilezas cuando la vida de tus seres queridos está en juego. Ahora todos confían en Rubinstein y en el presidente de Newdawndroids.

No les queda más remedio que pensar que son los buenos, aunque la verdad es que se lo han jugado todo a una carta, sin tiempo para reflexionar.

Alea jacta est.

El personal de seguridad ve a la multitud que baja por las escaleras a través de las cámaras de seguridad. Aunque están pinchadas por el enemigo, siguen cumpliendo su función, y el terror se anuda alrededor de las gargantas de los vigilantes, hombres bien entrenados que desenfundan sus pistolas semiautomáticas temiendo lo peor. Saben que, si la turba entra con decisión, solo podrán acabar con unos pocos antes de que los linchen.

Hace meses que Sirius Donaldson no baja a la zona donde se ubica el servidor global. La verdad es que hace mucho que esa puerta no se abre, ya que ese hardware no falla y, según la información de la que él dispone, es mantenido a distancia por un sistema robotizado de última generación. Un sistema infalible.

Pasa la tarjeta y teclea un código secreto. A continuación, apoya la palma de la mano en un escáner y la puerta se abre con un clic electrónico de triunfo. Una vez cumplida su misión, retrocede unos pasos y deja a Jonah de nuevo en primera línea de fuego. Los cuatro que han conseguido hachas con hojas pintadas de rojo, que parecen ensangrentadas antes de empezar la fiesta, lo escoltan. Son de los más jóvenes, de los más bragados, de los que aún tienen ganas de comerse el mundo a mordiscos. En la calle, serían dos muchachos agradables, bien parecidos, de esos que ayudarían a una anciana a llevar las bolsas de la compra hasta el portal. Hoy, son bestias sedientas de sangre que temen por sus vidas, las de sus padres y sus novias. Se sienten como títeres que han aprendido a moverse sin hilos, alegorías de pinochos rebeldes utilizados para matar sin piedad. Agentes de viajes al más allá, si es que el más allá existe.

Con esos pensamientos furibundos en mente, irrumpen en el pasillo en cuanto la puerta se abre, como una manada de toros cegada por la rabia.

Los tres agentes de seguridad palidecen al ver entrar corriendo a sus compañeros armados con hachas. Uno dispara al techo, tratando de intimidarles. Por el amor de Dios, conocen a la mayoría por nombre y apellido.

El estampido de la nueve milímetros no los hace retroceder ni un centímetro.

El vigilante más adelantado duda un par de segundos en hacer uso del arma, y ese par de segundos le cuestan una fractura de cráneo. Por suerte, el joven del hacha ha tenido el detalle de no darle con el filo. Tampoco sufre demasiado con el golpe, ya que cae en redondo, inconsciente. Los otros dos vigilantes no lo dudan y disparan sus

armas a las piernas de los que van delante. Jonah Rubinstein ha sido sobrepasado por el sector más violento de la masa humana. A su lado, Rick Dawson, tal vez el más veterano de los arcángeles, se agacha para recoger la pistola del vigilante caído. Dos de los portadores de hachas se retuercen en el suelo, agarrándose las piernas heridas. Dawson, que está más próximo a los sesenta que a los cincuenta, toma posición de cuerpo a tierra, eleva el cañón de la Glock y dispara a los vigilantes. Nadie lo sabe, pero no hay fin de semana que Dawson no vaya al polígono de tiro a quemar más de cien cartuchos. Está acostumbrado a agrupar cinco disparos en un área de menos de seis centímetros de diámetro a veinticinco metros de distancia. Los vigilantes armados están a unos diez metros, por lo que para Dawson es coser y cantar volarles la cabeza.

Nadie le recrimina el exceso de violencia —al fin y al cabo, son todos unos asesinos—, y él se siente importante: acaba de rentabilizar el hobby que tanto odia su mujer. *¿Y decías que esto del tiro práctico no vale para nada, Marcia? Pues mírame ahora: hoy soy el héroe del día en la oficina*.

Jonah avanza, sin detenerse a pensar en los heridos ni en los vigilantes muertos. Aún quedan dos puertas de seguridad y dos salas vigiladas. Arcángeles ilesos recogen las hachas de los heridos, que reciben palabras de felicitación y ánimo. *La toma de la Bastilla tuvo que ser algo parecido*, piensa Jonah. Donaldson vuelve a adelantarse y desbloquea el siguiente acceso. Esta vez, es el viejo Dawson quien encabeza el ataque, con la Glock por delante, dispuesto a repetir la hazaña si es preciso. Las otras dos armas de los agentes muertos también han cambiado de manos. No son tan expertas como las de Rick Dawson, y eso las hace incluso más peligrosas.

Los vigilantes del segundo sector, que han visto por los monitores el avance de la horda y la muerte de dos de sus compañeros, deciden no participar en la carnicería. De hecho, dejan las pistolas en el suelo y levantan las manos en señal de rendición. Dawson maldice para sus adentros. Le habría encantado hacer una nueva demostración de puntería ante los mismos compañeros que le llaman viejales y hacen chascarrillos acerca de una dentadura postiza inexistente.

—Tranquilos —dice uno de los vigilantes, que se autonombra portavoz. Mantiene los brazos en alto, sabe que un falso movimiento le puede costar la vida—. No sabemos qué demonios pasa, pero estamos con vosotros.

—¡Coged las armas! —ordena Dawson, y tres arcángeles se hacen cargo de ellas.

Jonah se adelanta y se dirige al vigilante que acaba de hablar.

—Llama a los guardias del último sector y diles que se rindan.

El hombre asiente y se comunica con sus compañeros a través del

intercomunicador que lleva en la oreja. Recibe la respuesta en segundos.
—Han dejado las armas en el suelo —asegura—. Van a abrir la puerta desde dentro, pero mantened la calma, por favor. —Al decir esto, mira de reojo a Dawson, que a estas alturas se cree Jason Statham en sus mejores tiempos.
La puerta se abre y los últimos tres guardias, desarmados, se rinden a sus compañeros de trabajo, que han tomado el sótano al asalto con más limpieza que un comando de fuerzas especiales.
—Yo me encargo de ellos —le dice Dawson a Jonah; el tirador apunta a los guardias, que están arrodillados y con las manos en la nuca—. Vosotros acabad con esto.
Jonah y Donaldson avanzan en cabeza por la estancia diáfana que da a la sala del servidor global. Es la primera vez que Jonah Rubinstein está en el corazón de la bestia, al igual que los demás. Donaldson abre la puerta y el grupo de arcángeles que se agolpa en el último sector consigue ver una serie de servidores modulares repletos de placas luminosas. La sala es muy diferente a todo lo que han visto hasta ahora; parece el decorado de una película futurista. Si ellos son los asistentes de Dios, aquello es Dios.

Dios hecho máquina.

Jonah se vuelve en dirección a su ejército, lo contempla durante unos instantes y solo pronuncia una palabra.
—Hagámoslo.
Es entonces cuando dos cámaras del techo se vuelven simultáneamente hacia él, como si el Dios Máquina acabara de reparar en la presencia de intrusos tras despertar de un sueño pesado. Donaldson retrocede un par de pasos. No recuerda haber visto esas cámaras la última vez que estuvo allí. Al igual que Jonah Rubinstein, busca con la vista el cableado de los servidores para desconectarlos de la red. No los encuentra, aunque juraría haberlos visto con anterioridad. Algo ha cambiado aquí abajo. Donaldson se da cuenta de que las paredes no son lisas.

Están recubiertas de piezas metálicas que ahora parecen moverse como algo vivo.
Tentáculos.

Tentáculos de metal que avanzan hacia ellos.

Jonah Rubinstein le arrebata el hacha al hombre armado que le queda más cerca y golpea el amasijo multiforme que forma la pared. La hoja de acero arranca chispas al chocar con la serpiente metálica que comienza a replegarse, como si tomara impulso. Es lo que hace, y el extremo afilado entra y sale a toda velocidad del globo ocular del líder de la revolución de los arcángeles, matándolo en el acto.

Líder y mártir en menos de veinte minutos, una gloria efímera.

Como efímera es la vida de todos los que están dentro de la sala del servidor planetario cuando decenas de apéndices robóticos atraviesan sus órganos vitales. Uno de los que lleva hacha se lanza contra las placas del servidor global como un loco. No llega a descargar el golpe: más tentáculos lo inmovilizan en el acto, enroscándose alrededor de su cuello, que acaba triturado ante una fuerza constrictora desproporcionada que acaba arrancándole la cabeza de cuajo.

Donaldson sigue vivo, de milagro, a cuatro patas en el suelo, mientras el sistema autónomo de defensa del servidor mata a quienes osan entrar con una facilidad pasmosa. Muchos huyen por el pasillo, de vuelta hacia los niveles superiores. Saben que han fracasado, que ya están muertos. Justo entonces, un panel del techo se abre y Donaldson ve, por primera vez en su vida, a sus diminutos ángeles exterminadores.

Un enjambre de moscas dron surge del techo. Ni siquiera nota la picadura que le inocula la toxina que lo enviará al otro barrio. Quienes escapan de los tentáculos del Dios Máquina no pueden hacerlo de los insectos asesinos.

Pronto estarán todos muertos.

Al salir al corredor, Donaldson ve a Dawson luchando contra un enjambre de drones. El motivo por el que se ensañan así con él escapa a su conocimiento, aunque sospecha que lo atacan con más saña por ir armado. Los vigilantes de seguridad aprovechan para escapar con el resto de los arcángeles, aunque tampoco se van a librar. Están tan condenados como ellos. Donaldson conoce el funcionamiento de los drones, sabe cómo se comportan, y estos no lo hacen según el software que usan.

Estos lo hacen de otra forma.

Lo hacen como si tuvieran inteligencia propia.

Ya no queda nadie en el pasillo, tan solo Dawson, que se desploma por la sobredosis de toxinas. Donaldson avanza y comprueba que ni siquiera los heridos de bala siguen allí. Cojeando, tal vez ayudados por alguien, han escapado del horror, dejando un rastro de sangre en el suelo. El informático camina sin prisa, preguntándose si Richard Summers no los ha engañado y ha desencadenado el segundo protocolo. Si es así, no solo él está condenado. También lo está su familia, sus amigos.

Puede que la humanidad entera.

Donaldson llega a la sala de control, donde el centenar de puestos de trabajo se encuentran vacíos, con los monitores mostrando un salvapantallas diferente al que él mismo instaló en todos los ordenadores de «Limpieza Divina» hace tres años. Ahora muestran un mensaje escueto, escrito sabe Dios por quién o qué.

«Tenemos el control».
Sirius Donaldson se deja caer en uno de los puestos. Sobre la mesa hay una taza de café a medio tomar que nadie acabará. Saca un Marlboro Light de la cajetilla y se pasa por el forro la prohibición de fumar. No puede evitar reírse: cambió a bajo en nicotina para vivir un poco más.

Da una calada a fondo, exhala el humo y llama a casa.

Por primera y última vez en mucho tiempo, les dice a los suyos que los quiere. Todos se preguntan por qué llora, y sospechan que tal vez haya bebido más de la cuenta.
Donaldson nunca sabrá si su familia sobrevivió o no. Antes de una hora, morirá solo en la sala en la que condenó a muerte a infinidad de inocentes, con una alfombra de colillas de Marlboro Light a sus pies.

CAPÍTULO V
PETE ROBBINS, OTRA VEZ

No sé cómo he tenido los santos cojones de quedarme dormido con todo lo que ha pasado hoy. Debe de ser el agotamiento. O tal vez el canguelo. El sonido insistente de mi *doomphone* me saca del letargo. Me siento desorientado, y las cortinas corridas me impiden saber si es de día o de noche. Antes de contestar la llamada, cierro los ojos con fuerza, deseando despertar de este mal sueño.

No funciona.

En la pantalla, el rostro de mi amigo Matt me arranca una sonrisa. Imagino durante un instante que es él quien está al otro lado de la línea. La decepción llega un segundo después.
—Señor Robbins, soy yo. —Se trata del mismo tipo de antes, el que despachó a Matt.
—¿Qué quiere?
—Solo quiero decirle que ustedes, al final, lo han hecho bien.
—Espere, espere. ¿Se ha solucionado el tema?
—Por desgracia, no. Sus arcángeles han atacado el servidor global, pero no contábamos con que dispondría de un mecanismo de autodefensa.
No entiendo nada.
—Mire, acabo de despertarme de una siesta inesperada y de darme cuenta de que esta pesadilla es real, así que vaya al grano y dígame si el peligro ha pasado o no.
—¿Ha estado durmiendo durante las últimas horas? —El tono de mi interlocutor desvela que está a punto de reír a carcajadas—. ¿Está cerca de un televisor?
—Sí.
—Enciéndalo. Da igual el canal —añade.
Apunto el mando a distancia a mi televisor y veo un plano general de Washington D.C. que muestra el Capitolio en llamas. Abajo hay un

rótulo con la manida frase de *América bajo ataque*. La siguiente imagen muestra la ópera de Sídney humeando como una fogata a la que le acabaran de mear encima. Inmediatamente después, gente corriendo por la calle entre cuerpos inmóviles tendidos en el suelo. Coches bloqueando avenidas en un concierto de claxon. Un reportero, micrófono en mano, informa desde París.

—La situación es igual en todo el mundo. Un ataque masivo en toda regla, aunque aún se desconoce quién anda detrás. Se calcula que el número de muertos podría ascender a millones…

En ese momento y en riguroso directo, como suele decirse, una explosión borra del mapa al reportero.

—¿Qué mierda es esta? —le pregunto a mi interlocutor fantasma—. ¿Eso es el segundo protocolo?

—No hemos sido nosotros —confiesa—. Nuestros drones de combate también se han vuelto locos. Y sus moscas —una risita amarga—, sus moscas están dándose un banquete. Hay enjambres en la calle, atacando a la gente de forma indiscriminada. Pensamos que ha sido el propio sistema el que ha tomado el control. Asómese a la ventana, si tiene valor para hacerlo.

Apago el televisor. Me siento incapaz de soportar más imágenes de destrucción. El silencio me envuelve. El constructor de mi edificio no nos engañó con la calidad de las ventanas, mi apartamento está completamente insonorizado. Aparto las cortinas y contemplo una realidad muy parecida a la que mostraba mi televisor a través de dos capas de cristal a prueba de impactos que me separan del mundo exterior.

Incendios, humaredas, carreras en la calle, disparos. Elevo la vista al cielo y puedo distinguir aviones no tripulados descargando su artillería sobre la ciudad, que arde sin control. También diviso nubes de color gris oscuro que se desplazan a pocos metros sobre el suelo: enjambres de insectos drones que ahora se mueven sin una mente humana que los maneje.

—Por su silencio, intuyo que ya ha podido comprobar lo que está pasando —me dice la voz al otro lado del teléfono—. Nuestras mascotas electrónicas han decidido roer sus correas y se han vuelto contra nosotros. Siga escondido, el combustible no les durará siempre, así que en unas horas este apocalipsis habrá acabado. Al final, todos habremos ganado: nosotros, porque el programa «Limpieza Divina» dejará de existir después de esto; ustedes, porque habrán logrado que la población mundial se reduzca a menos de la mitad. Enhorabuena.

Una vez más, las lágrimas inundan mis ojos. Vuelvo a correr las cortinas, justo cuando el fluido eléctrico se interrumpe. Era de esperar. Oigo el sonido de una explosión a través del auricular de mi *doomphone*.

Después, silencio.

—¿Oiga? ¿Oiga?

No queda nadie al otro lado. Adivino que a mi amigo invisible también le ha llegado la hora. Al final, me he quedado con la curiosidad de saber cómo se llamaba. Busco a tientas mi sofá y me dejo caer en él.

En estos momentos, no sé si será mejor la paz de la muerte a sobrevivir y tener que acometer las tareas de reconstrucción de un mundo destruido por nuestro propio progreso. Un mundo sin dirigentes, en las garras de la anarquía, donde imperará la ley de la selva.

Y yo solo tengo mi *doomphone* para defenderme.

Un *doomphone* que ya no sirve para nada.

Ni siquiera noto el impacto del misil que envía al infierno mi bloque de apartamentos conmigo dentro. Estoy muerto antes de que mi cuerpo destrozado se mezcle con los escombros de la civilización.

Quienes nos sucedan lo podrán afirmar con propiedad, y lo pondrán bien claro en los libros de historia que están aún por escribir.

Nosotros nos lo buscamos.

EL PRECIO DE LA COBARDÍA

Cometí un error fatal hace tres años. Un error que pienso reparar hoy mismo, por mí y por Inés.

Es fácil ser cobarde, a pesar de que se paga un alto precio en dolor y remordimiento. Cuando me asomo a la ventana y veo a los hijos de Inés ir al colegio de la mano de su abuela me maldigo a mí misma. Esa pobre mujer, cercana a los setenta y arrastrando consigo la pena de haber perdido a su hija, es la viva estampa de la aflicción.

Si yo hubiera sido más valiente, esos niños irían acompañados de su madre.

Tuve tiempo para descolgar el teléfono, pero no lo hice. Los primeros gritos empezaron alrededor de las seis de la tarde, en cuanto Ángel llegó del bar. Un cuarto de hora después comenzaron las amenazas y los golpes en los muebles. Los reproches de Inés se mezclaron con los llantos asustados de sus hijos. Mientras tanto, yo trataba de pensar en otra cosa, rezando para que aquello acabara de una vez. *¡Aguanta!* le transmitía con la mente una y otra vez. *¡Aguanta, por tus hijos!* Era un mal consejo de una mujer de casi sesenta años a una joven que no llegaría a cumplir los treintaiuno. Yo estaba sola en casa y tenía miedo. ¿Y los demás vecinos? ¿Es que nadie va a hacer nada? Con dos viviendas por piso en un edificio antiguo, las posibilidades de auxilio eran nulas, pero siempre queda el consuelo de que alguien hará algo.

Las bofetadas empezaron a las seis y media, y el ruido sordo de los puñetazos cinco minutos después. Los gritos de Inés y el sonido de sus desesperados intentos de defensa cesaron de repente, dando paso a un concierto de lloros infantiles interpretando un aciago réquiem. Vi cómo Ángel sacaba a los niños al rellano de la escalera a través de la mirilla de la puerta. Allí los dejó solos, a la cría de cuatro y al zagal de dos. La niña se había orinado encima. Y yo lo contemplaba todo ajena a la realidad, como si fuera un drama televisado. Como era imposible cambiar de canal, no pude hacer más que retirarme de la puerta. ¿Para qué implicarme? ¿Para qué complicarme la vida?

Nunca supe quién llamó a la policía, ni si fueron ellos quienes finalmente rescataron a los niños del descansillo. Con las luces apagadas y a través de las ventanas, los destellos rojos, amarillos y azules de la ambulancia y los coches patrulla me sumieron en un trance hipnótico. El timbre de la puerta me arrancó de mi ensimismamiento. Tardé más de un minuto en abrir, como si acabara de despertarme de una siesta larga y profunda. Los dos agentes de policía me preguntaron si había oído algo y les mentí. Cuando me

interesé por lo que había pasado, uno de ellos quiso saber si mantenía una relación estrecha con mi vecina. Cuando le dije que solo de hola y adiós, fue cuando me explicó lo sucedido: *lamento comunicarle que sus vecinos están muertos; el marido le ha dado una paliza mortal a su mujer. Suponemos que se le fue de las manos, porque todo apunta a que se ha roto la cabeza contra un aparador al caer. Él ha sacado a los hijos al descansillo y se ha cortado el cuello en el baño con un cuchillo. Una desgracia.*

Ni me atreví a abrir la boca. Me dijeron que era probable que me llamaran a declarar, pero eso nunca ocurrió. Al parecer, todo estaba más claro que el agua: violencia de género de manual.

Desde entonces, vivo acosada por la culpa. Si hubiera llamado a la policía cuando todo empezó, esos niños irían ahora al colegio de la mano de su madre, con la cabeza alta, con la alegría propia de unos críos de su edad; no con la mirada perdida en el suelo, al paso fúnebre de su abuela, muerta en vida, que arrastra los pies sin ganas de vivir.

Porque si vive, es solo por sus nietos.

Pero como dije antes, hoy voy a reparar el error. Lo voy a enmendar por Inés y por mí. Hoy he arrugado el miedo y lo he tirado a la papelera. Llevo muchos años siendo esclava del terror, pero hoy he dicho basta y en cierto modo Inés, desde la tumba, me ha dado fuerzas. En cuanto termine de escribir estas líneas, descolgaré el teléfono y llamaré a la policía. Tengo tiempo. Mi marido tardará horas en despertar, entre lo borracho que está y el golpe que le he dado en la cabeza. Espero que no sea demasiado viejo para que lo metan en la cárcel, aunque a estas alturas me da igual su destino. Ahora estoy segura de que no quiero volver a verlo más, y también sé que hay gente ahí fuera dispuesta a ayudarme. Lo más probable es que yo acabe en el hospital, porque la paliza de hoy ha sido la peor de los últimos treinta y cinco años. Lo mejor de todo fue que el muy desgraciado no esperaba que me defendiese. Es posible que tenga las costillas rotas, porque me cuesta respirar, y el brazo izquierdo me duele como si me hubiera pasado un coche por encima. Sé que el labio partido me dolerá al hablar, pero me da igual.

Pienso contarlo todo.

Todo.

La dictadura del terror toca a su fin.

Ya oigo las sirenas en la calle. El labio me duele al sonreír, pero no puedo evitarlo. Cuando abro las puertas a mis libertadores, imagino al fantasma de Inés detrás de ellos, levantando un pulgar cómplice hacia mí.

Espero que sepas perdonarme, Inés.

Seguro que sí, porque entenderás que mi miedo era igual que el tuyo.

Un miedo que hay que vencer.

Siempre.

¡A CONTRARRELOJ!

(Basado en hechos reales)

Cuando eres vendedor, celebras las buenas ventas.

Eso hizo Rafa Íñiguez un martes de verano de 1995 mientras volvía a casa, después de colocar setenta y dos cuartos de baño completos para una promotora de Fuengirola y, de propina, cumplimentar un pedido sustancial de un minorista en San Pedro de Alcántara. Para redondear la jugada, había concertado una cita importante con un cliente granadino al día siguiente, un constructor a punto de acometer un proyecto de doscientas veintiocho viviendas, la mayoría de ellas equipadas con dos aseos. Cuando pensaba en las comisiones, cada parpadeo de Rafa sonaba a caja registradora.

Aparcó su Renault a dos calles de distancia de su casa. Llenó sus pulmones con el aire de su Málaga natal y se sintió satisfecho. Había sido un día provechoso, de esos que no solo te arreglan el mes, sino dos años. Era un tiempo de vacas gordas, antes de que la única burbuja de lados rectos que existe, la inmobiliaria, nos estallara a todos en la cara transformando los ladrillos en deudas, ruina y sufrimiento. Y para un vendedor de sanitarios y grifería, armado de catálogos capaces de cubrir cualquier necesidad, era una época dorada.

Rafa hizo escala en la tienda de comestibles del barrio y se tomó unos instantes para pensar en el homenaje que se daría esa noche, delante del televisor y con alguna película de vídeo de las varias que tenía pendientes de ver. Se dijo que nada de vitro o microondas, así que pasó de los productos precocinados que componían su dieta —las raras veces que comía en casa— y se fue a la zona que él consideraba de delicatesen. La estantería de los dulces lo atrapó con sus tentáculos invisibles y lo atrajo hacia ella. Rafa no fue demasiado sibarita en su elección: un paquete de doce magdalenas de La Bella Easo y un bote de Nutella, todo regado por una botella de dos litros de Coca-Cola sin cafeína, para dormir de un tirón.

Subió a casa y preparó el ágape. Cortó las doce magdalenas como si fueran bollos de pan y las rellenó con generosas dosis de Nutella. Cualquier nutricionista se habría tragado la lengua ante las doce granadas de mano calóricas. Abrió la Coca-Cola con un *fssssh* de felicidad, se dio la enhorabuena por el maridaje y encendió su viejo vídeo VHS para tragarse Mentiras Arriesgadas, que alquiló el día

anterior en el videoclub. Le habían hablado de un baile erótico de Jamie Lee Curtis delante de Arnold Schwarzenegger capaz de saltarle las venas del pijo.

Si se cascaba una pajilla antes de dormir, día completo.

Cualquiera habría apostado en contra de Rafa viendo la batería de magdalenas rellenas que tenía frente a él. Las cuatro primeras las engulló, más que comérselas; las cuatro siguientes las disfrutó más, aunque se le hicieron pesadas. Contempló las restantes mientras el bueno de Arnold hostiaba a uno en la pantalla del Panasonic, y se preguntó si se estropearían si las dejaba para el día siguiente. Qué carajo, se las metió una detrás de otra sin ganas, ayudado por un litro de Coca-Cola. Con la sensación gratificante del deber cumplido, se sacudió las migajas del pantalón del pijama, se cascó un pedo de esos que habrían hecho esconder la cabeza a los clientes de un banco y terminó de ver la peli como una boa que acaba de comerse a un burro. Se fue a la cama alrededor de las doce. Estaba demasiado cansado para meneársela, y eso que el striptease de la hija de Tony Curtis bien merecía el esfuerzo. Puso el despertador a las siete y media de la mañana y cayó dormido como si le hubieran disparado en la cabeza.

El despertador sonó a su hora y Rafa se levantó de un brinco. Se sentó en la taza del váter, pero nada. Ni siquiera tenía ganas de tirarse un cuesco redentor. Al cabo de quince minutos de fracaso desistió y se metió en la bañera con los pies dormidos, para darse una ducha. Aunque le cabreaba mucho cagar justo después de ducharse, se dijo que hoy lo agradecería; iba a pasar gran parte del día en Granada, y era mejor salir con los deberes hechos para evitar sorpresas en mitad de una reunión donde se manejaban millones de pesetas.

Ni para Dios. Se secó, se lavó los dientes y miró el reloj: las ocho y cuarto. Tenía que salir ya para llegar sin estrés alrededor de las diez y media. Se vistió con su mejor traje, agarró el maletín de los catálogos y salió de casa. Ni se planteó desayunar; ya lo haría en Granada, con tranquilidad, después de la reunión. La verdad es que aún se sentía pesado de la noche anterior.

Abandonó el casco urbano de Málaga sobre las nueve menos veinticinco. Empujó la cinta de Héroes del Silencio dentro del casete y tiró carretera y manta, como decían nuestros mayores, con rumbo a Antequera, donde enlazaría con la A-92 hacia Granada.

Era miércoles y el tráfico denso en los dos sentidos, así que tardó más de la cuenta en llegar a la autovía. Fue poco después de tomarla cuando notó el primer retortijón. No fue fuerte, más bien peculiar. Notó una especie de hormigueo, como calambres en las nalgas; unas manos invisibles de uñas afiladas que le acariciaban las terminaciones nerviosas cercanas al ojete como si quisieran abrirlo de un modo próximo a lo sexual. Luego empezó la presión inconfundible y el dolor

sordo en el vientre. De forma paulatina, la cosa iba *in crescendo*.
Rafa tenía tres opciones: la primera, parar en cualquier área de servicio, cosa que no le atraía nada. Había tenido algunas experiencias cercanas a la muerte en esos lugares, y él no era de los de cagar en cualquier sitio. La segunda era aguantar hasta Granada. Tampoco le convencía demasiado darle la mano a su cliente y preguntarle, nada más llegar, dónde podía jiñar. La tercera le seducía más, a pesar del trastorno: buscar un cambio de sentido, dar media vuelta y sentarse en su propia taza.
Los cambios de sentido son como la policía y los taxis: nunca encuentras uno cuando lo necesitas. A estas alturas del viaje, las manos invisibles parecían las de un proctólogo. Las rodillas se le juntaban y los pies se curvaban hacia adentro, en un intento desesperado para no ceder a la presión. Tuvo que circular durante doce kilómetros hasta encontrar el cambio de sentido. Entró en la rampa como si pretendiera saltar por encima de veinticinco coches, a una velocidad nada recomendable. Derrapó en las rotondas y retomó la A-92 en sentido contrario.
Y fue entonces cuando Rafa se dio cuenta de que estaba en una carrera contrarreloj.
De nuevo el puto cartel de Antequera, lugar junto con Cuenca y la Meca que funcionan como norte magnético para ciertas prácticas sexuales. En el casete, el mamón del Bunbury gritaba a todo pulmón: "¡Avalanchaaaaaaa!" *¡No, coño, avalancha ahora no!* Luchando contra el mensaje subliminal de la música, Rafa apretó el acelerador. El Laguna pidió a gritos un alerón, a riesgo de despegar. *Ojalá despegara, así llegaría antes*. El carril de la derecha quedó descartado y Rafa aceleró a tope, dejando atrás a los que iban a ciento cuarenta.
El dolor abdominal dio paso a un sonido líquido e inquietante que recordaba al de una lavadora averiada durante el centrifugado. El burbujeo subió, y Rafa trató de recordar, al borde de la locura, si el estómago se comunicaba con los pulmones por algún esfínter aún por descubrir. Tenía que aguantar a toda costa, así que se concentró pensando que cada segundo que pasaba era uno menos que le quedaba para llegar a casa.

Tenía que refrenar las ganas de tirarse un pedo, porque temía que fuera el pistoletazo de salida a una estampida que no acabaría en nada bueno. Por los altavoces, Bunbury seguía cantando con ese estilo tan particular suyo, que parece que te está echando una bronca como la que nunca te ha echado tu madre.
Tomó el desvío a Málaga a dos ruedas. Ni siquiera había llamado a su cliente para comunicarle que llegaría tarde, ya lo haría después de aliviarse. *O que le den mucho por culo al granaíno mala follá, a sus cuatrocientos cincuenta cuartos de baño y a su puta madre*. Entonces vio

el mar, y supo que muy pronto entraría en el casco urbano.

Por suerte, en su barrio no había demasiado problema para aparcar. Constreñido, sin atreverse ni a cambiar de postura en su asiento, callejeó en busca de una plaza donde dejar el Laguna. A cien metros de su casa, encontró un sitio en el que podría caber un Pegaso con su tráiler. Entró de morro, al más puro estilo americano, y cuadró el coche con tal destreza que un comité de autoescuelas habría usado el vídeo como paradigma de la precisión.

Rafa quitó la llave del contacto, y el motor del Renault enmudeció. Fue entonces cuando escuchó la canción de sus tripas, un réquiem por sus calzoncillos. El cosquilleo en las nalgas regresó, y a pesar de toda la prisa que tenía por llegar a su baño, Rafa no tuvo cojones de moverse. Abrió la puerta del coche y sacó el pie izquierdo con sumo cuidado. El derecho le costó aún más trabajo. Cómo se estaría moviendo que una anciana le preguntó si necesitaba ayuda para bajar del coche. Por fin se puso de pie en la acera, con los glúteos apretados para evitar el disgusto. Desde donde estaba divisaba su portal, pero este parecía estar al otro lado del universo.

Dio un paso lento, luego otro, como Armstrong al bajar del módulo lunar. Un crío de cuatro años, de la mano de su madre, lo imitó al pasar. Rafa avanzó veinticinco metros de ese modo, antes de que su vientre centrifugara al son de un inquietante burbujeo. Fue entonces cuando notó la derrota y se dio cuenta de que acababa de cagarse hasta los tobillos.

Lo primero que se le ocurrió fue meterse las perneras del pantalón por dentro de los calcetines, porque sospechó que los chorreones de mierda verían la luz del día antes de llegar al portal. Parecía la versión ejecutiva de Tintín. Notó calor en el culo y frescor por las ingles.

Le vino un segundo retortijón.

En ese instante se acordó de su tía Loli, la del pueblo, que los llamaba *retorsiones*. Se le antojó una palabra mucho más gráfica que la oficial. De nuevo fue derrotado por la cagalera. El hedor se hizo tan intenso que podría provocar una lipotimia a un jabalí.

Por fin, llegó al portal. Rafa vivía en un tercero sin ascensor, por lo que emprendió la subida rogando a todos los dioses no tropezarse con ningún vecino. En el rellano del segundo piso fue consciente de que a los dioses les importaba un carajo su desdicha, porque se encontró cara a cara con Paquita, la señora que fregaba la escalera. Esta se fijó en los pantalones puestos al estilo tirolés y frunció la nariz. Rafa la saludó fugazmente de pasada, pero ella lo detuvo como si fuera el portero de una discoteca.

—A ve zi ha pizao uhté una mierda, que güele mu malamente. Levanta uhté er zapato, me vaya a llená lo fregao.

—Debe de ser de la calle —se excusó Rafa—. Ya olía mal desde abajo.

—Pos yo no ha olío na hasta que ha llegao uhté —lo acusa sin contemplaciones e insiste—. Levanta uhté lo zapato, vaya a tené pegao un mojón.

Rafa sabía que, si levantaba el pie, se cagaba del todo delante de la Paquita, así que la ignoró y la dejó en el rellano, con tres palmos de narices y renegando entre dientes. Notó en su nuca la mirada inquisidora de la limpiadora, que inspeccionaba sus huellas buscando rastros de mierda como si fuera del CSI. Corrió al cuarto de baño en cuanto entró en casa. Se quitó los zapatos con los pies, se bajó los pantalones y se sentó en el retrete.

La explosión que se produjo en el interior de la taza de porcelana blanca fue similar a la del abdomen de John Hurt en Alien. A pesar del asco que le daban los regueros que le resbalaban por las piernas, Rafa sintió un alivio postparto. Tomó cada descarga como una liberación. Cuando notó su vientre despejado del todo, se tomó un segundo para mirar el reloj.

Las nueve y veinte.

Tenía que darse prisa.

Se metió en la bañera y se quitó los pantalones enfangados. Abrió el grifo a tope y los puso debajo, junto con los calcetines. Se lavó el culo, las piernas y los pies con el teléfono de la ducha. El agua se tiñó de marrón.

Nueve y veinticinco, tendría que avisar a su cliente de que llegaría más tarde.

Lo llamó por teléfono mientras se secaba los bajos con una toalla. El *granaíno mala follá* resultó ser un tío encantador: le dijo que no tuviera prisa, que estaría toda la mañana en la oficina y que no se le ocurriera correr con el coche.

A Rafa le dieron ganas de darle dos besos.

La crisis pasó, y el tiempo volvió a su ritmo normal.

Rafa se puso ropa limpia, se roció con colonia y se sintió más limpio que nunca. Bajó las escaleras con un brío renovado, amplificado por el placer de no encontrarse de nuevo a la Paquita, que probablemente andaría contándole el episodio a alguna vecina chismosa. Recorrió los cien metros que lo separaban del Laguna y reemprendió viaje muy tranquilo y feliz, en compañía de Bunbury y sus Héroes del Silencio.

En Granada, cerró el trato con el cliente: cuatrocientos setenta y dos cuartos de baño, la mayoría de ellos compuestos de retrete, bidé, lavabo, bañera o plato de ducha; todo ello con grifería Grohe y accesorios de acero inoxidable.

Su jefe iba a flipar.

El viaje de vuelta fue plácido, con menos tráfico que a la ida. Entró en Málaga alrededor de las seis de la tarde, y diez minutos después, rondaba los aledaños de su barrio. Fue al girar en una perpendicular a

su calle, cuando se encontró a un policía municipal cortando el tráfico. Rafa detuvo el coche y bajó la ventanilla. El agente lo saludó llevándose una mano a la visera de la gorra.
—Buenas tardes, caballero. Lamento informarle de que no se puede pasar.
—Vivo un poco más adelante. ¿Ha pasado algo?
—Nada grave, caballero, pero nos hemos visto obligados a interrumpir el tráfico vial para facilitar la intervención de los bomberos.
—Los bomberos... No habrá habido un incendio, ¿verdad?
—No ha sido un incendio, pero tiene usted que seguir por la vía principal hasta que el camión de los bomberos despeje la calle.
Rafa se despidió del agente con un cabeceo sumiso y dio un rodeo. Encontró un sitio para el Laguna dos calles después. Cogió su maletín y enfiló proa a casa.
En cuanto llegó a su calle, se tropezó con el camión de bomberos con las luces encendidas justo enfrente de su portal, tiñéndolo todo de destellos de color alarma. Una pequeña multitud mal encarada se apelotonaba a su alrededor, renegando entre ellos, algunos en voz baja y otros rozando el griterío; algo había pasado en el edificio. Se abrió paso entre el gentío y de repente se tropezó con su padre, que en ese momento conversaba con un bombero con gesto abatido.
—Papá, ¿qué haces aquí?
El saludo de su progenitor no pudo ser más desalentador.
—¡Ay, Rafalín, la que se ha montado!
—¿Qué ha pasado?
—¡Que de tu casa no para de salir agua! ¡Y da gracias a que han podido localizarme! Acabo de traerles las llaves a estos señores para que no te echen la puerta abajo...
Demasiado alto. El buen señor habló demasiado alto y transformó a la multitud en muchedumbre, que es el estado previo a convertirse en turba. Los vecinos afectados, que estaban con la oreja puesta, centraron sus miradas iracundas en Rafa, que en ese momento deseó desaparecer. Enseguida cerraron filas a su alrededor, como si pretendieran lincharlo.
—Ha tenido que ser una avería —se disculpó, antes de que nadie abriera el pico—. Lo lamento mucho, el seguro se hará cargo de todo, no habrá problemas...
—¡Pues vaya tela! —protestó una señora en bata y chanclas con pintas de refugiada de guerra; Rafa juraría que era la del 2ºA—. Que sepa usted que en el techo de mi salón están cayendo las cataratas del Niágara; me ha puesto perdido el televisor nuevo que me compró mi marido *an cal* Pryca.
La del 2ºC dio un paso al frente y tomó la palabra.
—Pues yo, que puse la madera —pronunció "la madera" como si fuera

una pieza única en el mundo— en el suelo de toda la casa... ¡A ver cómo va a quedar después de esto! ¡Como el seguro no responda, lo va a pagar usted!
—¡Huy, como el seguro no se haga cargo se va a enterar! —amenazó una tercera señora que Rafa no había visto en su vida.
Los maridos, detrás de sus mujeres, lanzaban miradas torvas a Rafa, que aguantaba el tirón con un intento de sonrisa desencajada.
—No se preocupen —insistió—, les aseguro que no habrá ningún problema. Esta misma noche llamaré a la compañía y les diré que es urgente, para que el perito...
Rafa dejó de hablar al darse cuenta de que los vecinos ya no le hacían caso: algo acababa de captar su atención detrás de él. Al darse la vuelta para comprobar qué era, descubrió a un segundo bombero, que acababa de salir del portal, mostrando al respetable unos trapos mojados y llenos de mierda que reconoció en el acto como sus pantalones. Para mayor horror, el bombero, un veterano cincuentón con más kilómetros a cuestas que la carreta de Michael Landon, abrió una boca del diámetro de un bajante y empezó a pregonar en andaluz cerrado.
—¡El hiho la gran puta! ¿Po no ha dejao unoh pantalone cagaos debajo er grifo la bañera? Zerá guarro, me cago en zuh muertoh toh...
Soliviantada por estas palabras, la muchedumbre, al fin, se transformó en turba. Los insultos volaron, las amenazas se dispararon y Rafa aguantó el chaparrón con la mayor gallardía que pudo conjurar. Al menos no hubo hostias. Su padre, abochornado, se mezcló con la gente para que no lo relacionaran con él. Los bomberos se despidieron, no sin antes hacerle firmar un papel donde le informaban que, en caso de que el seguro rehusara cubrir los costes del siniestro, tendría que pagar el servicio de su bolsillo. Como colofón de la vejación pública, Paquita la de la escalera se materializó frente a él y voceó.
—¡Asín golía tan malamente esta mañana en la escalera! ¡Como que ya venía cagao de la calle!
Rafa no quiso hacerse cargo de sus propios pantalones. Subió las escaleras y se refugió en su piso, dejando atrás los comentarios de sus vecinos, que seguían en contubernio a pie de calle, tramando pleitos y venganzas. Encontró el suelo más anegado que la bodega del Titanic. Esa noche, en vez de celebrar sus ventas, Rafa Íñiguez la pasó quitando agua e ignorando las llamadas de sus vecinos, que lo ponían de guarro para arriba a través de la puerta.
Tras mucho pelear con el seguro, al final no tuvo que pagar un duro a nadie. Eso sí, las comisiones de ese año, que fueron suculentas, se esfumaron con la mudanza. No es que Rafa volviera a cagarse encima nunca más, pero no paró hasta encontrar un nuevo piso alejado de

aquel barrio que cumpliera un requisito muy importante...
Que estuviera en planta baja, sin vecinos abajo.

DEMASIADO VIEJO PARA ESTO

El futuro siempre nos pilla viejos.

Y desde que la tecnología se disparó hace cincuenta años, aún más.

Setenta y tres años no son muchos para el 2050. Aparento cuarenta y largos, mi salud está controlada por microchips y mi páncreas, gracias a Dios, ya no es mi páncreas. Me negué a ver el híbrido de máquina y tejido orgánico que lo conforman. Me cabrea saber que sigo vivo gracias a una impresora 3D, a un puñado de biocomponentes y a un cultivo de células madre. Cuando hablo con mi hijo por holoconferencia, me llama el Yayo Cyborg para picarme. Es una lástima que Óscar tenga treinta y cinco años y no pueda castigarlo sin paga.

—Aterrizaremos en el aeropuerto de Ceuta en un minuto. Iberia les agradece que hayan utilizado nuestros servicios y esperamos atenderles de nuevo a bordo.

La voz femenina procede del altavoz central de la aeronave que cubre la ruta Madrid, Málaga y Ceuta. No hay piloto. Tampoco azafatas. Ni siquiera hay cabina de mando. Desaparecieron en 2038, cuando suprimieron definitivamente los vehículos pilotados por humanos. Inteligencia artificial integrada en los transportes: eliminan la necesidad de controladores aéreos, reaccionan en milésimas de segundos a imprevistos, sortean las turbulencias y los vientos con una destreza mil veces superior a la del mejor piloto, despegan y aterrizan en vertical... Yo sigo sin fiarme, por mucho que los accidentes se hayan reducido en más de un noventa por ciento. Os lo repito: aunque no lo aparente, soy viejo. Aún echo de menos a la azafata con sonrisa de cera y al piloto que rebota tres veces en la pista cuando el viento viene de cola.

Hace más de treinta años que no regreso a Ceuta. Crucé el Estrecho por última vez en 2020, de una forma muy diferente a la de hoy. Tardé una hora en hacerlo en ferry, me pilló un levante de cojones y mi mujer llenó dos bolsas para el mareo de lo mala que se puso. Fue el comienzo de una nueva vida en Madrid. Nuestros padres habían muerto, y ya solo nos unía a Ceuta una serie de malos recuerdos. Mi carrera laboral en la farmacéutica en la que trabajé hasta jubilarme a los setenta fue cómoda, en uno de los pocos sectores que nunca conoció la crisis y nunca la conocerá.

Las alas del avión giran sobre sus ejes, colocando sus motores en posición vertical. La inteligencia artificial de la aeronave nos deposita

en la pista de aterrizaje con la suavidad de una pluma. No reconozco el paisaje a través de las ventanillas del avión, aunque por los montes que atisbo tras los edificios apostaría a que estoy en la zona próxima a la Playa Benítez o Calamocarro. Los ceutíes y su empeño eterno por echarle tierra al mar. Los sesenta desconocidos que componemos el pasaje nos liberamos de los cinturones de seguridad y esperamos a que baje la rampa del avión. Poco a poco, de forma ordenada, descendemos hasta la pista.

El aeropuerto de Ceuta es pequeño, apenas tiene infraestructura cibernética. Unas pinzas robóticas marca Toyota trasvasan las maletas de la bodega de carga a un carricoche eléctrico que las depositará en el dispensador automatizado de equipajes. Lo hacen con una combinación perfecta de velocidad y dulzura, haciendo que los bultos encajen a la perfección, sin una caída ni un golpe. Los pasajeros caminamos los pocos metros que nos separan de la terminal, atravesando el arco escáner. Junto a este, una pareja de la Guardia Civil registra nuestros nanochips de identidad implantados bajo la piel del dorso de la mano, a la vez que una cámara de seguridad coteja nuestra marca facial y retinal. El Gran Hermano que profetizó George Orwell se retrasó hasta mucho después de 1984, pero apuesto a que el pobre Orwell ni siquiera soñó con lo que llegaría a ser en realidad.

La ciencia ficción no es más que la antesala de la realidad.

La cámara del dispensador de equipajes reconoce tu rostro y te entrega tu maleta en cuestión de segundos. ¿Dónde quedaron esos tiempos de perseguir maletas como posesos en la cinta transportadora? Arrastro la mía, mirando con envidia a viajeros más pudientes con valijas inteligentes que los siguen como si fueran perros falderos. A una Samsonite que tengo cerca le falta menear el rabo al reencontrarse con su dueño. A mi esposa le habría encantado tener algo así. Estos ingenios apenas llaman la atención a la gente joven, acostumbrada a todo tipo de adelantos; a los más viejos o nos maravillan o nos aterran.

Yo pertenezco al segundo grupo.

Cuando abandono la terminal, compruebo que estoy en lo que una vez fue la Barriada Benítez. Ha cambiado de forma radical. Los edificios, altos, están coronados de paneles solares.

Un gigantesco almacén de Amazon preside el panorama, impidiendo ver las colinas que hay detrás; le dimos de comer tanto a la bestia que al final escapó de su guarida en Internet y arrasó el mercado a pie de calle.

La vieja carretera de cemento ha sido sustituida por un doble carril de pista electromagnética que recarga de forma automática los coches eléctricos. El progreso también llegó a Ceuta. Recuerdo con nostalgia mi último coche, un diesel que retiraron de la circulación en

2038, cuando a los humanos nos negaron el placer de conducir. Me negué a adquirir un vehículo inteligente que ni siquiera llevaba volante. Las únicas cosas buenas que trajo esa ley fueron el silencio de los motores eléctricos y la desaparición del claxon. La inteligencia artificial de esos vehículos es más educada que nosotros y no lo necesita; aunque, no sé, tal vez sería divertido que de vez en cuando un Tesla le gritara a un Google Car un *¡Cabrón, no me salgas así!*

La mayor parte de los pasajeros recién llegados de la Península acaparan los taxis de la parada. Mi destino es el centro, hace buen día y decido ir dando un paseo. Me tomará menos de una hora ir caminando hasta mi destino, la Plaza de los Reyes. Despliego mi pulsera de grafeno y le ordeno llamar a Óscar.

—¿Papá? —Mi hijo descuelga al segundo tono; no sé por qué seguimos usando ese término, hace décadas que nadie levanta un auricular de un teléfono. Qué demonios, hace décadas que los teléfonos no son teléfonos—. ¿Ya has llegado?

—He llegado a tiempo para tomar el vuelo anterior. Me han cambiado el billete sin recargo.

—¿Estás en el aeropuerto? Dame cinco minutos y voy a buscarte.

—No, no, precisamente te llamo por eso. Hace mucho que no vengo por mi tierra y quiero ir dando un paseo.

—No me cuesta nada ir, ¿eh? Papá, que es un trecho.

—Acuérdate de que solía caminar los fines de semana hasta Benzú, ida y vuelta.

—De acuerdo —se ríe; sabe que discutir conmigo es perder el tiempo —. Si cambias de opinión, me envías la ubicación y te mando el Apple Car.

—Pon guapo a mi nieto, ¿vale?

—Ya lo es, papá. Es perfecto, ya verás.

Enfilo por el que conocimos durante décadas como el Barrio de las Latas. Me apetece dar un paseo por el puerto. Por lo pronto, compruebo que no ha sobrevivido ni una sola de las casas bajas. Todo está tomado por edificios de siete u ocho pisos, y ahora parece una calle del centro. La población de Ceuta, como la del resto del mundo, se ha disparado. Sus diecinueve kilómetros cuadrados siguen siendo los mismos, exceptuando el terreno robado al mar para construir el aeropuerto.

Me llama la atención una nave comercial con un logo gigantesco de Neomeat. Así que Ceuta tiene su propia fábrica. Recuerdo cuando la carne era carne. Joder, afirman que un solomillo de ternera artificial sabe igual al que comíamos hace años y puede ser, pero yo sigo pensando que como plástico. Las grasas ácidas omega 3 que contiene la nueva comida le quitan el encanto junto con el colesterol. Como decía Danny Glover en Arma Letal, *I am too old for*

this shit.

Estoy demasiado viejo para esta mierda.

Entre eso y la pulsera de grafeno, que cada vez que bebo me informa periódicamente del índice de alcohol en sangre, se me quitan las ganas de vivir. Ya me fundí un páncreas en su día, no creo que mi seguro médico se haga cargo de un segundo.

Me pregunto si seguirán haciendo corazones de pollo para los bocatas típicos de Ceuta. Sería una herejía si hubieran dejado de procesarlos. No como un campero de corazones con mayonesa desde 2020. Tengo que preguntarle a Óscar si siguen preparándolos, aunque sean de mentira.

¿Y qué habrá sido de los pinchitos morunos? Sé que ahora los musulmanes comen cerdo, ya que no es cerdo de verdad. A ellos y a los judíos, las nuevas tecnologías alimentarias les han abierto un universo nuevo, aunque apuesto a que entre ellos habrá vejestorios como yo que se nieguen a comer algo que no lleve el sello *Ha-lal*.

Paseo por el polígono industrial. Además de concesionarios de coches y talleres de reparación, se ve que sigue habiendo negocio para las tiendas de muebles por encargo y las de materiales de construcción y sanitarios. Ahora son mucho más pequeñas y coquetas. Las impresoras 3D acabaron con la necesidad de mantener stock. Eliges los muebles en la sala de exposición holográfica, das las medidas y un operario te lo imprime imitando el material a tu gusto. Incluso desarrollan encargos de interiorismo por inteligencia artificial. El antiguo director de mi oficina tiene una impresora 3D en su casa que ocupa una habitación entera. Se imprime todo lo que ve en internet. Se casó con una mujer que tenía un buzón de sugerencias en lugar de boca, y la inversión en la impresora le salió rentable. Una vez me confesó que cambiaba la decoración de la casa una vez al año.

Yo tuve suerte en eso: Nuria, mi esposa, nunca fue una mujer de caprichos caros. Falleció a los setenta —una edad muy prematura para los tiempos que corren— por voluntad propia. Le diagnosticaron alzhéimer a los sesenta y seis y cáncer a los sesenta y ocho. De cuello para abajo, la medicina hace milagros.

De cuello para arriba, aún estamos vendidos.

Por suerte, la ley nos ampara en eso, y ella había firmado en su último testamento la clausula de muerte digna. Cualquiera de nosotros puede rechazar el tratamiento y acogerse a paliativos. Ella no quiso enfrentarse al estado avanzado de su enfermedad mental, y se fue de este mundo siendo ella misma. También fue la última vez que vi a mi único hijo y a Sonia, su mujer. Sonia es una belleza culta y encantadora. Les va bien, han trabajado mucho y la suerte los ha acompañado. El único escollo en su felicidad era la imposibilidad de Sonia para quedarse embarazada.

Por fortuna, tienen dinero, y hoy he vuelto a Ceuta a conocer a mi nieto.

Óscar nació en Madrid, y allí trabajó hasta hace dos años, cuando aceptó el puesto de ingeniero jefe de uno de los departamentos del Proyecto Transcontinental, algo con lo que se llevaba soñando desde hacía más de un siglo: un puente colgante para unir Ceuta con la Península. Tecnología china, y nosotros que pensábamos hace años que eran una panda de copiones de mala calidad. A Óscar no solo le atrajo el formidable contrato que le pusieron por delante, sino también la ilusión por volver a unas raíces que solo había conocido por las historias que Nuria y yo le contábamos. En aquellos tiempos, cuando éramos jóvenes, Ceuta se nos quedaba pequeña; pero cuando vives en una capital como Madrid, te das cuenta de que apenas sales de tu barrio, que encima es más pequeño que tu ciudad natal. Todos nos queremos comer el mundo, hasta que te das cuenta de que es el mundo el que siempre te come a ti.

Dentro de lo que cabe, el puerto ha cambiado poco. Los ferris siguen saliendo con regularidad. El transporte marítimo continúa siendo la única opción si quieres llevarte el coche (o mejor dicho, que el coche te lleve) a la Península. También es la única alternativa para los contenedores de mercancías y para los pasajeros cuya economía no les permite pagar el billete de avión, que cuesta casi diez veces el precio del barco. Echo de menos las gasolineras. Desde que la energía solar y la electromagnética sustituyeron a los combustibles fósiles, estos han quedado restringidos para uso industrial, náutico o aéreo. Occidente tuvo que hacerlo para dejar de depender de los países árabes y de paso no secarle las entrañas al planeta. En su lugar, hay lavaderos ecológicos en seco y un par de parques infantiles. Los hipermercados continúan, pero han crecido en altura. Todos están coronados por *dronopuertos*, como la mayoría de los edificios modernos. Veo varios drones de carga sobrevolando las calles, llevando la compra del mes a los clientes que han pagado por el servicio. Es una estampa clásica de las ciudades en los últimos años. En el siglo XX, imaginábamos el futuro con coches voladores. Pues no, amigos míos, nos hemos quedado en *robotijos* silenciosos capaces de transportar treinta kilos de peso con un motor eléctrico.

También han desaparecido los porteadores que te ayudaban a cargar la compra en el maletero del coche. Algo bueno trajo la ley de integración y el abaratamiento de los alimentos artificiales. La mendicidad pasó a la historia. Las pocas mafias que quedaron activas fueron castigadas con deportaciones masivas, y la colonización forzosa de zonas despobladas de África, Asia y Sudamérica hizo el resto. Cuando los políticos fueron sustituidos por los algoritmos de la Inteligencia Artificial, todo ese tema fue a mejor. Eso sí, con los

nuevos adelantos, hasta el pueblo más recóndito se ha transformado en una pequeña ciudad. Muchas de ellas, sobre todo las más recientes y apartadas, son sucias, desgarbadas, sin personalidad… Enclaves perdidos en claros en la selva o en oasis artificiales en mitad del desierto. Pero la lucha contra el hambre avanza. Y según dicen los científicos, en treinta o cuarenta años finalizará la terraformación de Marte y se podrán establecer las primeras colonias en su superficie. Por ahora, tan solo unos miles de valientes habitan en complejos subterráneos y al amparo de biosferas artificiales, trabajando para convertir el que fuera el planeta rojo en una segunda tierra.

A mí me sigue sonando a ciencia ficción.

Yo no creo que llegue a verlo, a no ser que decida seguir cambiándome órganos conforme se estropeen, hasta que una enfermedad mental me joda la vida. Existe otra solución, aunque solo está al alcance de unos pocos: volcar tus recuerdos, tus emociones y vivencias en un sistema de almacenamiento artificial. No creo que lo hiciera, aunque tuviera todo el dinero del mundo. Prefiero irme al otro barrio que acabar siendo un robot.

Un robot… Joder, qué mal llevo esto.

El centro de Ceuta sigue prácticamente igual. Mucho más poblado que antes, pero ha cambiado poco. Los edificios más emblemáticos se han restaurado, y los más antiguos se han sustituido por otros, pero todavía puedo reconocer las calles. Los comercios independientes casi han dejado de existir. Encuentro establecimientos de las grandes marcas que han sobrevivido a la feroz competencia de los últimos años, franquicias de impresión de cualquier cosa imaginable en 3D y varias salas de recreo de realidad virtual holográfica, el entretenimiento favorito de las masas.

En la Gran Vía —creo que sigue siendo la Gran Vía más corta del planeta—, los restaurantes y cafeterías automáticos compiten con los atendidos por humanos. Los primeros no tuvieron tanto éxito en España como en el resto del mundo. Como reza el dicho, España es diferente.

Aquí somos partidarios del trato humano, y preferimos pagar un euro más por un café servido por un profesional a una infusión de sabores exóticos dispensada por una máquina en un vaso de plástico biodegradable. Nos encanta charlar con el camarero, que nos llame por nuestro nombre y que conozca al dedillo cómo nos gusta el cortado y las tostadas.

El edificio Trujillo sigue presidiendo el chaflán que separa el Paseo del Revellín del de la Marina Española. ¡El mercado sigue abierto! Me prometo visitarlo mañana. ¿Qué venderán ahora? Me muero por bajar a la zona del pescado y ver si los pescaderos siguen pregonando las últimas capturas. Recuerdo los gritos a toda potencia anunciando las

armejas, el *gorá*, la *pejcaílla* que se muerde la cola, las coquinas… ¡Mire señora, qué boquerones! El progreso ha ido matando las tradiciones de forma lenta pero inexorable, pero confío en que en Ceuta continúen.

La fachada del edificio modernista del Paseo del Revellín 20 se conserva tal y como la recuerdo, pero con tres pisos más, todos ellos de cristal. Un holograma enorme me indica que ahora es un hotel boutique. En la acera de enfrente, las oficinas bancarias de toda la vida han sido sustituidas por negocios más modernos. Ahora, las transacciones monetarias se hacen a través de la pulsera de grafeno multiuso que todos llevamos en la muñeca o por reconocimiento de retina. La desaparición del efectivo acabó con el dinero negro y la evasión de impuestos. Otro paso de gigante para el Gran Hermano que nos vigila.

Camino por la Calle Real sin encontrarme con ningún conocido. O puede que sí, pero no soy capaz de reconocer a nadie. Mi ciudad dejó de ser mi ciudad hace tiempo. Por lo menos, la Plaza del Teniente Ruiz, la de Nelson Mandela y el Museo siguen tal y como las recordaba, aunque con ciertas diferencias. Las paredes blancas e insulsas del teatro ahora sirven de pantalla de proyección para vídeos comerciales. Mejor eso que el blanco fantasmal de sus muros yermos. Un bar en forma de choza tropical gobierna el centro de la plaza, con una terraza que forma un lago de sombrillas que le dan vida. A su alrededor, los críos juegan mientras sus progenitores disfrutan de un café a media mañana.

Se ven muchos padres ociosos a esta hora. Desde que la inteligencia artificial se implantó sobre la nuestra y la robótica se ocupó de gran parte de las tareas de la humanidad, hay mucha gente que vive del plan de formación continua remunerada, aspirando a obtener un empleo en el sector energético, robótico o informático; otros, simplemente, reciben una asignación familiar que ahora, con el abaratamiento de los alimentos sintéticos, les permite vivir con dignidad. Los más aventureros esperan destino en las nuevas colonias universales en sabe Dios qué país de la Tierra, y los más osados entre ellos aguardan en lista de espera su viaje (de solo ida) a Marte. Hay mucho viejo, como yo, que sigue recomponiéndose por dentro para arañar unos años a la vida. A veces me pregunto por qué le tenemos tanto apego. La muerte está infravalorada. Yo la imagino como una plácida siesta de la que no despertarás jamás. La existencia de Dios, como Dios manda, sigue sin estar confirmada, y eso que teólogos y científicos siguen con su lucha eterna acerca de la existencia del Creador.

Llego a mi destino, la Plaza de los Reyes. La iglesia de San Francisco permanece inalterada después de la larga reforma que experimentó a

principios de siglo. Frente a esta, la Casa de los Dragones sigue como siempre, con sus cuatro bestias vigilando sus muros. Frente a ella, está el edificio donde vive mi hijo. Es de nueva construcción, con ascensores exteriores, ventanas de tintado variable y cualquier adelanto domótico que podáis imaginar. Elevo la vista para ver su cúspide. Mi hijo ha adquirido uno de los áticos, el que tiene vistas al puerto. Varios drones sobrevuelan la calle a pocos metros por encima de mi cabeza, recordándome que no es la misma Ceuta que conocí. Me dirijo al portal y pulso el botón marcado como ático C. Segundos después, la puerta acristalada se desliza hacia un lado, invitándome a entrar. El ascensor me lleva hasta el ático mientras me facilita el parte meteorológico y el estado del Estrecho. La voz femenina se despide de mí y la puerta de acero se abre. Veo a mi hijo en el descansillo; me recibe con un abrazo inmenso.

—Bienvenido a casa, papá. ¡Qué ganas teníamos de que vinieras!

—Y yo de volver.

—¿Qué tal el viaje?

—Rápido, como todo hoy en día. Y el paseo, edificante. La ciudad ha cambiado mucho.

—Espero que a mejor.

—Ha cambiado como todo cambia —es mi vaga respuesta.

Óscar me palmea el hombro y me dedica una sonrisa que hace que toda una vida merezca la pena. Me conduce al salón y me invita a sentarme en el sofá.

—Sonia vendrá en un momento. Está vistiendo a tu nieto.

Mi nieto. Óscar desaparece por la puerta que da al pasillo. Un minuto después, me levanto al oír los pasos de mi hijo y de mi nuera. Ella trae a un bebé envuelto en una toquilla. Me obsequia con su hermosa sonrisa y me lo tiende.

—Te presento a Andrés, tu nieto.

—¿Le habéis puesto mi nombre?

—Es el mejor que puede tener.

Acuno a mi nieto. Se mueve como si fuera real. Es una versión 1.0. Por la fortuna que han pagado, tendrán derecho a varias actualizaciones: la versión niño, la adolescente, la juvenil y, por último, la adulta. Será perfecto, sin enfermedades, sin necesidades fisiológicas, diseñado para recibir y dar amor. Su última versión recreará a un hombre atractivo de unos treinta años, y así se quedará para los restos. Me sobrevivirá a mí y sobrevivirá a sus padres, siempre que no cometan la locura de ir volcándose en máquinas que almacenen sus recuerdos, sus vidas, en una memoria cada vez más avanzada. Puede que algún día mi nieto se quede solo, hasta que una avería que no pueda ser pagada acabe con él o alguien sin escrúpulos lo destruya. El pequeño Andrés, que ahora duerme entre mis brazos siguiendo algún tipo de subrutina

informática que no entiendo ni quiero entender.
Elevo la vista hacia mi hijo y su esposa. Están radiantes, y eso es lo que me importa. Finjo una sonrisa y les devuelvo el androide que lleva mi nombre. Su tacto es absolutamente real.
—¿Qué te parece? —me pregunta Óscar.
Le respondo con otra pregunta.
—¿Os sentís felices?
—Mucho, papá.
—Pues entonces, yo también. Es un niño precioso.
—Gracias —responde Sonia, achuchándolo con todo su amor de madre.
—¿Nos tomamos esa cerveza? —propongo.
—¡Vamos!
Los tres nos dirigimos a la cocina con el último grito en electrodomésticos emocionales en brazos. Si es lo que deseaban, bendito sea. Mientras doy el primer trago a la cerveza helada, me acuerdo de nuevo de Danny Glover.
Soy demasiado viejo para esta mierda.

LA ÚLTIMA NAVIDAD DE TODD BANNING

(relato ganador del I certamen nacional de Cuentos Navideños de la Asociación de escritores La Destilería, 2012)

Todd Banning se ocultó detrás de un arbusto requemado por el sol y abarcó con la vista el paisaje desolador que una vez fue el estado de New Jersey. Tenía la certeza de que el grupo de hombres y mujeres con el que se había tropezado hacía tan solo unas horas le seguía.

No era algo nuevo.

Así había sido estos últimos tres años, desde que el mundo se fuera a hacer puñetas por la guerra. Aguantó la respiración y miró a través del visor telescópico de su rifle calibre .308, oculto como un felino al acecho. No tardó en localizarlos en la cruceta de la óptica de su arma: dos hombres y dos mujeres, todos armados, como manda el código de buenas maneras de la era postnuclear. Se encontraban lejos y fuera de tiro. En cuclillas, con todas las articulaciones de su cuerpo clamando venganza, se alejó de ellos, manteniéndose en todo momento fuera de su ángulo de visión. Esta vez, prefería despistarlos a matarlos, cosa que había hecho en ocasiones anteriores y en situaciones parecidas.

Las rodillas protestaron en estéreo con un crujido escalofriante. Normal. Era un milagro que no se las hubiera destrozado en los últimos treinta y seis meses de carreras y de dormir en cualquier sitio medio seco. Todd acababa de cumplir setenta y cuatro años cuando las bombas cayeron en las capitales, destruyéndolo todo y dejando una herencia de radiactividad para generaciones venideras. Cuando pensaron que nada peor podía pasar, llegaron los ataques bacteriológicos. Una cepa de viruela negra hizo aún más daño que los misiles. Eso sí, lo hizo sin prisas, cebándose, sobre todo, en los más jóvenes. Los más viejos, los que tenían la vetusta cicatriz oval de la vacuna en el brazo o en la pierna, los inmunes...

Esos fueron quienes más sufrieron, testigos de cómo una enfermedad horrible asesinaba a sus hijos y nietos sin piedad.

—Abuelo, esta vez huimos. No vamos a matar a nadie más, ¿verdad?

Todd contempló el rostro de su nieto Nathan. Estaba agachado junto a él, imitando su postura de combate. Su vestimenta, compuesta por unas zapatillas deportivas, unos tejanos azules y una sudadera verde, se encontraba impoluta, como si el polvo y la ceniza del páramo los respetara siguiendo algún pacto secreto e inexplicable. Su expresión no reflejaba miedo. Más bien, expectación.

—Sí, Nathan. Estoy cansado de matar. Hoy no pienso disparar a nadie.
—Entonces, ¿nos escondemos? —Su voz sonó divertida y excitada, como la de un crío a punto de empezar un juego infantil.
—Sí. Si seguimos agachados, no nos verán.
Todd avanzó por el pedregal con los sentidos alerta, temeroso de encontrar algún grupo de supervivientes que pudieran hacerle daño a él o a su nieto.

Sabía cómo funcionaban.

Engañaban a la gente presentándose amablemente, para luego robarles las armas y matarlos, o algo peor.

Saqueadores.

Él nunca les dio la oportunidad de hacerlo.

Cazaba desde los quince años, y su fiel Remington 700 era parte de él. Era un anciano, sí, pero el pulso no le temblaba cuando clavaba una presa en la cruceta de su visor telescópico. Exhalaba el aire lentamente, oprimía el gatillo con una caricia firme y la víctima caía abatida sin saber siquiera qué la había matado.

Jamás les permitió acercarse.

Nunca se arriesgó a caer en sus mentiras.

Los mandaba al otro barrio antes de dejarse embaucar por las palabras.

Una vez eliminó a una banda de siete, uno detrás de otro, con infinita paciencia. Cada vez que uno de ellos asomaba el morro, ¡bang! le volaba la cabeza. Todd no hacía distinción entre hombres y mujeres, para él, eran igual de peligrosos. Incluso llegó a engañarse a sí mismo, al considerar que matarlos era una buena obra.

Morir era mejor que vagar por los páramos, a merced de caníbales o bestias monstruosas, mutadas por la radiación.

Muerto se descansa en paz.

O eso decían en la iglesia.

Todd tosió dos veces. Fue un espasmo seco y doloroso. Notó un sabor salado en la boca y se palpó los labios con los dedos. Al apartarlos, vio que se habían teñido de rojo.

Sangre.

—¿Te encuentras bien, abuelo?
El viejo se limpió los dedos en el pantalón a toda prisa, para que su nieto no la viera.
—Sí, Nathan. Ya no nos ven, corramos.
Y Todd echó a correr, con sus setenta y siete años a cuestas, una mochila a la espalda, un rifle de caza en la mano y el alma a punto de salírsele del cuerpo.

Se detuvieron treinta minutos después, con el corazón desbocado, las piernas doloridas y sin aire en los pulmones. Todd se sentó en el suelo, creyendo morir. Durante estos últimos tres años de soledad se había

sentido agotado muchas veces, pero hoy era distinto. Elevó los ojos al cielo y vio nubes oscuras que traían algo más que un mal presagio.

La lluvia, otro terror más para la colección de horrores postnucleares. Desde el holocausto, el agua que caía del cielo era tóxica. Buscó con la mirada un lugar donde guarecerse del inminente chaparrón y vislumbró a lo lejos las paredes blanquecinas de un edificio, entre esqueletos pelados de árboles. Conjurando todas sus fuerzas, se levantó y se dirigió hacia él. No tardó en distinguir los restos de una carretera asfaltada que corría paralela a la estructura. Aquello tenía toda la pinta de haber sido una estación de servicio.

—Sígueme, Nathan. No te quedes atrás.

Los truenos comenzaron a retumbar a lo lejos, amenazando con verter su veneno sobre la Tierra una vez más. Todd rodeó los árboles secos y cruzó los lindes del área de servicio. Contó tres edificios: la gasolinera, con su tienda abarrotada de artículos caducados, parecía no haber sufrido saqueos después de haber sido abandonada. Junto a la gasolinera, había una construcción de dos pisos, en cuyos bajos se ubicaba una cafetería con los cristales rotos y un luminoso apagado que rezaba *Abierto 24 horas*. La última estructura, la más grande, estaba ocupada por un drugstore que debió tener muy buena pinta en el pasado. Dentro había de todo, como en uno de esos bazares chinos en los que se encuentra cualquier cosa que se busque, por muy rara que sea. Todd se dirigió hacia el local, atraído por las estanterías repletas de género, preguntándose por qué aquel área de servicio había escapado a los saqueos, siendo un objetivo tan apetecible para cualquier merodeador del yermo.

—¡Mira, abuelo!

Todd le ordenó detenerse con un gesto de la mano.

—Quédate ahí, Nathan, y no mires.

Uno, dos, cuatro...

Todd contabilizó siete cadáveres repartidos por el parking. No eran recientes, pero tampoco demasiado antiguos. La intemperie malsana los había convertido en una especie de cruce entre esqueleto y momia. Por las posturas y las armas que había alrededor, habían muerto en un tiroteo. Todd recogió un viejo rifle calibre .308 del suelo, sacó los dos cartuchos que conservaba y se los guardó en el bolsillo. Cualquier munición, por muy poca que fuera, era bienvenida. Dos balas equivalían a dos muertos. Echó un vistazo al cielo y vio que la lluvia mortal estaba a punto de derramarse sobre él. Sin pensárselo dos veces, llamó a su nieto y entraron en el drugstore, con el Remington apuntando al frente.

—Siéntate ahí, Nathan —ordenó, señalándole un rincón despejado de la tienda.

—Sí, abuelo.

Junto a una de las ventanas, Todd encontró a los defensores del comercio, o mejor dicho, lo que quedaba de ellos. Eran dos. Por los restos de ropa, un hombre y una mujer, y por el cabello negro y liso de ambos, lo más seguro es que fueran chinos.

A Todd no le costó recrear la escena del tiroteo en su mente: los siete salteadores habían intentado atacar el comercio, todo un dulce para los tiempos que corren, y se habían encontrado con dos buenos tiradores detrás del mostrador. Los atacantes se habían convertido en carne de cañón en cuanto cruzaron los límites del parking. Envalentonados por la superioridad numérica, habrían decidido tomar la tienda al asalto y se encontraron con una lluvia de balas. Probablemente, el grupo de saqueadores estaba formado por un maestro de escuela, un funcionario de correos, un par de amas de casa y algún que otro dependiente mal pagado. Esos eran los bandidos amateur de la era posnuclear, convertidos en militares por pura necesidad.

Y así les había ido, a cuenta de su inexperiencia.

De todos modos, habían conseguido abatir a los defensores.

Todos muertos.

Todd registró los lineales del almacén. Las estanterías estaban a rebosar de producto, incluidas las de la sección de supermercado. La mayor parte de los alimentos y bebidas estaban caducados, aunque eso no le preocupaba demasiado. Para él, la fecha de caducidad otorgaba a las provisiones el valor añadido del whisky. Comida con solera. Aquello era la prueba definitiva de que aquella área de servicio había pasado desapercibida durante los últimos tres años, a excepción del grupo del fallo épico. Al cargarse también a los dueños, habían convertido el pequeño complejo de edificios en un pueblo fantasma.

Aquella gasolinera estaba en mitad de ninguna parte, a un lateral de una carretera comarcal poco transitada. Aguzó el oído y oyó una corriente de agua. Se asomó por una de las ventanas traseras y vio un pequeño río de aguas limpias, bajando a no más de treinta metros del comercio. Si el agua era potable, les acababa de tocar la lotería.

—Abuelo, nos vamos a quedar en este sitio, ¿verdad?

Todd asintió.

—Parece seguro. En cuanto pare la lluvia retiraré los cadáveres. Los enterraré lejos, ¿vale?

—Me parece bien, pero no me dan miedo, ¿eh? —aclaró.

—Lo sé, grandullón.

Afuera, las nubes comenzaron a descargar una lluvia gruesa que arrastraba la radiación de los núcleos urbanos devastados por las bombas. Todd entró en el despacho de la tienda y se sentó en un sillón giratorio. Le pareció el paradigma de la comodidad. Sobre la mesa, un polvoriento teclado Dell a juego con una pantalla plana parecían tan

muertos como sus dueños. Todd tecleó algo por el simple placer de teclear. Hacía tres años que no veía uno de esos.

—Abuelo.

—Dime, Nathan.

—¿Puedes sacar tu almanaque? Quiero saber cuánto falta...

Todd se descolgó la mochila y extrajo de ella una especie de cuaderno de anillas pequeñas, doblado y algo ajado por el tiempo y las caminatas. Era su segundo mejor tesoro, después de su fiel Remington: un almanaque que cubría cincuenta años, uno por cada página, desde 2030 a 2080. Todd había tachado religiosamente cada día que pasaba, sin faltar a su cita diaria con el calendario, para así saber exactamente en qué día se encontraban, aunque eso, en la soledad del páramo, no sirviera para nada. Era una forma de controlar su cumpleaños, el de Nathan, el Cuatro de Julio, Acción de Gracias y demás fiestas señaladas, que él celebraba con su nieto dando cuenta de cualquier cosa que encontraran en el camino o tuvieran la suerte de cazar.

—¿Qué día es hoy, abuelo?

—21 de diciembre de 2036.

—Entonces, ¡solo faltan tres días para Navidad!

Todd sonrió a su nieto, y una punzada de dolor le sacudió el pecho a traición. Aguantó la respiración durante unos segundos, y de nuevo sintió el sabor de la sangre en la boca. Setenta y siete años, en un mundo diabólico que se llevaba por delante a jóvenes sanos y fuertes. Él era un intruso en ese mundo, alguien que ya no debería estar allí. Y para colmo, había precipitado la muerte de muchos semejantes para protegerse a sí mismo y a Nathan.

Matar para no morir.

—Abuelo, ¿no estás cansado de huir?

—Sí, Nathan. La verdad es que cada día me siento más cansado.

—¿Por qué no hacemos una cosa? ¿Quieres que busquemos un árbol, lo adornemos con bolas de colores y luces, y celebremos aquí la Navidad como cuando estábamos en casa, con mamá?

—Eso podría atraer a saqueadores, Nathan. Sería peligroso.

Nathan negó con la cabeza. Su entusiasmo superaba con creces a la prudencia.

—No podemos huir siempre, abuelo. Este es buen lugar para quedarse, ¿y quién te dice que si viene alguien no será buena gente, como nosotros? Nunca le hemos dado una oportunidad a nadie. ¿Y si hemos estado equivocados todo este tiempo?

Todd lo dudaba, pero su nieto parecía decidido y él no tenía fuerzas para discutir.

—Cuando la lluvia pase, buscaremos adornos navideños. Seguro que en esta tienda tienen. ¿Lo harás por mí, abuelo?

Todd le dijo que sí con un movimiento de cabeza. Se sentía realmente

mal. Su nieto tenía razón. Huir, ¿para qué? ¿De quién? ¿Tal vez de los fantasmas que él mismo había creado a lo largo de tres años de miedo y soledad?
Pensando en esto, el viejo se quedó dormido en el sillón giratorio.

El hombre se agachó junto a una gota de sangre que adornaba una piedra del tamaño de un cráneo humano. Tenía la barba dura como papel de lija y unos ojos claros, casi fluorescentes. Sus compañeros, dos mujeres y otro hombre, se detuvieron a su lado, con las armas preparadas.
—¿Crees que esa sangre podría ser del viejo, Pete? —preguntó una de las mujeres, una joven de cabello corto y rubio.
—Podría ser. Tenemos que ir con mucho cuidado y no confiarnos. Es más peligroso de lo que parece.
—Yo creo que solo está asustado —opinó el otro hombre, un tipo menudo con una gorra de beisbol de los Baltimore Orioles y un fusil de asalto M16 entre las manos; un inmejorable botín sacado de un camión de la Guardia Nacional despeñado por un barranco—. Tú dirás qué hacemos, Pete...
El rastreador se puso de pie y se limpió la sangre en un pañuelo sucio. Los demás lo miraron en silencio, esperando sus palabras.
—Si lo encontramos, nos mantendremos a distancia —decidió—. No quiero asustarlo más de lo que está. —Pete se volvió hacia la joven de pelo corto y le acarició el vientre—. ¿Cómo estás, Lola? ¿Necesitas descansar?
La chica negó con la cabeza y se echó la escopeta al hombro. Miró al cielo y señaló una granja que se encontraba a una milla de distancia.
—Deberíamos refugiarnos en esa casa. Parece que va a llover.
Pete asintió.
—Espero que esté abandonada. Tú ve detrás, Lola. Johnny, Sandy, nosotros por delante.
Johnny y Sandy, la otra joven de pelo negro y lacio, avanzaron hacia la granja junto a Pete, como comandos. Lola iba detrás de ellos, con la escopeta lista para abrir fuego. Encontraron la puerta abierta. La casa estaba abandonada y había sido saqueada mucho tiempo atrás. No vieron cadáveres. Mejor para ellos. Por suerte, los saqueadores habían dejado un par de sofás y sus respectivos sillones a juego. Afortunadamente, el tejado seguía en su sitio después de tres años de posguerra, y la mayor parte de los cristales también.
En silencio, vieron llover hasta que se quedaron dormidos entre cojines polvorientos pero mullidos. Afuera, la noche pasada por agua transcurrió lenta y en paz.

Cuando el cielo se despejó al día siguiente, Todd exploró todos los edificios de la estación de servicio. Mientras lo hacía, degustó una

tableta de chocolate, cosecha de 2033. La chocolatina estaba rancia y pálida, como si estuviera muerta, pero a él le supo a gloria. Encontró varias habitaciones con camas en el segundo piso de la cafetería. Sacudió el polvo y extendió las sábanas para que se airearan un poco. Aquel era un lujo impensable para su nieto y para sus huesos cascados. En el almacén, detrás del bar, localizó cuatro grupos electrógenos Yamaha. Empujó dos de ellos hasta el parking. Las ruedas seguían engrasadas, por lo que no le costó demasiado moverlos. Entonces se acordó de los cadáveres. Tenía que retirarlos de allí. Por mucho que temiera más a los vivos que a los muertos, no era agradable convivir con ellos.

Vistos de cerca, se dio cuenta de que habían sido parcialmente devorados por carroñeros, aparte de que el tiempo los había ido descarnando. Pesaban muy poco, y estaban tan resecos que parecían material de atrezo. Utilizó una carretilla para llevárselos lejos del aparcamiento, a un bosquecillo cercano habitado por árboles raquíticos. Todd se preguntó si algún día volverían a tener hojas verdes o si estaban tan muertos como los fiambres que transportaba. Desde 2033, todo se había vuelto gris: las ciudades, los pueblos, los campos, el pasado, el presente y el futuro. Dio varios viajes con la carretilla cargada de cadáveres hasta formar una pila en un recodo de la arboleda muerta. Su respiración era crítica. En ese momento ya no tuvo dudas.

Se estaba muriendo.

Un nuevo arranque de tos le hizo expeler diminutas gotas de sangre, como pulverizadas por un aerosol. No había médicos, y si quedaban medicinas en la tienda, no sabría cuál tomarse. En esta nueva era, enfermabas y morías. Al menos, el proceso era rápido. ¿Por qué estaría pasándole aquello, aparte de por la edad? Tal vez fueran las piezas que cazaba. Había abatido a varios ciervos, a un par de jabalíes y a muchos cerdos domésticos y errantes, escapados de sus granjas arruinadas por la guerra.

Animales radiados hasta la médula, seguro.

Se había envenenado a sí mismo, alentado por el orgullo de ser capaz de cazar para vivir. Un setentón superviviente, el puto rey del mambo, que ahora echaba los pulmones por la boca, convertidos en un steak tartar. ¿Y qué podía hacer para remediarlo? Nada más que rezar para que fuera rápido y poco doloroso, aunque no las tenía todas consigo. Las punzadas en el pecho eran cada vez peores.

Su nieto.

Esa era su mayor preocupación.

No podía irse de este mundo dejando a su nieto solo.

Miró la pila de cadáveres. Al final, había mezclado asaltantes con asaltados, y los chinos muertos abrazaban a sus asesinos como si

fueran colegas de toda la vida. Así se iban a quedar. Seguramente, si se hubieran conocido años atrás, cuando el mundo era civilizado, se habrían llevado bien. Ahora no había personas normales. Solo quedaban supervivientes, dispuestos a pegarte un tiro para robarte las botas.

Hoy, se dispara primero y se pregunta después.

Y si te puedes ahorrar la pregunta, eso que ganas.

Todd se dijo que no malgastaría sus últimas fuerzas en enterrar a unos desconocidos medio momificados. Se santiguó en silencio, rezó una oración para sus adentros y los dejó en el bosque, para que la madre naturaleza los reciclara, si es que aún le quedaban ganas de hacerlo. Con pasos lentos, regresó al área de servicio, que ahora consideraba suya. Buscó a su nieto con la mirada y lo encontró a su lado. No lo había visto venir.

—Abuelo, ¿buscamos un árbol para adornarlo?

El viejo señaló los grupos electrógenos Yamaha.

—¿Ves eso de ahí? Vamos a adornar los edificios con todas las bombillas que haya en la tienda, y si encontramos un árbol y adornos, lo colocaremos en mitad del parking, cargado de luces de colores. ¿Me ayudarás, Nathan?

—¿Claro que sí!

—Espérame aquí, voy a buscar una escalera. Vigila. Si ves algo extraño, llámame.

—Vale, abuelo.

Todd encontró una escalera de aluminio en un cuarto de herramientas, en la parte trasera de la gasolinera. Ató un cubo de plástico a una cuerda y abrió los depósitos de combustible del suelo. Estaban casi a tope de combustible. Sacó gasolina a base de cubos y repostó los grupos electrógenos. Los arrancó y comprobó, satisfecho, que funcionaban. Tecnología japonesa. Después de tres años, volvía a tener electricidad. Le entraron ganas de meter los dedos en un enchufe para sentir un calambrazo.

—¡Qué demonios! —exclamó, y fue a por los otros dos. Ya que tenía energía eléctrica y gasolina para derrochar, montaría una Navidad por todo lo alto.

Su nieto se lo merecía.

Todd y Nathan invirtieron gran parte de la mañana en investigar tanto las estanterías del drugstore como la cafetería. En un rincón del almacén encontraron un árbol de Navidad envuelto en plástico transparente. Era una burda imitación de un abeto de dos metros de altura, con patas plegables, pero serviría. Junto al árbol, localizaron varias cajas de cartón que contenían bolas de colores, guirnaldas metalizadas, figuritas de Papá Noel y cajitas que simulaban regalos. También recuperaron varios carteles brillantes que deseaban una Feliz

Navidad. Sin duda alguna, aquello era el set de adornos navideños de la cafetería. Todd y Nathan sacaron el árbol y las cajas al aparcamiento. El viejo estaba tan entusiasmado que ni sentía las molestias en el pecho.

Todd se atrevió a subirse a la escalera para colgar las guirnaldas y los carteles de Feliz Navidad en la fachada de la cafetería y del almacén. También encontró varias regletas de enchufes y un montón de lucecitas de colores en el drugstore. Las colocaron todas en el árbol. El viejo también fabricó guirnaldas con las bombillas de bajo consumo que encontró y que conectó a un rollo de cable eléctrico.

Fue un 22 de diciembre agotador. Estaba a punto de anochecer cuando Todd y Nathan dieron la tarea por terminada. Al anciano le costaba respirar, aunque no se lo confesó a su nieto.

—¿Probamos el alumbrado, abuelo?

—Mañana —rogó Todd, jadeante—. Necesito descansar.

El viejo encaminó sus pasos a la habitación que había elegido en el piso superior de la cafetería. Le costó horrores subir la escalera. Comió el contenido de unas latas rescatadas de la tienda y se quedó dormido poco después de dar cuenta del festín.

A pesar de que le dolía el pecho, se acostó con una sonrisa en los labios.

Todd se despertó el 23 de diciembre después del mediodía. No recordaba haber dormido tanto desde hacía, al menos, cuarenta años. Buscó a su nieto, pero no estaba en la habitación. Bajó a la cafetería y salió al aparcamiento. Allí estaban los cuatro grupos electrógenos, repostados hasta la boca, listos para ser conectados.

Nathan estaba sentado en el porche de la gasolinera, esperando a su abuelo.

—¿Hacemos la prueba ahora?

—Claro que sí.

Todd puso en marcha los cuatro generadores, y estos comenzaron a vibrar con fuerza. Los cables que partían de ellos parecían los tentáculos de uno de esos entes primigenios que tanto le gustaban a Lovecraft. Todd reparó en que hacía años que no leía un libro. Había visto algunos ejemplares, alabeados por la humedad, en un expositor, dentro de la tienda de la gasolinera. Se dijo que debería coger alguno, para leerlo. Pero antes, pulsó los interruptores rojos de las regletas y todas las luces se encendieron a la vez, aunque no lucieran tanto como debían al ser de día.

Pero lo importante era que el despliegue luminotécnico funcionaba. Nathan aplaudió, y su abuelo se dio cuenta de que aún faltaba algo importante.

—Voy a ver si encuentro una cosa.

El viejo entró en la cafetería y regresó con un antiguo reproductor de

CDs que tenía, por lo menos, treinta años. Lo enchufó en una de las regletas y subió el volumen al máximo.
—¡Villancicos! —celebró Nathan, con una sonrisa en su rostro.
—Y ahora, a disfrutar de nuestra Navidad.
Todd arrastró hasta el aparcamiento una butaca de jardín que encontró en la tienda, se tumbó en ella, se echó una manta por encima y abrió el libro que había seleccionado del expositor. Era un volumen viejo, de bolsillo, no demasiado largo: *El halcón maltés*, de Hammett.

Sabía que no le quedaba tiempo para más.

Abrió el libro con parsimonia y comenzó a leer, aunque el cansancio no tardó en vencerlo.
—¡Escuchad! ¿Oís eso?
Los dos hombres y las dos mujeres aguzaron el oído. A lo lejos se oía música. La joven de pelo corto ladeó la cabeza, como si así pudiera oír mejor, y soltó una risita nerviosa que pareció resonar aún más fuerte a causa de las tinieblas que comenzaban a invadir el páramo.
—Juraría que es *Tinker Bells*.
—No me jodas —exclamó Johnny, echándose la gorra hacia atrás—. ¿Acaso es Navidad?
—No tengo la menor idea —gruñó Pete—. Joder, no escuchaba música desde que el mundo se derrumbó.
Sandy, la joven de melena lacia y negra, pidió prudencia.
—Tengamos cuidado. Podría ser una trampa.
—¿Y si es el viejo? —preguntó Lola.
—Avancemos con precaución —decidió Pete—. Todos detrás de mí.
Pete había sido policía en su vida anterior, y por esa razón el grupo lo había elegido líder. Hacía ya más de dos años que viajaban juntos, y por ahora habían sobrevivido a todos los percances en los que se habían visto envueltos. En aquel nuevo mundo, cruel y despiadado, no había lugar para los tibios. Caminando medio agachados, envueltos en la oscuridad, remontaron la colina para quedarse con la boca abierta.
—¡No me jodas!
Desde la cima divisaron los edificios que componían la estación de servicio iluminados con bombillas de colores. La música ahora les llegaba con total nitidez, y *Tinker Bells* dio paso a una versión de *Angels from the realms of glory* cantada por un coro celestial. A Lola, la chica del pelo corto, se le escapó una lágrima que nadie advirtió a causa de la oscuridad.
—Entonces, ¿es Navidad? —volvió a preguntar Johnny, que no salía de su asombro.
—Debe de serlo —concluyó Pete—. Echemos un vistazo más de cerca.
Descendieron la ladera separados, en formación militar, como habían hecho tantas otras veces. En caso de que empezara la fiesta, lo peor era permanecer juntos. Todos iban con sus armas en ristre, dispuestos

a apretar el gatillo si era necesario.
—Lola —susurró Pete a la joven de pelo corto—, detrás de mí.
Lola se pegó a él. Su presencia la reconfortaba y le transmitía seguridad. Entre ellos y el área de servicio había árboles que ofrecían cobijo y protección. Johnny le hizo una seña a Sandy, quien clavó la rodilla en tierra y apuntó el rifle hacia la gasolinera. Después de Pete, era la mejor tiradora del grupo. Johnny avanzó, sintiéndose seguro al estar cubierto por su compañera. Pete se le adelantó, llegó a la gasolinera y exploró el aparcamiento con la mirada. Lo que vio le impulsó a bajar el arma.
—Venid —dijo, en voz baja.
Los villancicos seguían sonando en el reproductor de CD. En el centro del aparcamiento, había un abeto de plástico cargado de adornos navideños y rodeado de guirnaldas y luces intermitentes. Debajo del árbol, descubrieron un par de paquetes envueltos en papel de regalo. A pocos metros de distancia, un hombre descansaba sobre una tumbona, envuelto en una manta. Sostenía un libro en su regazo.
—Hola —saludó el hombre de la tumbona, con voz débil—. Acercaos. Mi nieto y yo os estábamos esperando.
Lola se adelantó con la escopeta a medio bajar. Buscó al niño con la vista, pero no lo vio. Cuando estuvo a unos pasos, reconoció al viejo al que llevaban siguiendo desde hacía tres días.
—Hola —saludó Lola, dejando la escopeta en el suelo. Pete se acercó por detrás de la tumbona, manteniendo a Todd encañonado, por si acaso. Sabían que el viejo era más peligroso de lo que a simple vista parecía, aunque en ese momento no asemejaba ser más que un abuelo bonachón, enfermo y cansado.
Todd contempló a Lola con sus ojos agotados y la invitó a acercarse. Ella obedeció. Él se fijó en su abdomen abultado.
—Así que no es cierto lo que dijeron —dijo—. La epidemia no dejó estéril a la raza humana.
Lola llevó la mano del viejo a su vientre y le dedicó una sonrisa.
—Por lo visto, se equivocaron —dijo ella—. Y por las patadas que da, creo que será un crío sano y fuerte. Un superviviente, como todos nosotros.
Todd asintió y llamó a los demás. Tenía ambas manos a la vista, lo que tranquilizó al grupo. Pete se dejó ver y lo saludó.
—Me llamo Pete. ¿Y usted?
—Todd Banning, pero llamadme Todd.
—¿Está solo, Todd?
—No. Estoy con mi nieto, Nathan. Está aquí, ¿es que no le veis? Nathan, saluda...
Johnny buscó al crío por los alrededores.
—Qué coño, aquí no hay ningún...

Un codazo certero de Sandy en las costillas le hizo cerrar el pico.
—Claro que lo vemos —mintió la joven—. Es un chico guapísimo.
—Mi hija murió durante la epidemia —recordó Todd, con un hilo de voz—. Él, sin embargo, logró sobrevivir a la enfermedad. Me costó horrores separarlo de su madre, pero al final lo convencí para que me acompañara. Desde entonces, no nos hemos separado jamás. Es un chico muy obediente y noble. Sin él, me habría vuelto loco.
Los cuatro intercambiaron miradas tristes. Lola se agachó y cogió a Todd de la mano.
—Le seguimos desde hace días. Le encontramos delirando en unas ruinas, a unas cuantas millas de aquí, ¿no se acuerda? Luego salió usted corriendo y nos amenazó con un rifle.
Todd no respondió.
—Temimos por usted —reconoció Johnny—. La verdad es que nos impactó ver a alguien de su edad viajando solo por el yermo.
—Solo no —le corrigió el viejo—. Con mi nieto, Nathan.
—Cierto —rectificó Johnny, azorado—. Con su nieto.
—Todo esto ha sido idea suya —explicó Todd, señalando los adornos navideños que engalanaban los edificios—. Mañana es Nochebuena, ¿sabéis?
—Creí que nunca volvería a vivir otra Navidad —dijo Lola, sin soltarle la mano—. Hay que agradecérselo a Nathan. Hoy, gracias a él, este maldito páramo es un poco mejor.
Todd se dobló en un ataque de tos que le tiñó de rojo los labios. Lola cruzó una mirada con Pete, y éste negó con la cabeza. No pintaba bien. Cuando se le pasó el ataque, Todd señaló los dos paquetes que había dejado bajo el árbol.
—Eso es para vosotros. Yo no lo necesitaré más. —Le apretó la mano a Lola—. Ve y ábrelo, cielo. Son mis regalos de Navidad.
Ella obedeció y se arrodilló junto a los paquetes. Primero tomó el más pequeño, el que era del tamaño de un libro. Rompió el papel y el almanaque quedó a la vista. Tenía un bolígrafo nuevo sujeto a él. Cuando Lola abrió el calendario, descubrió que tenía los años anteriores tachados día a día. Comprobó el de hoy y también lo estaba: 23 de diciembre de 2036.
—Si tacháis cada día, siempre sabréis en qué fecha vivís. Todavía durará cuarenta y tantos años. Cuidadlo bien.
Lola abrazó el almanaque después de comprobar, una vez más, que al día siguiente sería Nochebuena. Sandy se agachó y tomó el segundo bulto. Por la forma alargada, ya había adivinado de qué se trataba.
—¿Puedo abrirlo, Todd?
—Adelante.
Desgarró el papel de dos tirones y descubrió el Remington con visor telescópico. Sandy miró al anciano, que se anticipó a sus palabras

haciendo un gesto de desdén con la mano.
—Pasado mañana ya no estaré aquí. Eso no me hará falta donde voy...
—No diga eso —lo reprendió Lola, acercándose a él—. Esto puede ser un mal catarro, o algo parecido. Tal vez encontremos medicinas ahí dentro...
Todd negó y volvió a agarrarle la mano a Lola.
—Solo os pido dos favores: el primero, que me dejéis vivir mi última Nochebuena rodeado de estas luces y escuchando villancicos; el segundo, que cuidéis de mi nieto cuando yo me haya ido.
Lola hizo un esfuerzo enorme para que la voz no le temblara.
—Delo por hecho, Todd. Se lo prometo.
—Iré por otra manta —decidió Pete, internándose en la cafetería—. Creo que esta Navidad va a ser muy larga.

Acomodaron la tumbona de Todd en la cafetería, de modo que él pudiera contemplar las luces, escuchar los villancicos y estar a resguardo a la vez. Lola le leyó *El halcón maltés* al anciano hasta el final.
—Spade miró a la mesa y asintió con un movimiento de cabeza casi imperceptible —leyó—. «*Sí*», dijo con un estremecimiento, «*hazla pasar*».
Todd le agradeció la lectura a Lola con un débil apretón de manos y volvió a quedarse adormilado. Johnny repostó combustible para los generadores, que trabajaron toda la noche sin descanso. Por fin, la madrugada del 24 dio paso a una brisa matutina que vino cargada de magia.
Ni siquiera vigilaron el perímetro, y eso que las luces y la música llamaban la atención en el silencio del páramo como un loco tocando la batería en mitad de una misa de difuntos. Johnny y Sandy midieron la radiación del agua del río con su contador *geiger*: estaba milagrosamente limpia. Pete reflexionó en voz alta.
—Tenemos agua potable, techo, electricidad... podríamos quedarnos aquí —se dirigió a Lola—. Además, tú estás a punto de dar a luz. Mejor hacerlo aquí que en mitad de ninguna parte.
—Por mí, de acuerdo —aprobó Johnny—. ¿Tú qué dices, Sandy?
—Hay provisiones de sobra en las tiendas. Esto es una ganga.
Lola rubricó la unanimidad.
—Pues no se hable más. Nos quedamos.
—Perdón...
Los cuatro se volvieron a la vez con las armas apuntando hacia el desconocido que acababa de surgir de la nada. Era un hombre de unos cincuenta años, acompañado de una mujer algo más joven y de una chica desaliñada que no llegaría a los quince. La única arma que vieron fue un revólver que colgaba del cinturón del hombre, dentro de su funda. Tenían cara de estar hambrientos y cansados.

—Perdón —repitió el hombre—. No teman, no es nuestro deseo hacerles ningún daño. Hemos oído la música y hemos visto los edificios adornados. ¿Es Navidad?
—¿Quiénes sois? —preguntó Sandy, sin dejar de apuntarles.
—Me llamo Ralph Winston, soy médico. Ella es mi esposa, Wendy, y la pequeña es Teresa. La encontramos hace seis meses, vagando cerca de Riverton. Desde entonces viaja con nosotros.
Pete se adelantó un par de pasos.
—¿Ha dicho que es usted médico?
—Cardiólogo. Aunque en los tiempos que corren, la especialidad no tiene mucho valor.
—Más de lo que usted cree. Me llamo Pete. Sígame, quiero que le eche un vistazo a alguien.
Lo condujeron a la cafetería, donde Todd seguía adormilado. El doctor Winston frunció el ceño y compuso una mueca de disgusto. El anciano no tenía buen aspecto. Para sorpresa del doctor Winston, éste abrió los ojos.
—Hola…
—Hola. Soy el doctor Winston.
—Yo soy Todd. Bienvenido. —El anciano colocó su mano en el hombro del médico—. Hágame caso, doctor, y no pierda el tiempo conmigo: disfrute de esta Navidad y no se preocupe por mí —dicho esto, sus ojos se centraron en Pete—. Ya veo que no le habéis disparado. Bien. Tal vez haya llegado el tiempo en que los hombres deban confiar los unos en los otros y comiencen a reconstruir este mundo hecho pedazos. Sois jóvenes, y deberíais mirar hacia el futuro con ilusión. Si hay más mujeres embarazadas, como Lola, aún queda esperanza.
Y Todd se durmió de nuevo.
—¿Hay una embarazada en vuestro grupo? —le preguntó el doctor Winston a Pete, con los ojos muy abiertos.
—Sí, Lola. ¿No la vio usted al llegar?
—Cuando alguien te apunta con un arma, en lo último que te fijas es en si tiene la barriga gorda —rezongó el doctor—. Se rumoreaba que la guerra bacteriológica había acabado con la posibilidad de procrear. ¿Puedo verla?
—Por supuesto —concedió Pete—. Le acompaño, doctor.

Todd pasó la tarde en un duermevela, durante el cual mantuvo largas conversaciones con su esposa, su hija y su nieto. Lola permaneció a su lado casi todo el tiempo, asistiendo a sus charlas con contertulios invisibles. Algunas veces entendía lo que decía, aunque la mayoría de las parrafadas no eran más que balbuceos sin sentido. La joven había oído que cuando uno está al borde de la muerte, los fantasmas se vuelven más reales que los vivos. De vez en cuando, Todd daba

testimonio de su lucidez y llamaba a Lola por su nombre. A través de los altavoces, un coro infantil deseaba feliz navidad y próspero año nuevo.
—Este es un buen lugar para volver a empezar —le susurró Todd a Lola—. Quiero que mi nieto Nathan se críe aquí, con vosotros. ¿Dónde está?
—Está jugando junto al árbol de Navidad —lo tranquilizó Lola—. Está bien, Todd, no se preocupe más por él. Lo cuidaremos como si fuera nuestro propio hijo.
—Y él cuidará del tuyo —apuntó Todd, clavando sus ojos acuosos en el vientre abultado de Lola—. Dile a Pete que abra sus brazos al mundo. Es hora de que trabajéis por él. No os dejéis vencer... ¿qué música suena ahora, Lola?
—Santa Claus está llegando a la ciudad.
—Ah... Siempre fue mi favorita.
Esas fueron las últimas palabras de Todd Banning.

La mañana del 25, Todd fue enterrado en un claro del bosque, detrás de la cafetería y no muy lejos de la carretera abandonada. Pete y Johnny cavaron un hoyo, lo decoraron con piedras y hasta colocaron una lápida hecha con una baldosa de repuesto que encontraron en el almacén. En ella pusieron, simplemente, Todd. Lola, Sandy y Wendy apagaron el CD y desenchufaron las luces.

El páramo, una vez más, quedó en silencio.

Un poco después de las cuatro de la tarde, Lola sintió una punzada en la cafetería, donde todos conversaban sentados alrededor de una taza de algo parecido a café que Wendy había preparado con todo el amor del mundo. Pete brincó al lado de Lola y la agarró del brazo. Ella tenía el rostro crispado.
—Lola, ¿va todo bien?
—El niño... creo que ya viene...
El doctor Winston intervino con rapidez. Johnny salió de la cafetería acompañado de la joven Teresa, que tampoco estaba por la labor de presenciar el parto. Wendy, la esposa de Winston, hizo de enfermera. Pete asistió al alumbramiento con Sandy, aunque ninguno de los dos colaboró demasiado. Después de dos horas de sufrimiento, un llanto infantil volvió a romper el silencio del área de servicio.
—Es un niño —informó Winston a Lola, mientras le cortaba el cordón umbilical—. Un niño completamente sano. Esto es increíble. Enhorabuena.
Pete besó a Lola en los labios. Ésta abrazó al bebé que Wendy acababa de lavar en una palangana de agua tibia. Pete le habló a Lola al oído.
—Ahora viene lo más difícil: buscarle un nombre al pequeñajo.
—Ya lo tengo decidido —dijo Lola, contemplando el pequeño rostro que hacía mohines con los ojitos cerrados.

Pete frunció el ceño.
—¿Que lo tienes decidido? Hace tres días te pregunté y no lo tenías nada claro.
—Ahora sí. Se llamará Nathan.
Pete esbozó una sonrisa.
—Nathan me parece el mejor nombre del mundo.

Ciudadanos de Nathanville:
Hoy es 25 de diciembre de 2096. Hoy celebro mi sesenta cumpleaños, a la vez que celebro una vez más la Navidad con todos vosotros, como cada año. Ya somos setenta mil habitantes. No ha sido un camino de rosas, pero desde que mis padres fundaron este enclave, hemos podido restablecer, a lo largo de muchos años de trabajo, el fluido eléctrico y el suministro de agua potable. Hemos construido escuelas y hospitales. Tenemos servicio de correos con otras ciudades, y el comercio, hoy, es más próspero que nunca.
Las capitales antiguas siguen siendo inhabitables por la radiación, pero han surgido nuevos enclaves como el nuestro, donde personas honestas trabajan unidas para sacar adelante a la Tierra. Científicos, ingenieros, médicos, militares... Poco a poco, estamos recobrando la tecnología que perdimos y la industria vuelve a funcionar. En unas décadas, habremos recuperado todo lo que la guerra arrebató a nuestros padres y abuelos.
El mundo sigue adelante gracias a las pequeñas aportaciones que se hicieron al calor de los rescoldos aún encendidos de las cenizas de la humanidad. Una de ellas fue la del viejo Todd, a quien llamo mi abuelo, aunque realmente no lo fuera. Él, sin saberlo, sentó las bases de lo que a partir de entonces volvimos a llamar civilización.
Ciudadanos de Nathanville, una vez más os recuerdo que esta ciudad no me debe su nombre a mí, sino al nieto del viejo Todd, cuyo espíritu realmente estuvo aquí y sirvió de inspiración a mis padres, los fundadores de este pueblo.
Hoy, Nathanville es un grano de arena en la enorme playa de la nueva humanidad. Aquí, en Europa, en Asia, en África... existen muchos lugares como este, que miran hacia el futuro con dignidad y alegría.
Y, sobre todo, respirando paz. No olvidemos que hizo falta una guerra terrible para traer la paz al mundo. Trabajemos todos juntos para que eso no vuelva a repetirse.
No me extenderé más. Tan solo me queda desearos, como todos los años, una Feliz Navidad.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

- El secreto de Boca Verde (2013, venta exclusiva en Amazon, versión digital)
- La conspiración del rey muerto (2015, venta exclusiva en Amazon, versión digital y tapa blanda)
- La iglesia (2017, venta exclusiva en Amazon, versión digital y tapa blanda)
- El puño del emperador (2021, Ediciones B)
- La sombra del impostor (2023, Ediciones B)
- Siempre vienen de noche (2024, Ediciones B)